

PRESENTACIÓN

Toda revolución disuelve la vieja sociedad, y así considerada, es una revolución social. Toda revolución derroca el viejo poder, y en ese sentido es una revolución política (...) Ahora bien, todo lo que tiene de parafrástico o de absurdo una revolución social con un alma política, lo tiene de racional una revolución política con un alma social. La revolución en general –el derrocamiento del poder existente y la disolución de las viejas relaciones– es un acto político. Y sin revolución no puede realizarse el socialismo. Este necesita de dicho acto político, en cuanto necesita de la destrucción y la disolución. Pero allí donde comienza su actividad organizadora, allí donde se manifiesta su fin en sí, su alma, el socialismo se despoja de su envoltura política.

Karl Marx, “Glosas críticas al artículo «El rey de Prusia y la reforma social. Por un prusiano»”

La experiencia no capitalista del siglo pasado espera todavía una elaboración consistente y una crítica que destaque sus principales lecciones. Sobre todo la recorrida en aquellos países donde el capitalismo fue expropiado pero en los cuales la transición al socialismo se vio *frustrada* –inhibida, mediada, abortada– por diversas razones.

Nuestros clásicos, Marx y Engels, habían teorizado sobre la sociedad posrevolucionaria. Pero tuvieron siempre extremo cuidado en no ir más allá de donde las tendencias en obra podían llevarlos. Apenas vivieron la experiencia –riquísima de cualquier manera– de la Comuna de París, que duró sólo tres meses. Ambos bucearon, también, en el pasado de la humanidad para condenar la idea de que sólo se podían tener formas clasistas y desiguales de sociedad (estatalistas). Desarrollaron una rica elaboración alrededor de las formas de producción y de propiedad comunal previas a todo tipo de Estado y a toda formación de clases, expresada en clásicos borradores de estudio como “Formas que preceden a la producción capitalista” (en los *Grundrisse*) y los eruditos

Apuntes etnológicos, de Marx, así como *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* de Engels.

Sin embargo, esta realidad cambió radicalmente durante el siglo pasado. Se vivieron revoluciones históricas que abrieron de par en par la experiencia de la transición socialista, que pusieron *rumbo a lo desconocido*.

Se desarrollaron inmensas experiencias de expropiación del capitalismo. En primer lugar, la más grande revolución político-social en la historia de la humanidad, la Revolución Rusa, donde la clase obrera tomó el poder con sus propias organizaciones. Sin embargo, posteriormente sobrevino la degeneración burocrática de la Revolución Rusa, y con la Revolución China de 1949 y otras subsiguientes de la segunda mitad del siglo pasado (como Vietnam, la ex Yugoslavia y Cuba), *la clase obrera no logró hacerse del poder y eso bloqueó duraderamente la transición socialista*.

De cualquier manera, tomando como centro la experiencia de la revolución y la contrarrevolución rusa –un laboratorio histórico casi inconmensurable–, así como, críticamente, el resto de las experiencias revolucionarias y de las rupturas con el capitalismo del siglo pasado, quedó la *materia prima de la experiencia* para teorizar alrededor de la teoría de la revolución y de la transición socialista de cara al porvenir.

Por nuestra parte, entre muchos ensayos destinados al tema, años atrás emprendimos un trabajo de elaboración sobre la economía de la transición socialista, “Dialéctica de la transición. Plan, mercado y democracia obrera”. Sin embargo, dejamos anotado que nos faltaba desarrollar la otra cara de la moneda: la que tiene que ver con *el Estado de la transición, la propiedad y el poder en dicho proceso*.

En esta obra pretendemos abordar en su totalidad la problemática de la transición socialista, dándole unidad a lo que intenta ser un *estudio crítico acerca de la experiencia concreta del siglo XX*.

Metodológicamente, intentaremos movernos entre la teoría, la política, la historia y la estrategia revolucionaria. Tenemos presente que nuestro análisis será *circunstanciado*.¹ No pretendemos enunciar una “teoría general”; las teorías generales suelen ser esquemáticas. Al mismo tiempo, subrayamos el hecho que se trata de una obra escrita desde

1 Moshe Lewin habla de la “infinita complejidad de la realidad histórica, ambigua, poliédrica y mutable, y que se resiste a los intentos de explicación” (2017: 17), como para dar cuenta de la dificultad del abordaje de la experiencia de la ex URSS y demás estados no capitalistas de posguerra.

el llamado Sur Global, razón por la cual algunas de sus inflexiones seguramente estarán determinadas por esta localización.² Por lo demás, aspiramos a apoyarnos en las conquistas teórico-estratégicas del marxismo clásico y revolucionario, porque el análisis crítico de la experiencia anticapitalista y socialista del siglo pasado requiere tanto retomar críticamente la obra de Lenin, Trotsky, Rosa Luxemburgo, Christian Rakovsky y Antonio Gramsci, como relocalarlas en el contexto general de la obra integral de Marx y Engels, un esfuerzo iluminador para escapar de ciertas aporías.

Teoría e historia, estrategia, programa y experiencia práctica e, incluso, metodología marxista se entrecruzan en esta obra, que pretende llenar un vacío en la elaboración marxista contemporánea: *poner sobre la mesa elementos de un balance teórico-estratégico sistemático de la experiencia vivida para ayudar a vivificar las revoluciones socialistas que están en el porvenir.*³

2 Es difícil tener una ubicación universal cuando se escribe desde un país tan en crisis como la Argentina actual, más allá del contrapeso de ser parte de una corriente internacional.

3 Las itálicas de las citas son todas nuestras, así como la traducción de los textos citados en otras lenguas, salvo aclaración en contrario. En algunos casos de textos clásicos, hemos tomando como referencia otras traducciones para hacer leves modificaciones.

5. LA BUROCRACIA COMO “CLASE POLÍTICA”

El camarada Preobrajensky ha prometido consagrar en su libro Las conquistas de la dictadura del proletariado en el año XI de la Revolución un capítulo especial a ‘la burocracia de los soviets’. Yo espero que él no se olvide de la burocracia del partido, que juega en el Estado soviético un rol más importante que su hermana, la burocracia de los soviets. Le he expresado mi esperanza de que él estudie todos los aspectos este fenómeno sociológico particular. No existe folleto comunista que, relatando la traición del partido socialdemócrata alemán el 4 de agosto de 1914, no señale al mismo tiempo el rol fatal jugado por las esferas burocráticas tanto del partido como de los sindicatos en la historia del derrumbe de ese partido. En cambio, hemos dicho bien poca cosa, y para colmo en términos muy generales, sobre el rol jugado por nuestra burocracia de los soviets y del partido en la disgregación de este último y del Estado soviético. Tenemos enfrente un fenómeno sociológico de la máxima importancia que sólo puede ser comprendido y abordado en toda su amplitud si lo examinamos a la luz de las consecuencias que ha tenido en la modificación de la ideología del partido y de la clase obrera.

Christian Rakovsky, “Carta a Valentinov”, 1928

La categoría de “clase política” es una de las claves para entender el proceso de burocratización de la URSS; *su especificidad*. Como apunte metodológico para este apartado, podemos tomar a Dunayevskaya cuando señala que las nuevas categorías aparecen en ciertos momentos de cambio en la historia cuando las personas tienen una experiencia tan abrumadora que están entonces seguras de haber encontrado la verdad.

La pensadora marxista de origen ucraniano cita a Lenin cuando éste señala que “la conciencia de las leyes de las conexiones del mundo objetivo se ve transformada en nuevas categorías del pensamiento o nudos” (2010: 2004) en dichas circunstancias.¹

5.1 Christian Rakovsky: una nueva definición para un nuevo fenómeno

Sin embargo, es un hecho que la experiencia de la burocratización de la revolución fue tan radical, tan inmensamente compleja, que no pudo ser procesada a cabalidad en tiempo real. Se acumuló enorme cantidad de reflexión, pero sólo décadas después “las evidencias vienen a la mano desde todos lados”, como diría Engels respecto de la “ceguera del juicio” (*judicial blindness* se refiere, precisamente, a la evidencia que no puede ser vista) que no nos deja ver las cosas hasta que, en determinado momento, la cuestión se “despeja” y dichas evidencias se hacen abrumadoras.

Y esto es lo que pasa hoy con el balance del estalinismo. Como ya señalamos, este texto no tiene intenciones clasificatorias, ni de dar cuenta de todas las posiciones que se pusieron en juego durante la posguerra en la discusión sobre la evolución histórica de la URSS (involución más bien). Sencillamente, intenta ir en profundidad presentando una nueva interpretación, aprovechándonos de la clarificación que aporta la distancia histórica respecto del momento de los acontecimientos, distancia que ha operado como una suerte de zaranda de las

1 “La lógica no es la ciencia de las formas exteriores del pensamiento, sino de las leyes del desarrollo de todas las cosas materiales, naturales y espirituales, es decir, del desarrollo de todo contenido concreto del mundo y de su cognición, el resultado, la suma total, la conclusión de la historia del conocimiento del mundo (...) En esta red se forman, aquí y allá, nudos más sólidos que son los puntos de apoyo y de orientación de su vida y conciencia” (paráfrasis de Lenin en Dunayevskaya 2010: 204).

diversas posiciones.

Las definiciones profundas son sencillas: la materialidad con la que atrapan lo real demuestra su verdad.² Así ocurre con la definición de la burocracia como “clase política”. Más que una mera burocracia y menos que una clase orgánica, como afirmaba Trotsky, Rakovsky fue el que dio con la definición más adecuada a este fenómeno original: *la burocracia estalinista constituyó una “clase política”*.

La definición de Rakovsky es fundamental en nuestra investigación, entre otras cosas porque establece un *hilo de continuidad con la elaboración colectiva de la Oposición de Izquierda*, de la cual la definición de clase política es la que nos parece más convincente para el fenómeno estalinista.

En definitiva, el conjunto de las evidencias que podían recogerse indicaban que algo estaba mal en la definición de las formaciones sociales del tipo de la URSS como “Estados obreros” por mas deformados o degenerados que se los considerase. Con la distancia que otorga el tiempo histórico, repetimos, hoy puede arribarse a una definición más simple: *la burocracia estalinista constituyó el fenómeno original de una clase política*. Clase política que imperó sobre los países no capitalistas por una serie de décadas hasta que fracciones mayoritarias de ella se transformaron, lisa y llanamente, en *clase burguesa* –una clase social clásica, lógicamente que con los rasgos característicos de la apropiación indebida de la ex propiedad estatal– con la restauración del capitalismo en todos los ex Estados burocráticos, salvo hasta el momento Cuba.

Un proceso de estratificación original

Cuando hablamos de la burocratización de la Revolución Rusa hablamos de un fenómeno histórico vivo y no de algo “teorético”, gris, muerto o esquemático. Sin embargo, durante el siglo pasado tuvieron

2 Toda verdad siempre es relativa. Siempre puede haber nuevos estudios y análisis que la superen. Defendemos un criterio por aproximaciones sucesivas a la verdad, pero no relativista. En términos circunstanciados y concretos, *existen verdades incontrastables*.

lugar teorizaciones abstractas que buscaron encasillar un fenómeno histórico original –la revolución y contrarrevolución rusa, y los Estados no capitalistas de posguerra– dentro de esquemas mecánicos, *de modelizaciones estilizadas que pasaron por encima de los desarrollos concretos*.

Entre los sectores mayoritarios del movimiento trotskista se pasaron por alto las circunstancias concretas y se las agrupó en una misma categoría: Estados obreros deformados o degenerados. La estilización en el análisis es precisamente eso: quitar del medio las circunstancias concretas dando lugar a definiciones que, aparentemente, reúnen fenómenos más o menos comunes:

La restauración capitalista (...) no intervino sino en el curso del último decenio del siglo veinte, al término de un largo proceso que uno puede calificar (...) de *contrarrevolución permanente*. Una contrarrevolución muy particular [la contrarrevolución burocrática. RS] que no fue conducida ni por la burguesía ni por el imperialismo, aunque éste jugó su partido en ella (...). Los numerosos abordajes de la sociedad soviética y de sus “clones”, de los cuales sus autores trataron de definir, intentaron explicitar –sean cuales fueren sus conclusiones y debilidades– la degeneración burocrática de un régimen emergente de una revolución, fenómeno a la vez nodal, inédito y, como escribiría Víctor Serge, “desconcertante” (Silberstein 2021: 61-62).

Silberstein agrega, siguiendo a Marcel van der Linden (*Western marxism and the Soviet Union. A survey of critical theories and debates since 1917*), que entre los déficits de las diversas tesis en presencia sobre la evolución de la URSS, una de las más marcadas es el *mecanicismo* en el abordaje de los supuestos “modos de producción en su sucesión”. Destaca que las principales corrientes revolucionarias de la época no cuestionaron la *sucesión lineal* de modos de producción –esclavismo, feudalismo, capitalismo, socialismo–, establecida por una cierta ortodoxia de origen kautskiano y plejanoviano (ídem: 64).

Y sin embargo, lo paradójico y contraintuitivo es que la revolución socialista, la revolución social en general, *es lo menos “sociológico”*

que hay (ya lo vimos con Gramsci cuando define a la Revolución Rusa como una “revolución contra *El capital*”). La dialéctica entre la lucha de clases viva y las determinaciones históricas no se resuelve mecánicamente. Si se expropia a la burguesía, la revolución es anticapitalista, no puede ser otra cosa. Pero de ahí a que sea propiamente socialista, *hay un largo trecho*.

Respecto del proceso en la ex URSS, rechazamos la idea de que la burocracia estalinista se haya transformado en una clase *histórica*. En cambio, la consideramos una clase *política*, es decir, no una clase social en el sentido clásico del término (una clase forjada desde la economía). Por eso mismo, tampoco acordamos con las caracterizaciones de “capitalismo de Estado” o “colectivismo burocrático” para dicha experiencia de degeneración de la revolución, porque en ambos casos se asume a la burocracia como una clase social en el sentido clásico de la palabra.³ Hubo análisis sensibles en uno y otro desarrollo subrayando la ausencia del factor autoemancipador, pero no dejaron de ser *esquemáticos y unilaterales*. De manera reiterada, se cometió el error de forzar la experiencia histórica dentro de un esquema preconcebido y mal fundamentado, *dejándose impresionar por las circunstancias*. Es verdad que los impresionismos abundaron para un lado y para el otro, ya que el impresionismo se caracteriza por darle una jerarquía exagerada a una faceta del fenómeno, la que aparece más saliente, la que presiona políticamente más, soslayando los otros.

Además, muchos abordajes perdieron de vista la necesidad de la *defensa incondicional de la ex URSS frente al nazismo* (un craso error político, como hemos señalado), siendo que incluso un país semicolonial o dependiente, por no hablar de un Estado no capitalista, *debe ser defendido del imperialismo*. Por ende, la defensa de la ex URSS no dependía, simplemente y en última instancia, de que fuera un Estado obrero: Trotsky mismo se encargaría de aclarar que “defendemos a la URSS como defendemos a las colonias”. El cretinismo ahistórico de los antidefensistas los llevó a perder de vista que en la tenaza entre el

3 La corriente de Max Schachtman representó también una interpretación rígida del marxismo. Más allá de dar cuenta de problemas reales, consideró la experiencia rusa como “colectivismo burocrático” sin dar nunca fundamentos sólidos a su definición (cf. Naville).

imperialismo (“democrático” o fascista) y la burocracia estalinista, los bolcheviques leninistas sólo podían enderezar su batalla si eran claros en la defensa incondicional de la URSS. Y no como recurso instrumental o táctico, sino como condición de posibilidad para su lucha política, al tiempo que alentaban la revolución antiburocrática como eje de su orientación. Trotsky siempre fue muy claro en que la defensa incondicional de la URSS se combinaba dialécticamente con la lucha por tirar abajo a la burocracia.⁴

La complejidad de las circunstancias remite a que asistimos en el siglo pasado a la degeneración burocrática de la más grande revolución en la historia de la humanidad, ni más ni menos; un fenómeno histórico a ser abordado de manera concreta. Es este abordaje el que a nuestro entender maneja Trotsky (aun con sus límites), que en su análisis debía hacer la evaluación de *una autonomización de la burocracia sin parangón histórico*. Al definirla como “más que una mera burocracia y menos que una clase orgánica”, destaca que ninguna otra burocracia gozaba de semejante autonomía, en la medida en que no tenía una clase propietaria a su lado y dominaba un inmenso país. También subrayaba que, al estar los medios de producción estatizados, la función de gobierno se multiplicaba:

Trotsky se vio forzado a complementar sus explicaciones de clase del giro estalinista [1929-33] con otras. En esta [la explicación de por qué el giro estalinista fue tan lejos, RS], subrayó la autonomía de la dirección y de la burocracia *en relación con todas las clases sociales* (...). A medida que la realidad crecientemente divergía de las explicaciones de Trotsky, la crisis en su teoría [de la burocracia] se profundizaba (...). Trotsky intentó reconciliar su teoría con la realidad mediante una serie de modificaciones *ad hoc* que enfatizaron enormemente la *autonomía de la burocracia* (...). Finalmente, durante los años 1933-36 Trotsky construyó una nueva teoría de la burocracia soviética (Twiss 2009: 392 y 452).

4 A partir de cuando dejó de defender la línea de reforma del Estado soviético y pasó a la política de la revolución contra la burocracia luego de la capitulación del estalinismo al nazismo en 1933.

Trotsky fue haciendo este desplazamiento hasta que estuvo a punto de echar por tierra su definición de la URSS como Estado obrero en su inconcluso *Stalin* (texto que a Twiss se le escapa en su análisis de la evolución del pensamiento de Trotsky). Trotsky señala que

los tres años de la guerra civil dejaron una huella indeleble en el propio gobierno soviético en virtud de que muchísimos de los administradores, una capa considerable de ellos, se habían acostumbrado a mandar y exigir incondicional sujeción a sus órdenes. (...) Los comunistas empezaron a cubrir puestos permanentes, empleos que consideraban “suyos” y conducían a otros más destacados a dominar las regiones o distritos de actividad económica y política puestos a discreción administrativa. (...) La cuestión de los destinos tuvo cada vez más relación con la del modo y condiciones de vida de la familia del nombrado y con su carrera. (...) A medida que fue aumentando la vida burocrática, ésta engendró una creciente necesidad de bienestar. Stalin cabalgaba a la cabeza de este espontáneo movimiento hacia la comodidad humana, guiándolo y enderezándolo a sus propios designios. (...) Secretamente al principio, y luego con más descaro, la igualdad fue tildada de prejuicio pequeñoburgués. (...) La burocracia reñía –cada vez más– furiosa y sañudamente contra la nivelación, la cual amenazaba sus privilegios. La lucha contra la igualdad unió a todas las capas privilegiadas de la sociedad. (...) Así se inició la irreconciliable brega alrededor del producto sobrante del trabajo nacional. Quien disponga del producto sobrante cuenta con el poder del Estado. (...) Era una porfía descarada por el poder y la renta. (...) Stalin se volvió a finales de los años 20 contra el kulak y el nepista y contra la derecha partidaria. A los ojos de los papanatas, la teoría y la política del tercer período pareció una vuelta a los principios básicos del bolchevismo. Pero no había nada de eso. Se trataba sólo de un medio para un fin. (...) Un partido político es sólo un instrumento histórico transitorio, uno de los muchos instrumentos y escuelas de la historia. La limitación del partido como instrumento histórico se manifiesta por el hecho de que al llegar a determinado punto, en un momento

determinado, comienza a disgregarse. Bajo la influencia de presiones internas y externas, se resquebraja y agrieta, y sus órganos comienzan a atrofiarse. El viejo partido bolchevique y sus antiguos cuadros heroicos siguieron el camino de todo ser perecedero; sacudido por accesos de fiebre y espamos, y ataques dolorosísimos, terminó por sucumbir. La revolución machaca y destruye la maquinaria del viejo Estado. Ahí reside su esencia. La liza está repleta de contendientes. Ellos deciden, actúan, legislan a su modo, exento de precedentes; juzgan y dan órdenes. La esencia de la revolución está en que la misma masa se constituye en su propio órgano ejecutivo. Pero cuando la masa se retira del palenque, y vuelve a sus diversas residencias, a sus viviendas particulares, perpleja, desilusionada, cansada, el teatro de los acontecimientos queda desolado. Y su frialdad se intensifica cuando lo ocupa la nueva máquina burocrática. (...) *L'Etat c'est moi* (El Estado soy yo) es casi una fórmula liberal comparada con la actualidad del régimen totalitario de Stalin. Luis XIV se identificaba a sí mismo sólo con el Estado. Los papas de Roma lo hacían con el Estado y la Iglesia. El Estado totalitario va más lejos que el cesaropapismo, pues ha abarcado también toda la economía del país. Stalin puede decir muy bien, a diferencia del Rey Sol: *La société c'est moi* (La sociedad soy yo) (Trotsky 1975: 262 ss.).⁵

La evaluación de la burocracia tiene alcances y límites marcados en tiempo real por el propio Trotsky, del cual acabamos de ver una muestra de la enorme riqueza de sus consideraciones.⁶ La inestabilidad que trasuntaba el fenómeno estalinista, su carácter sangriento, sus zigzags, etc., hablaban de que la burocracia era *menos orgánica que una clase social histórica*, aun si logró traspasar las fronteras del país e imponer

5 En una nueva edición revisada del *Stalin* de Trotsky, Patrick Silberstein señala que la tradicional está en gran medida tergiversada por el editor en inglés; tiene largos trechos que no son de autoría de Trotsky. La nueva edición francesa que él presenta es fiel al original inconcluso.

6 Es evidente que el análisis de Trotsky estaba todo el tiempo moviéndose, acomodándose a los nuevos hechos, y se trataba de un análisis abierto, sin fin.

su “modelo” durante algunas décadas en un tercio del globo (dicho sumariamente, ya que hay matices entre el Este europeo y China, Cuba o Vietnam, por caso). Pero tampoco se puede perder de vista que esa formación social original se derrumbó pocas décadas después de su aparente “esplendor” a la salida del triunfo sobre el nazismo en la Segunda Guerra Mundial.

Lo que hubo fue derrumbe o reabsorción capitalista en todos los casos, salvo hasta el momento en Cuba (cuya decadencia es palmaria pero cuya independencia frente al imperialismo hay que defender), lo que inhabilita a considerar a estas formaciones sociales anticapitalistas burocráticas (cada una con sus matices) como un “sistema”, cualquiera sea, y a la burocracia como una clase social histórica. Los Estados burocráticos, o en un sentido similar las sociedades de transición al socialismo, son *formaciones sociales determinadas y no de modos de producción consolidados*, concepto este último que remite a una sociedad ya establecida, orgánica. Nada por el estilo pueden ser las sociedades de transición entre el capitalismo y el socialismo, ni siquiera los Estados obreros auténticos: son siempre formaciones sociales determinadas que *conjugan herencias del pasado y tendencias hacia el porvenir*.

Esta conjugación entre pasado, presente y porvenir es propia de la transición socialista, caracterizada por la combinación de leyes y tendencias heredadas del pasado capitalista junto con los nuevos principios en la perspectiva del socialismo. La acción revolucionaria no puede desconocer el *lazo dialéctico* que une estas tres dimensiones; pasar por alto cualquiera de ellas mella el carácter revolucionario de la política, como sucede también si se las aborda de manera mecánica. Trotsky tiene una definición profunda de la táctica, opuesta al empirismo estalinista: debe resumir el conjunto de la experiencia anterior y en un mismo movimiento vincularse a las perspectivas futuras. Es lo opuesto a un mero momento pragmático, aunque parta necesariamente de las condiciones presentes.⁷

7 Bellamy Foster hace una buena defensa del concepto hegeliano de negación de la negación cuando señala que traduce una concepción histórica de surgimiento de lo nuevo en la cual el pasado no es simplemente pasado, sino *un factor que media el pasaje entre el presente y el futuro*. La transición sigue esta mecánica en la medida que en el sistema existente está la semilla

Capitalismo y socialismo son “sistemas”, *modos de producción*; el concepto de modo de producción cambia cierto desarrollo de las fuerzas productivas y ciertas relaciones de producción consolidadas, estilizadas (Naville). Los Estados burocráticos y los Estados obreros auténticos o dictaduras proletarias son formaciones sociales *transitorias* hasta por el hecho de que *carecen de los automatismos propios de un modo de producción*, de un sistema, y donde el Estado y la política tienen importancia crucial en su direccionamiento hacia un lado u otro. Es pertinente aquí la afirmación de Pierre Rousset:

El régimen maoísta se consolidó mediante una revolución social, nacionalista, antiimperialista y anticapitalista (...). La herencia democrática de las movilizaciones sociales propia de la estrategia de guerra popular seguía viva, pero el partido-Estado era el marco en el que se desarrolló el proceso de burocratización. No se trataba del socialismo, sino de una *sociedad de transición cuyo resultado no estaba claro*. Por eso es mejor *no* utilizar la fórmula de sociedad de transición al socialismo (Rousset 2021).⁸

Por otra parte, tampoco nos convence la consideración reduccionista que se ha manejado habitualmente en la izquierda revolucionaria sobre la burocracia de los Estados no capitalistas como si fuera una suerte de “epifenómeno de la clase obrera”. Esta idea fue la dominante en el movimiento trotskista, que consideró al estalinismo como una “burocracia obrera” similar a la burocracia sindical en los países de Occidente. La idea de que la burocracia estalinista es análoga a la sindical pierde de vista el hecho de que, habitualmente, la burocracia sindical

de la revolución y, al mismo tiempo, la transición misma está pautada por una tensión entre las rémoras del pasado y las tendencias comunistas futuras (“The return of the dialectics of nature: the struggle for freedom as necessity”, *Monthly Review*, 1-12-22).

8 Esta formulación de Rousset es aguda y coincidimos un cien por ciento. Es evidente que, al provenir de un cuadro histórico del mandelismo, se trata de una rectificación de enorme importancia de la posición histórica de su corriente.

parasita a los trabajadores que “representa”, pero teniendo arriba una patronal (sea un capitalista privado o el mismo Estado capitalista):

No me detendré aquí en la diferenciación que el poder ha introducido en el seno del proletariado, y que he calificado arriba de funcional. *La función ha modificado el órgano mismo*, es decir, la psicología de aquellos que se han encargado de diversas tareas de dirección en la administración y la economía del Estado, hasta tal punto que no sólo objetiva, sino también moralmente, *han cesado de formar parte de esta misma clase obrera* (...). El poder, tanto en el partido como en la clase obrera, opera diferenciaciones sociales semejantes a las que separan a las diferentes capas de la sociedad [esto es, *el poder estratifica*. RS]. La burocracia de los soviets y del partido constituye, de hecho, *un nuevo orden* (...), una *nueva categoría social*, a la que debería consagrarse un estudio específico (Rakovsky 1928, en Trotsky 2008: 211-212).

A modo de ejemplo de cómo Rakovsky se inspira en los clásicos para analizar el proceso que se estaba viviendo en la URSS, veamos este comentario de Maurice Godelier a una carta de Engels a C. Schmidt respecto del surgimiento del Estado:

Engels retoma la idea de que el Estado aparece cuando aquellos que estaban al servicio de su comunidad *transforman su poder de función en poder de explotación* (...). En el *AntiDühring*, Engels sugería la existencia de dos vías para el desarrollo de las relaciones de servidumbre y la aparición del Estado. Una, la del cambio gradual de los *poderes de funciones* de ciertos individuos en *poderes de explotación*. Es la vía que lleva al despotismo oriental [La otra, como se sabe, fue la esclavitud. RS] (Godelier 1975: 110).

Exactamente a eso se refiere Rakovsky con referencia a la involución del Estado soviético: la función ha modificado el órgano, la función de mando y posteriormente de explotación *cambia el carácter social mismo* de la burocracia y del Estado. Es interesante porque, efectivamente, esto es lo que ocurrió en la URSS: *la burocracia transformó*

su poder de función en poder de explotación.

Bensaïd, por su parte, da cuenta del fenómeno *inverso* que se opera en el capitalismo:

En *La crítica a la filosofía del Estado de Hegel* (1843), [Marx] desarrolla una comprensión fecunda de la génesis de las clases “en el sentido moderno del término”: “La transformación propiamente dicha de los *estados políticos en clases civiles* (sociales) fue realizada bajo la monarquía absoluta... Es la Revolución Francesa la que completa la transformación de los estados políticos en clases sociales y reduce las diferencias de estado en la sociedad civil a *simples diferencias sociales dependientes de la vida privada*; sin importancia en la vida política. La separación de la vida política y la sociedad civil se encuentra de esta manera consumada” (Bensaïd 1995: 114)

Lo cual es, efectivamente, un fenómeno moderno. La circunstancia es que la Revolución Rusa, y las revoluciones anticapitalistas en general, abre (re)abre un camino inverso al del capitalismo, de *fusión entre el Estado y la economía*. De ahí que hablemos de la burocracia como “clase política” en la medida en que es una capa social privilegiada que se encuentra en la *intersección* de estas determinaciones específicas de una sociedad de transición (inhibida, en este caso).

También es verdad que dentro de este esquema de asimilación entre ambas burocracias, socialdemócrata y estalinista, algunas corrientes hablaron de la burocracia como una capa pequeñoburguesa, un órgano de la burguesía mundial en el seno de un Estado obrero, una definición que al menos permitía tomar mayor distancia del fenómeno burocrático y cometer menos errores políticos. Fue el caso de Nahuel Moreno y otros dirigentes trotskistas de posguerra; en el caso específico de Moreno, *osciló* entre la determinación obrera y la determinación pequeñoburguesa de la burocracia incluso en un mismo texto.⁹ Justo es

⁹ En *Actualización del Programa de Transición* (escrito en 1980). A pesar de las oscilaciones señaladas, Moreno cedió menos a la burocracia estalinista que la tradición ortodoxa mayoritaria (la de la IV Internacional pablo-mandelista) aunque no por ello depositó menos ilusiones en el proceso objetivo

repetir que en *El poder y el dinero* Ernest Mandel llevó adelante una *reconsideración* del fenómeno burocrático, más matizado y sugerente. Afirma con claridad que

en nombre del “comunismo” y del “marxismo”, se desencadenaron procesos de explotación y de opresión de obreros, jóvenes, campesinos, mujeres y minorías nacionales, todos los cuales constituyeron crímenes contra el socialismo y el proletariado (Mandel 1994: 28).

Por lo antedicho, la consideración de la burocracia estalinista como “clase política” nos atrae más. Remite a *un proceso de diferenciación social que da lugar a una capa social específica*, una capa privilegiada forjada desde el Estado que logra algún tipo de “estabilidad social” por un período determinado, pero que no llega a conformarse en una clase social histórica, orgánica; una “estabilidad” extremadamente inestable en su primera época –los años 30– pero no por ello menos cierta.¹⁰ Tampoco es que la burocracia haya sido una mera “excrecencia parasitaria”, como se llegó a definirla muchas veces, lo que le quitaba toda mínima “estabilidad” y constancia al fenómeno. Una excrecencia es algo que “sobra”, no un fenómeno que llegó a definir parte de la dinámica de la lucha de clases y de las relaciones internacionales entre Estados durante varias décadas del siglo pasado:

Hasta 1931, la naturaleza política del Estado constituía la garantía del carácter de la economía. A partir de 1933, al contrario, el proletariado está “políticamente” expropiado,

de resistencia a la burocracia al desconocer las condiciones reales de dichos Estados (Moreno, tanto como Mandel, era objetivista).

10 En el período clásico de su forja, la década del 30, se caracterizó por las repetidas y sangrientas purgas, y no sólo de la generación revolucionaria sino incluso de la primera generación burocrática que aún mantenía raíces con el pasado revolucionario. Silberstein señala certeramente que la segunda hornada de la burocracia, de la cual un representante eminente fue Yejov, que no alcanzaba los 40 años, fue otra cosa: *se forjó abiertamente durante la contrarrevolución estalinista*. Y por esto mismo era más consistente con sus fines contrarrevolucionarios, *antisocialistas* (Silberstein 2021).

pero las relaciones no capitalistas de producción son encargadas de perpetuar la herencia revolucionaria [referencia a la evolución del abordaje de Trotsky de la URSS. RS] (...) Sin embargo, en la sociedad burocrática realmente existente, trabajadores y burócratas entran en las relaciones económicas determinadas por la producción. La burocracia dispone de los medios de producción, el obrero está obligado a vender su fuerza de trabajo al Estado. La burocracia dicta sus condiciones en el contrato de trabajo sin que la fuerza de trabajo disponga de las garantías de movilidad elementales ligadas a su status mercantil bajo el capitalismo (...). *En la sociedad burocrática, la propiedad es una categoría de hecho más que de derecho* (Bensaïd 1995: 125 y 127).¹¹

La burocracia estalinista no fue una mera excrecencia en un cuerpo esencialmente incambiado (y sano; Silberstein juega de manera sutil con esta analogía organicista de Trotsky). Trotsky era consciente de la insuficiencia de este abordaje, y por eso gustaba de hablar de la burocracia como una “casta” (el subproducto de una diferenciación *social*, y no sólo un fenómeno político). Pero la paradoja del caso es que las castas sociales, si bien combinan elementos económicos y políticos, es decir, se determinan de manera distinta a las clases sociales clásicas del capitalismo, con determinaciones puramente económicas, *poseen una estabilidad histórica mucho mayor que lo que demostró la burocracia estalinista*. Así que cuando Trotsky hablaba de “excrecencia burocrática” se quedaba corto, pecaba por defecto, mientras que quizá al hablar de la burocracia como una casta pecaba por exceso y no lograba atrapar del todo qué de específico tenía el fenómeno. A saber, *el hecho de que la burocracia fuera una clase política forjada a la luz de los privilegios del poder*; un híbrido categorial político-económico, como seguiremos

¹¹ Bensaïd nos habla aquí de la explotación relanzada en la URSS a partir de los 30, aunque en la obra de referencia que estamos citando, *La discordance des temps. Essais sur les crises, les classes, la'histoire*, en el capítulo respectivo al análisis de la burocracia, “Castes, classes, bureaucratie”, no llega a definirse con claridad sobre el carácter del estalinismo ni cuestiona hasta el final la categoría de Estado obrero heredada de su corriente histórica.

desarrollando abajo, y que, evidentemente, se apoyaba en determinadas bases materiales. Es por esto mismo que Artous señala que Trotsky utiliza el concepto de “casta” en cierta forma de manera *random* (por descarte), para evitar toda referencia a una clase:

Trotsky utiliza el término de casta sin otra justificación que la analogía. Cristalización del personal dirigente que ejerce el poder coercitivo en general, la burocracia, en un cierto estadio de su desarrollo, deviene casta (Artous 2016: 108).

En definitiva, todos los fenómenos de la contrarrevolución estalinista son resultado de una diferenciación; no un producto acabado de un “sistema”, sino algo más “plástico” y determinado:

Qué es la burocracia, interroga el camarada Khotimsky: ¿es una clase o no? Se olvida que, según Marx, Engels y Lenin, la burocracia se origina en las clases de la sociedad, se separa de dichas clases que la engendraron para elevarse por encima de ellas. No hay, en esta situación, nada de novedoso sobre la burocracia, *clase que posee el Estado como su propiedad privada*. Pero no es de la burocracia en general que debemos discutir, sino hasta qué punto la burocracia de la URSS se ha separado de la sociedad. Son los problemas de la democracia proletaria –la unidad de los dirigentes y los dirigidos– y del burocratismo –la separación de dirigentes y dirigidos– los que están a la orden del día. Nuestra tarea más urgente es estudiar lo más atentamente posible los procesos de formación de la burocracia soviética, el proceso de transformación del Estado soviético en Estado burocrático (Trigubov 1980).

Se trata, entonces, de una clase política que posee el monopolio del Estado y la propiedad y que por esto mismo reenvía a “los problemas de la democracia proletaria”, y no sólo a ellos: es el propio carácter obrero del Estado soviético el que quedó cuestionado.

5.2 Una evaluación marxista no esquemática de la burocracia

La cuestión del grado de independencia relativa de la burocracia estalinista es uno de los grandes problemas teóricos del marxismo luego de la experiencia de la URSS. La teoría de la burocracia es parte de la teoría de las clases sociales y del Estado. En general, la tradición en el marxismo es que la burocracia depende de alguna clase fundamental de la sociedad; es mandadera de alguna clase, su personal político.

Desde ya que, al variar la forma histórica del Estado, varían también las tipologías de la burocracia. La existencia de Estados sin clases sociales definidas, como el Estado asiático, reenvía a la existencia de una burocracia que *cumple las funciones de una clase*, es decir, que se apropia del sobreproducto social por su lugar privilegiado en el aparato de Estado y en la producción social, sin dar lugar a una clase social propiamente dicha.

Tomar a las clases sociales y a las burocracias como compartimientos estancos, en una suerte de “tipología petrificada”, es *mecanicista*. Es pensar que las relaciones entre economía y Estado están fijadas de una vez y para siempre, según el modelo de enorme autonomía relativa de ambas esferas en el capitalismo:

El abordaje [por referencia a algunas obras de Trotsky, sobre todo *En defensa del marxismo*, RS] ilustra bien la lógica de una argumentación que hace funcionar de manera *abstracta* las categorías del análisis, olvidando cuáles son las características de una formación social en el período de transición del capitalismo al socialismo (...), que no puede ser asimilado a una formación social estructurada por el modo de producción capitalista. Es reivindicando la misma ortodoxia que Ernest Mandel rechaza de plano toda reflexión sobre la burocracia como formación social particular y sobre la *especificidad histórica* de las formas de dominación del Estado estalinista como Estado burocrático (...). Este tipo de discurso *transhistórico* sobre la naturaleza de clase de toda buro-

cracia (...) olvida la especificidad de las formaciones sociales que se erigen en el período de la transición socialista, que no puede compararse con otros períodos de transición; por ejemplo, el de la transición del feudalismo al capitalismo. No solamente una sociedad poscapitalista está estructurada por relaciones de producción no estabilizadas, sino que su dinámica evolutiva está, en último análisis, *ligada a la política llevada adelante por el Estado* (Artous 2017).

Los matices señalados por Artous deberían servir para pensar específicamente el problema de la burocracia en el Estado de la transición socialista.¹² A priori, la nueva burocracia estatal, no la heredada del régimen capitalista, no debería ser otra cosa que un personal administrativo delegado de la misma clase obrera, una función administrativa cuyas órdenes dependen de los organismos de poder proletario. ¿Pero qué pasa cuando esta misma burocracia, supuestamente “administra-

12 Metodológicamente, podemos volver a recurrir a Karel Kosik respecto del método de análisis concreto, histórico, de los fenómenos. Kosik señala la importancia de considerar todos los fenómenos en su desarrollo, método fundado en la apreciación de la realidad como una totalidad concreta, so pena de sumisión de lo concreto en lo abstracto, omisión de los eslabones intermedios y construcción de abstracciones forzadas. Un concepto fundamental de su obra es el de *pseudoconcreticidad*, que ya hemos visto, es decir, aquella construcción empíricamente concreta que pierde de vista por el camino la acción humana que está detrás de ella. Por lo demás, Kosik señala un principio dialéctico clave del proceso de conocimiento: el pensamiento dialéctico parte del presupuesto de que el conocimiento humano se procesa en un movimiento en espiral en el cual cada inicio es abstracto y relativo. En ese proceso en espiral tiene lugar la mutua compenetración y elucidación de los conceptos. El todo no puede ser petrificado en una suerte de abstracción situada por encima de las partes, sino que se crea a sí mismo en la interacción de las partes (Kosik 1995: 39 y 50). Kosik añade una fuerte crítica al dogmatismo estalinista cuando señala que éste hipostasía una tendencia como definitiva y es incapaz de distinguir nuevas tendencias y nuevos contrastes. Por lo demás, mucho se habla del “marxismo occidental” *olvidándose del marxismo crítico del Este europeo*, que produjo durante la posguerra muchos filósofos marxistas de valía (el propio Kosik, Ilienkov, etc.), filósofos críticos de las sociedades burocratizadas cuya obra es una fuente de importancia para pensarlas.

tiva”, termina autonomizándose? En *La revolución traicionada* Trotsky habla de la posición original de la burocracia estalinista, que queda como la única capa social privilegiada y dominante sin tener a su lado una clase capitalista. Señala que esto pone a la burocracia en *un grado de autonomía sin parangón histórico*, y por eso mismo es más que una mera burocracia sin llegar a ser una clase orgánica. Ocurre que no tiene derechos jurídicos de propiedad; la propiedad formalmente es “del pueblo entero”. Pero como rezaba un dicho popular en el Este europeo, “la propiedad que se declara de todos no es de nadie y se la apropia el más vivo”.

Para Trotsky, el Estado sigue siendo obrero porque la propiedad es estatal; una *asimilación esquemática* que se reveló errada. Por lo tanto, su teoría de la burocracia no admite una modificación *sustancial* en la medida en que sigue siendo un personal político en definitiva mandadero –aunque muy contradictorio, claro está– de las relaciones creadas por la propiedad estatizada. Esta cuestión en el movimiento trotskista se interpretó de manera oportunista en el sentido de que la burocracia se vería “obligada a defender” las bases sociales del Estado obrero porque “depende de ellas”; mantendría, por lo tanto, algún rasgo “progresivo”. El pablo-mandelismo fue la corriente que más lejos llevó estas concepciones, que de todas maneras fueron comunes al tronco principal del trotskismo de posguerra.

Sin embargo, a este esquema Christian Rakovsky le introdujo tempranamente (1928) una variante fundamental: comienza a *percibir a la burocracia como una clase política*. Le otorga a la burocracia una autonomía infinitamente mayor que en el esquema tradicional, dando cuenta de la especificidad del proceso que se estaba viviendo. Una clase política es una capa social que se hace valer aprovechándose de su ubicación privilegiada en el dominio del Estado. Es un *híbrido categorial* que se forja en la intersección entre economía y política, como ocurre con todas las categorías de la transición. Se trata de *una nueva capa social que se forja “desde arriba” y no desde abajo* –ya hemos visto que Marx señala que la consecuencia lucha siempre contra sus causas–, en este caso desde la política y no desde la economía (aunque debe tener

determinadas bases materiales, lógicamente).¹³ Pero no termina de ser una clase económico-social sino una “clase” particular, “política”, que *posee al Estado como su propiedad privada*.

No se nos escapa que la definición de clase política aparece como una contradicción en los términos, pero esto es así sólo si se considera a las clases sociales en su carácter meramente económico, como bajo el capitalismo. Por lo demás, Rakovsky juega a propósito con esta contradicción para dar cuenta de la *originalidad* del fenómeno, lo que, en cierto modo, hace con más sutileza que el propio Trotsky.

La definición de Rakovsky introduce una *radical novedad* en la teoría de la burocracia, porque al hablar de una clase política, de una “gran clase de gobernantes”, lo que lleva a cabo respecto de la definición tradicional de clases sociales construida sobre bases económico-sociales es una suerte de “provocación”, pero muy apropiada a las realidades del proceso de burocratización de la URSS. Pierre Broué subraya el carácter de “nueva categoría social” de la definición de la burocracia como clase política, y también señala que Trotsky planteaba que la elaboración de Rakovsky era un aporte fundamental al desarrollo del marxismo en las condiciones de la degeneración de la revolución. Por su parte, Rakovsky mismo advertía que “la imaginación de economista de Preobrajensky le hacía olvidar la política” (Broué 2003: 149). El marxismo es “el método de análisis de la realidad en movimiento” agrega Broué, que en sus últimas obras hace una defensa cerrada de los análisis de Rakovsky y de la batalla de la Oposición de Izquierda contra los capituladores en su seno.¹⁴

13 Naville insiste en la necesidad de estas bases materiales para la burocracia. En *Burocracia y revolución* plantea que si el poder político es una relación del orden del dominio, la economía es una relación del orden de la explotación. El razonamiento es ilustrativo como para no perder las bases materiales del análisis, aunque para las sociedades de transición (o transición bloqueada) nos resulta “esquemático” porque pierde de vista que todas las categorías de esas sociedades son híbridas; *híbridos categoriales* como acabamos de señalar.

14 Yendo en contra del sentido común, Broué agrega que los revolucionarios, como todos los demás seres humanos, *son extremadamente conservadores en su pensamiento*, algo que no puede perderse de vista porque una

Rakovsky toma la definición de la burocracia de Marx para la Rusia soviética, donde la burocracia va más lejos que todo lo visto anteriormente:

Sobre nosotros mismos se ha formado y continúa formándose *una gran clase de gobernantes* con sus propias divisiones internas, que se acrecienta por la cooptación paciente, directa o indirecta (promoción burocrática, sistema ficticio de elecciones). Lo que une a esta *clase original* es una forma, original ella, de propiedad privada, *basada en la posesión del poder del Estado*. “La burocracia posee el Estado como su propiedad privada”, escribe Marx (Rakovsky *et al.* 1930, en Trotsky 2008: 227).

Ya en un texto anterior menos conocido iba en el mismo sentido:

Engels describe cómo el poder del Estado sirve a sus propios intereses: el servidor del Estado deviene su amo. En otros términos, se forma una clase de burócratas con sus propios intereses particulares y ella está ante todo interesada en conservar el aparato de Estado centralizado y complejo (Rakovsky en Broué 2003: 27).

Siguiendo a Marx y Engels, a quienes tenía muy presentes en sus reflexiones, Rakovsky nos habla de una “clase” original basada en una forma original, también ella, de “propiedad privada” donde la burocracia posee el Estado, lo maneja a su arbitrio y para sus propios fines. La burocracia es una “trama de ilusiones prácticas” que busca dejar de serlo deviniendo una trama real, dándose fundamentos sociales propios como corporación burocrática. Y ocurre que, como subproducto de la degeneración de un auténtico Estado obrero, el estalinismo logra hasta cierto punto darse fundamentos propios, porque se apropia en los hechos del manejo de los medios de producción estatizados. Estatizados

cosa no lleva a la otra. Es decir: *ser (políticamente) revolucionario no rompe automáticamente con el conservadurismo mental*; para ello hay que esforzarse, un juicio agudo verificado en las grandes organizaciones revolucionarias del pasado, así como en las más pequeñas de la actualidad.

pero no todavía, en este punto de la transición socialista, socializados: *la medida de la riqueza sigue siendo el trabajo humano al que la burocracia estruja en su propio beneficio*, aunque bajo formas diferentes de las del capitalismo.

Sin dejar de ser una burocracia, sin poder dar fundamentos *legales* a su dominación –se supone que los medios de producción son de la sociedad, y esa premisa no puede ser rebatida legalmente–, deviene una clase política: *la superposición de economía y Estado propia de la transición socialista le permite inhibir el proceso transicional*, monopolizar los medios de producción estatizados, es decir, politizados, a su servicio. Haciendo esto, consagra no sólo espiritual sino materialmente las aspiraciones habitualmente inhibidas de toda burocracia: *dominar el proceso social de producción y reproducción*. De ahí que fuera una vulgaridad, repetimos, la afirmación de Mandel de que es inconcebible hablar de Estado burocrático porque “todo Estado es burocrático”. Ciertamente, pero no en muchos de ellos la burocracia logra consagrar sus fines y hacer de los fines del Estado –como si fueran los fines de la sociedad– *sus fines propios*: dominar el proceso social en su conjunto, política y economía. El estalinismo lo logró por algunas décadas. Y era eso de lo que había que dar cuenta en vez de atarse doctrinariamente a definiciones que perdían de vista los desarrollos reales, la *plasticidad* de una experiencia histórica viva, siempre más rica. Lenin, parafraseando a Hegel, nos dirá que

el conocimiento es la aproximación eterna, infinita, del pensamiento al objeto. El “reflejo” de la naturaleza en el pensamiento del hombre debe ser entendido no “en forma inerte”, no en “forma abstracta”, no carente de movimiento, no sin contradicción, sino en el eterno proceso del movimiento, del surgimiento de las contradicciones y su solución (Lenin 1974: 185).

Burocracia, clase política y clase social tienen *fronteras permeables* históricamente determinadas. Kevin Anderson destaca que a Marx le llamaron la atención las *relaciones porosas en el sistema de castas*:

La frase de Marx “muy interesante” debe haber expre-

sado su sorpresa en relación con la relativa porosidad de las fronteras entre las castas. Si es así, el pasaje está indicando una alteración en su visión de 1853 de las castas como una barrera intraspasable que minaba la cohesión social frente a una invasión extranjera (Anderson 2010: 214).

Si el sistema de castas tiene porosidades, qué decir de la estratificación subproducto de la degeneración de una auténtica revolución proletaria, mucho menos estable y “fija” que la de las castas. Por otra parte, ya vimos con Artous que Trotsky habla de “casta burocrática” no por su fijeza (veía la situación de la burocracia como extremadamente *inestable*), sino de modo *descriptivo*: por descarte, a falta de un concepto mejor.

De nada sirve atarse a un esquema mecánico, necio, negador de la realidad social concreta. No sirve para apropiarse de lo que es producto del desarrollo histórico concreto y de las circunstancias cambiantes de la lucha de clases, que requiere, repetimos, *cierta plasticidad en la utilización de nuestras herramientas teóricas*. De ahí que la definición de clase política resulte provocativa, porque en el esquema habitual de un materialismo histórico amoldado a los rasgos del capitalismo, las clases sociales no son clases políticas sino *estrictamente económicas, forjadas en la estructura de la sociedad*. Pero cuando hablamos de “clase política” hablamos de otra formación social de “clase” diversa; una *formación social burocrática* donde una capa social privilegiada que proviene de las alturas de la política termina configurándose como capa dominante por mecanismos específicos de selección o “antiselección natural”, una “nomenclatura”.¹⁵

La burocracia se hace valer de arriba para abajo, y no desde abajo para arriba, por nominación y no por elección como señalara Rakovsky, algo que también sufrieron los jacobinos. Se constituye desde su posición privilegiada en una forma de Estado donde *el Estado acapara la propiedad*. Véase esta analogía de Rakovsky con la Revolución Francesa, que parece un calco de las denuncias de Trotsky de las herencias

15 Se llamaba Nomenklatura a la burocracia por el sistema de selección, de nombramientos desde arriba en cierto modo prefijados en una compleja estructura burocrático-administrativa.

adversas de la guerra civil:

El envío de comisarios de los ejércitos a ciudades donde la contrarrevolución levantaba cabeza no sólo era legítimo sino indispensable. Pero cuando, poco a poco, Robespierre comenzó a reemplazar a los jueces y comisarios en las diferentes secciones de París que hasta entonces habían designado mediante elección a dichos funcionarios, cuando llegó a nombrar presidentes de Comisión Revolucionaria e incluso llegó a sustituir por funcionarios a toda la dirección de la Comuna, todas estas medidas tuvieron por resultado *reforzar el poder de la burocracia y matar la iniciativa popular*. Así, el régimen de Robespierre, en lugar de impulsar la actividad revolucionaria de las masas –ya oprimidas por la crisis económica y ante todo por la crisis alimentaria– agravó el mal y facilitó el trabajo de las fuerzas antidemocráticas (Rakovsky 1928, en Trotsky 2008: 209).

Y agrega:

Los Termidores y los Brumarios *irrumper por las puertas de la indiferencia política de las masas*. Siempre nos hemos apoyado en la iniciativa revolucionaria de las masas y no en el aparato. Así que no creemos en la llamada “burocracia ilustrada” más de lo que nuestros predecesores burgueses revolucionarios de fines del siglo XVIII creyeron en el llamado “despotismo ilustrado” (Rakovsky *et al.* 1930, en Trotsky 2008: 226).

En conclusión: *la sustitución de las masas por un aparato como “órgano de la revolución” no funciona en sentido revolucionario*. No funcionó en la Revolución Francesa y tampoco en la rusa, una lección histórica marcada a fuego en la experiencia del siglo XX.¹⁶

16 Y a decir verdad tampoco funcionó a finales del siglo XVIII en relación con las “pulsiones anticapitalistas” que la misma Revolución Francesa mostró en sus momentos culminantes (Daniel Guérin). La interpretación de que esta revolución sólo podía ser burguesa pierde la crítica por la izquierda

Volviendo a la burocracia estalinista, sin duda esta clase política tiene un serio *déficit estructural*: no tiene títulos privados, propios, formales de propiedad. La propiedad estatizada misma queda como en un lugar *indeterminado*. El contenido negativo de esta propiedad estatal es evidente: la burguesía ha sido expropiada. Pero su contenido *positivo* depende de su *desarrollo ulterior*. Cuando se declara la “propiedad del pueblo entero”, no se dice mucho sobre si el “pueblo” administra realmente la propiedad estatal, si puede gozarla:

Si un vapor es declarado propiedad colectiva mientras los pasajeros continúan divididos en primera, segunda y tercera clase, es bien comprensible que la *diferencia de condiciones reales* termine por tener, a los ojos de los pasajeros de tercera clase, una importancia mucho más grande que el cambio jurídico de la propiedad (Trotsky 2008: 164).

Es esta dialéctica de la que habla Marx en su crítica a Hegel (la consecuencia que se vuelve contra las causas) y su apreciación de que el Estado puede adquirir vida propia dándose sus propias bases sociales de dominación, lo que en la URSS terminó *vaciando la promesa de la expropiación*. De ahí que los medios de producción hayan devenido sólo “técnicamente” (Trotsky) propiedad del proletariado, *pero no realmente*.¹⁷ Lo que se expresaba, por lo demás, en la diferencia de circunstancias de cada uno, la injusta discrepancia en la vida cotidiana de los jerarcas y de las personas de a pie; de ahí que el problema de la igualdad fuera tan importante.

La “indeterminación” de la burocracia es tan grande como la de la propiedad estatizada. Y esa misma indeterminación es la que dio lugar al carácter *convulsivo* de muchos de los desarrollos en la URSS, sobre todo en los años 30, purgas sangrientas mediante, sólo para dar lugar posteriormente a una suerte de “petrificación” que malamente escondía una decadencia imparable hasta el derrumbe final.

de ésta (el tipo de crítica ensayada por el propio Marx y que sigue Rakovsky en el texto que estamos citando).

17 Fueron realmente propiedad del proletariado mientras se sostuvo la dictadura proletaria (el gobierno de Lenin y Trotsky).

Esta decadencia tuvo varios mojones. Primero fue la brutalidad, o más bien la *brutalización social* de la industrialización acelerada y la colectivización forzosa, que tanto creó como destruyó fuerzas productivas y humanas (el caso de la hambruna del *Holodomor*). Posteriormente, las destrucciones causadas por la Segunda Guerra Mundial y el pésimo manejo inicial de la contienda por parte de la burocracia. Y, finalmente, luego de cierta recuperación en los años 50 y 60 –aunque entre otras cosas haciéndoles pagar reparaciones de guerra a los países del Este europeo, y sin recuperarse nunca de la inmensa pérdida poblacional de la contienda–,¹⁸ la decadencia abierta desde comienzos de 1970 por la incapacidad de competir económicamente con el capitalismo, que desembocaría en la lisa y llana restauración capitalista a fines de los 80.

La ineficiente planificación burocrática no aguantó la competencia de los procesos de automatización con el Occidente capitalista, Chernobil, los desastres en Afganistán, etc., entre otros factores de un derrumbe imparable. A este respecto, Patrick Silberstein cita la conclusión de Moshe Lewin en su última obra, *El siglo soviético*, donde compara el destino de la URSS con una estación espacial Mir, puesta en órbita en 1986 y destruida voluntariamente en 2001. Señala Lewin que su puesta en órbita fue una hazaña tecnológica sin precedentes, pero que la estación fue víctima de defectos de fabricación y disfuncionalidades permanentes, reparados gracias a la increíble ingeniosidad de los expertos encargados de su funcionamiento. Y todo ese esfuerzo se saldó con su caída controlada en el océano sin que el hecho fuera noticia para nadie (2021: 159).

En estas convulsiones periódicas, en la apelación al método del terror durante la era de Stalin, Trotsky veía *una prueba de la no transformación de la burocracia en una clase orgánica*. Pero si esto era correcto, el gran revolucionario ruso *no alcanzó a distinguir la profundidad de*

18 El enorme contraste entre estas exacciones brutales que, por ejemplo, *desmoralizaron al proletariado industrial en Alemania Oriental* –la burocracia se llevaba fábricas enteras, vías férreas y demás; los obreros quedaban en la calle– y el Plan Marshall del imperialismo, es en parte lo que explica la evolución económica divergente entre Europa oriental y la Europa capitalista en la posguerra (cf. Nahuel Moreno).

la derrota de la clase obrera soviética, el carácter contrarrevolucionario *social* y no sólo político de las medidas de Stalin, la dramática *atomización* de los trabajadores y la *ruptura de su conciencia de clase y de sus vínculos con la Revolución de Octubre*, elementos todos que si bien no resolvieron para la burocracia el problema de la estabilidad de sus derechos de propiedad, *inhibieron duraderamente la posibilidad de que la propiedad estatizada redundara en beneficios para la clase obrera*. Su plusvalía o plustrabajo fue *sistemáticamente estatizada al servicio de la burocracia*. Y esto se llama *explotación*; no puede llamarse de otra manera. Porque explotación es la *extorsión y apropiación sistemática del sobreproducto social*, como afirman Naville, Mészáros, Artous y otros autores marxistas, aunque entre ellos difieran en el análisis de los mecanismos específicos de esa apropiación.

5.3 La estatización de las categorías de la economía política

La realidad de la explotación en la URSS no puede perderse de vista o menoscabarse con la consideración de que los privilegios burocráticos habrían sido un caso de mero “parasitismo social”. Durante décadas la burocracia se apropió sistemáticamente del trabajo de las y los obreros y campesinos. Aunque estas renovadas formas de explotación y alienación no fueron orgánicas ni configuraron una nueva forma de explotación propiamente clasista –ni tampoco dieron lugar a un “capitalismo de Estado” o a un “colectivismo burocrático”, como hemos señalado–, no por ello dejaron de ser tales. Dicho simplemente, lo que ocurrió fue *un proceso degenerativo que llegó hasta su ápice*. Se habla generalmente de la degeneración burocrática que configuró el estalinismo, pero sin entender qué significa en profundidad el concepto. Porque un proceso degenerativo, una degradación, difícilmente alumbra *un todo orgánico*, un sistema alternativo. Según el Oxford Languages, degenerativo es un proceso por el cual una persona o una cosa pasa a un estado *peor* que

el original al *perder progresivamente sus cualidades*. Y también podría apelarse a una analogía con la biología referida a una alteración grave de la estructura celular de una parte del cuerpo que termina *degradando el cuerpo entero*; el cáncer es una alteración de ese tipo, que en nuestro caso sería un “cáncer burocrático”.

Silberstein habla del uso de metáforas para describir la radical circunstancia de la degeneración burocrática de un Estado obrero, de la mayor revolución social en la historia, citando a varios autores. Convoa a Trotsky cuando se pregunta si la burocracia es un “tumor o un órgano nuevo”, y se responde que un órgano enfermo no deja de ser tal. Pero luego hace que le replique Vasili Grossman cuando con crudeza señala que la burocracia no es “un tumor en el cuerpo sano del Estado, sino que es el cuerpo mismo del Estado”... También cita a Panait Istrati, uno de los primeros literatos de renombre en visitar la URSS a finales de los años 20 y sacar conclusiones críticas (lo propio ocurriría más tardíamente con André Gide), cuando en respuesta a un estalinista que le había dicho que para hacer una omelette hace falta romper los huevos, replica: “Los huevos están rotos, ¿dónde está la omelette?” Y Silberstein cierra con Moshe Lewin cuando éste señala que continuar hablando de la URSS como “socialismo soviético” es una verdadera comedia de enredos:

Si cualquiera puesto en presencia de un hipopótamo declara con insistencia que se trata de una jirafa, no le van a dar un cargo de docente de zoología (Silberstein 2021: 155.).

Lo que ocurrió en la URSS fue la degeneración de un Estado obrero con deformaciones burocráticas hacia un Estado burocrático con restos de la revolución, o más bien, una serie de Estados burocráticos en la segunda posguerra, los “muchos ‘socialismos’ en un solo país”, como señalaría Pierre Naville. Al configurarse como Estados con relaciones sobre bases geopolíticas que no llegarían a conformarse en un sistema, en un modo de producción estabilizado, ni tampoco en semiEstados proletarios con relaciones de clase entre ellos, se impuso la competencia y el vasallaje pero no la solidaridad. Así, el Pacto de Varsovia puso a los países del Este europeo bajo la égida de la URSS, China y la URSS rompieron relaciones en 1969, y hasta hubo una guerra entre China y

Vietnam, una degeneración vergonzosa del dominio burocrático (marcada en tiempo real, entre otros, por Nahuel Moreno). Y sin embargo, todavía hay sectores de la izquierda que hablan de la URSS y otros Estados burocráticos como si hubieran sido modos de producción definidos y no formaciones sociales burocráticas histórico-concretas, con una estructura social mucho más fluida e inestable.

¿Cómo ocurrió este proceso degenerativo? Por la vía del acaparamiento burocrático de un Estado que administra la economía. En esa sociedad, los trabajadores siguen autoexplotándose para generar un excedente, pero el destino de ese excedente ya no es decidido por ellos, sino *apropiado por una capa social privilegiada: la burocracia*. Pierre Naville consagró su monumental *Le nouveau Léviathan* a explicitar los mecanismos de autoexplotación subsistentes en cualquier economía de transición, mecanismos multiplicados en estos “socialismos en un solo país” con bajo desarrollo de las fuerzas productivas comparados con la media mundial. La creación de la riqueza sigue dependiendo del estrujamiento del trabajo humano (y de la naturaleza, tema que trataremos en el segundo tomo),¹⁹ aunque en este régimen social transitorio no exista propiamente una clase explotadora.

De ahí también que, en cierta forma, subsista todavía en la transición socialista la ley del valor, en el sentido de que la fuerza de trabajo sigue siendo una mercancía que se intercambia por un salario, y subsistan también las demás categorías de la economía mercantil como la renta de la tierra y otras, que no pueden ser *abolidas* inicialmente sino que son, por lo pronto, *estatizadas*.

Detengámonos por un momento en el significado de la estatización de las categorías económicas en la transición (categorías que expresan y a la vez esconden determinadas relaciones de producción). La supe-

19 La burocracia, con su lógica extensiva y desaprensiva, llevó a cabo algunos de los mayores desastres ecológicos del siglo pasado, entre otros el desecamiento del Mar Aral, el desastre de Chernobil y otra multitud de problemas generados por la utilización sin límites de las materias primas como si fueran infinitas, o la fabricación de productos fallidos muy por encima de la media internacional, del orden del 30% (de ahí que Kowalewsky hable de que en la URSS existían tres ramas de la producción: la de medios de producción, medios de consumo y productos fallados).

ración de las categorías económicas de la economía burguesa supone la superación de las relaciones sociales que les dan base y de las cuales son expresión teórica. Estas categorías no dependen del cambio jurídico de la propiedad, ni siquiera de la expropiación de los capitalistas, sino de la interrelación entre fuerzas productivas y relaciones de producción que superen la explotación del trabajo. Pero si la expropiación de la burguesía liquida la explotación capitalista del trabajo –los medios de producción son estatizados por el Estado obrero, la burguesía queda expropiada–, no puede liquidar por un acto político lo que está en su base material: la subsistencia de la fuerza de trabajo como una mercancía que rinde un valor y un plusvalor (o plustrabajo; el nombre no cambia en nada la sustancia del asunto).²⁰

Liquidar el plustrabajo, superar el horizonte de la necesidad, que el excedente social dependa ya de los medios de trabajo puestos en función y no directamente del trabajo humano, que los trabajadores aparezcan más en el proceso de trabajo como vigiladores y controladores y no propiamente subsumidos a él (*Grundrisse*), es algo que depende del desarrollo universal de las fuerzas productivas y de la cultura social. Pero si las relaciones sociales que están por detrás de las formas jurídicas y en el seno del proceso de la producción social no desaparecen automáticamente con la expropiación de la burguesía –aunque la expropiación es sin duda un paso esencial hacia esa abolición–, esto quiere decir que las categorías de la economía burguesa no pueden desaparecer de un día para el otro. ¿Significa que quedan incambiadas? De ninguna manera: dejan de ser categorías de la vida económica privada para ser *estatizadas*. Y esto quiere decir que es el Estado el que pasa a controlar/administrar categorías, relaciones sociales, a las cuales no puede disolver todavía ni administrar arbitrariamente pero sí operar como “regulador” de éstas.

20 Modzelewski y Kuron hablan abiertamente de las relaciones de explotación subsistentes en la Polonia de posguerra: “Calificar todo trabajo (incluyendo el de policía, procurador, oficial o de hotelería) como trabajo productivo es enmascarar eficazmente la explotación (...). La clase obrera no tiene ninguna influencia sobre el sobreproducto, su reparto y su utilización (...). En el sistema actual, lo destinado a la acumulación tiene un fin extraño al trabajador” (“Carta abierta al POUP”).

Estas categorías no pueden desaparecer por arte de magia por dos razones: una, porque mantienen su vigencia a nivel del mercado mundial todavía capitalista, y dos, por el (eventual) atraso de las fuerzas productivas en el país de la revolución (se verá qué pasa con la revolución socialista en un país adelantado), que mantiene fundada/basada la producción en el trabajo humano, al que todavía “no le sobra nada”. La fuerza de trabajo asalariada es estatizada, el dinero es estatizado, los medios de producción son estatizados, incluso la renta agraria es estatizada sin poder ser abolida todavía. Como indicará Trotsky, estas categorías “mueren de diversas muertes”, pero su “fallecimiento” pasa, primero, por su adscripción estatal, por la estatización de categorías económicas que en su inicio se constituyeron en una esfera separada de la política, algo característico del capitalismo como modo de producción. La transición opera un “camino de regreso”: una fusión de economía y política donde todas las categorías sociales son un híbrido económico-político o político-económico (como también lo son en los órdenes sociales previos al capitalismo).

Estas relaciones económicas no podrán entonces abolirse simplemente con la eliminación de la propiedad privada capitalista –un acto político y jurídico, no propiamente económico y social–, sino sólo con la revolución internacional y el pasaje a una producción basada en la satisfacción de las necesidades humanas, una producción de valores de uso y no una dominada por la ganancia. Recordemos la ya señalada observación de Lenin a Bujarin en el sentido de que durante la transición también es necesario que exista ganancia. Lenin se refiere no a la ganancia en sentido capitalista, el objetivo de producción de plusvalor como tal, sino al hecho de que no se puede funcionar económicamente a pérdida, desentendiéndose de los costos de producción.

Tampoco es correcto el criterio de la llamada “producción por la producción misma”, sucedáneo de una acumulación *de Estado* y no de una acumulación *socialista*, cuyo objetivo es tender a la satisfacción de las necesidades humanas y no simplemente poner en pie la rama I de la producción (industria pesada) como objetivo en sí mismo. La producción socialista no es un fin en sí mismo durante la transición, sino que su objetivo debe ser, incluso dando los rodeos que sean necesarios para fortalecer la dictadura proletaria, la satisfacción creciente de las

necesidades de las y los ex explotados y oprimidos. El marxista húngaro Itsván Mészáros insistirá en la crítica de esta acumulación de Estado como sucesora de la acumulación capitalista por la vía del concepto de *apropiación política del plustrabajo* en los Estados burocráticos, a diferencia de la apropiación económica bajo el capitalismo (de ahí que titulara su obra cumbre *Más allá del capital*).²¹

Si el análisis de Naville es acaso demasiado “abstracto” y sofisticado, Trotsky, más pedagógicamente, dice algo similar en *La revolución traicionada*. Sosteniendo el carácter obrero de la URSS por la propiedad estatizada, en sus textos *en ningún momento descuida la base de valor* de la economía de la transición ni pierde de vista el papel subsistente del mercado y la necesidad de una *moneda estable* para tener una medida real del valor de las mercancías en relación con el gasto y en comparación con los promedios mundiales. Veía esta comparación como fundamental para garantizar la racionalidad creciente de la economía de transición, como herramienta contra la arbitrariedad burocrática, como rasero real de la productividad de la economía. Subraya incluso que el mercado es necesario para que los consumidores –los trabajadores en su condición de tales–, a la hora de medir su nivel de vida, pudieran comparar críticamente el costo y la calidad de los productos. Trotsky era muy consciente de que si la economía trastabillaba, tarde o temprano el Estado obrero estaría en riesgo. Su lógica era de una seriedad y racionalidad extrema, una aproximación científica marxista.

Por su parte, Preobrajensky cometía el error de oponer a los trabajadores como productores a los trabajadores como consumidores, con la idea de que ambos intereses se “oponían” en cierta medida, como se oponen muchas veces en la transición los intereses inmediatos y los históricos de las y los trabajadores. Es cierto que si la clase obrera es la clase dominante, su interés como “productora” tiene que ver con el desarrollo de las fuerzas productivas en el Estado obrero. Pero esta apreciación queda *abstracta* si no se considera que deben ser los trabajadores mismos quienes decidan todo, incluyendo la necesidad de autoexplotarse a

21 Más allá del capital quiere decir más allá de una producción heterónoma por la producción misma, más allá del dominio del trabajo muerto sobre el vivo.

la espera del desarrollo de la revolución mundial y el desarrollo de las fuerzas productivas nacionales. Es peligroso oponer –aunque en ciertos momentos es inevitable– los intereses históricos de la clase obrera con los inmediatos, ya que esto puede producir una división irremediable entre la vanguardia, que comprende sus intereses históricos, y la masa de la clase despolitizada que se guía por sus intereses inmediatos, lo que significa que no pueden perderse de vista sus intereses como consumidores (aun si el punto de vista de la vanguardia proletaria es, efectivamente, la producción, el progreso de la base productiva del Estado obrero). De ahí que Trotsky insistiera en que mientras el Estado obrero se desarrolla e industrializa, mientras se prepara un futuro mejor para las generaciones venideras, *las actuales deben poder soportar la carga*, ver mejoras reales en sus condiciones de vida.

A este último respecto, Preobrajensky planteaba una racionalización equivocada. Al oponer la consideración de los trabajadores como productores a la de los trabajadores como consumidores, parecía apostar a su conciencia como clase dominante del Estado obrero. Esta consideración puede dialogar con el sano sentido de desprendimiento en los sectores de vanguardia, conscientes de los sacrificios necesarios del poder proletario, *pero resulta incomprensible para la masa de obreros sin partido* (es la experiencia lo que lo indica, y el análisis materialista también).

Esta oposición abstracta de unos y otros, esta pérdida del vínculo dialéctico en la evaluación de las y los trabajadores en ambas facetas, es lo que Trotsky intenta *evitar* cuando señala la necesidad de un lento pero constante aumento en el nivel de vida que permita contener y ganar a la mayoría obrera y popular para el sostenimiento de la dictadura proletaria.²²

El mercado en la transición está subordinado a la planificación económica, la democracia obrera y el proteccionismo socialista, al monopolio del comercio exterior. Pero esto en nada modifica que las categorías de la economía capitalista sigan operando, al menos en parte,

22 Sin duda, también era errónea la visión opuesta: considerar a los trabajadores sólo en su faceta de consumidores, como en la visión oportunista de Bujarin, que negaba así la importancia estratégica de la planificación y la industrialización del país, que era la correcta preocupación de Preobrajensky.

en la primera fase de la transición, de lo cual *la subsistencia del derecho burgués no es más que su contracara jurídica*, como afirmara Marx. Ninguna de estas relaciones económicas, que son relaciones materiales y no puramente jurídicas, pueden ser abolidas con la estatización de la propiedad, que implica, como venimos señalando –además de concretar la expropiación de la burguesía, claro está–, estatizar las categorías mercantiles de la economía capitalista sin todavía poder abolirlas. Citamos *in extenso* a Trotsky:

El dinero, al igual que el Estado, es una herencia directa del régimen capitalista. Debe desaparecer, pero no se lo puede abolir por decreto, sino que se extingue gradualmente. Las distintas funciones del dinero, como las distintas funciones del Estado, *mueren de diferentes muertes*. El dinero, en tanto que medio de acumulación privada, usura y explotación, desaparece paralelamente con la liquidación de las clases. Como medio de intercambio, como norma de *medida del valor del trabajo*, como *regulador* de la división social del trabajo, el dinero se disuelve gradualmente en la organización planificada de la economía social para convertirse finalmente en un vale, en un cheque para el cobro de una cierta proporción de bienes con el fin de satisfacer las necesidades productivas y sociales.

Este paralelismo de los procesos de extinción gradual del dinero y del Estado no es fortuito; ambos poseen *la misma raíz social*. El Estado permanece como tal mientras debe regular las relaciones entre varias clases y estratos, cada uno de los cuales hace sus cuentas y trata de obtener sus ganancias. El reemplazo final del dinero como norma del valor por el registro estadístico de las fuerzas productivas existentes, del equipamiento, de las materias primas y las necesidades, no será posible sino en la etapa en que la riqueza social liberará a todos los integrantes de la sociedad de la necesidad de competir entre sí por la comida.

Esta etapa está *todavía distante*. El papel del dinero en la economía soviética no sólo no ha llegado a su fin, *sino que en cierto sentido recién está por alcanzar la plenitud de su*

*función.*²³ El período de transición en su conjunto no significa la limitación del movimiento de las mercancías sino todo lo contrario, *la extrema expansión del mismo*. Todas las ramas de la economía se transforman, crecen y deben determinar sus relaciones recíprocas (...). El socialismo no arroja de su seno al dinero como medio de contabilidad económica creado por el capitalismo, *sino que lo socializa* [es decir, lo estatiza]. No puede siquiera pensarse en la construcción socialista sin incluir en el sistema planificado el *interés personal del productor y el consumidor*. Y este interés sólo puede manifestarse activamente si se dispone de un arma flexible y digna de confianza, de un *sistema monetario estable*. Es absolutamente imposible aumentar la productividad del trabajo y mejorar la calidad de las mercancías sin un *instrumento de medición preciso* que penetre libremente en todos los poros de la economía, es decir, sin una unidad monetaria estable. (...)

La teoría oficial de la inflación está en el mismo plano que la teoría oficial de la dictadura (...). “La estabilidad de la *valuta* soviética –dijo Stalin en el plenario de enero (1933)– está garantizada en primer lugar por la tremenda cantidad de bienes de que dispone el Estado y que éste pone en circulación a precios fijos”. El único significado que puede tener esta frase –si es que significa algo– es que el dinero soviético *ha dejado de ser dinero*, ya no sirve para medir valores y fijar precios; el poder gubernamental fija los “precios estables”, “el *chervonets* es sólo la medida del debe y haber de la economía planificada”. Esta idea es del todo paralela y equivalente a la de la “liquidación de las clases” y la “entrada en el reino del socialismo” (una idea administrativa y no económica del dinero). (...)

En todo caso, el dinero regulado por los precios fijos impuestos administrativamente a los bienes pierde su capacidad de regular esos precios y, por consiguiente, de regular los

23 Moreno afirma algo semejante cuando señala que la ley del valor (en los aspectos todavía vigentes señalados por Trotsky) alcanzará en la transición su mayor amplitud antes de desaparecer.

planes. En este terreno, como en otros, para la burocracia “socialismo” significa *liberarse de todo control partidario, soviético, sindical, monetario...* Hoy la economía soviética no es monetaria ni planificada. Es *una economía casi puramente burocrática* (Trotsky 1933).²⁴

Trotsky se refiere aquí a la necesidad de extensión y diversificación de la producción de valores de uso que todavía en la transición no pueden dejar de ser mercancías, cuestión que tiene dos condiciones: responder a las necesidades reales, no muchas de las falsas creadas por el capitalismo –evaluación nada sencilla; cf. *Teoría de las necesidades en Marx*, de Agnes Heller–, y hacerlo cuidando de no expropiar la naturaleza como lo hace el capitalismo y como hicieron los Estados burocráticos. Hay que producir *otras cosas y de otra manera*.

Que el dinero sea “estatizado” en la transición no quiere decir que pierda sus atributos-funciones económicas; por ejemplo, *ser medida del valor*, evitando el reino de la pura arbitrariedad burocrática. En la economía capitalista, si bien es verdad que la moneda única queda consagrada por el Estado nacional y como tal es de *orden público y no privado* –aunque existan formas de dinero privado, como hoy el bitcoin–, vale en la medida en que es *medida del valor económico real*. Caso contrario, tenemos la pérdida de los valores de referencia y el fenómeno de la inflación, de la cual Trotsky era enemigo. Así, lo que se estatiza tiene una base material económica real en las relaciones de valor, necesarias para ser medida de la producción y de los intercambios. Y en este aspecto, nada cambia con la expropiación si se pretende que el dinero sea una medida fiel de aquéllos.

Trotsky era consciente de en qué medida la economía de la transición depende todavía de relaciones de valor, es decir, *de la medida del trabajo humano*, y en qué medida también, antes de desaparecer, las relaciones mercantiles son estatizadas y contrapesadas por la pro-

24 “La degeneración de la teoría y la teoría de la degeneración. Apuntes sobre el régimen soviético” es parte de una serie de brillantes artículos escritos por Trotsky a comienzos de los años 30 sobre el estalinismo y la economía de transición, como lo son “Las tendencias filosóficas del burocratismo” y “El fracaso del plan quinquenal”, que abordaremos en el segundo tomo.

pia planificación. Esta mirada profunda, llena de matices, no suele ser recuperada en los trabajos más conocidos sobre la transición en el movimiento trotskista, incluido uno de los más flojos como el segundo tomo del *Tratado de economía marxista* de Mandel (1962), dedicado a la economía de transición.²⁵

El trabajo asalariado, como las demás categorías mercantiles, pasa a ser un trabajo dependiente del Estado, pero no por ello queda abolido. Lo mismo ocurre con el monopolio de la tierra, que pasa a ser estatal pero todavía paga una renta, o debe pagarla, porque los campesinos tienen la posesión pero el propietario de la tierra es el Estado, que la monopoliza en relación con los demás Estados. El Estado o semiEstado proletario monopoliza todavía una porción de la naturaleza mundial, según la definición clásica de Marx de la renta agraria –la renta absoluta, para ser más precisos–, y por ello cobra una renta. También cobra la renta diferencial, que depende de las mejoras que se hagan sobre la tierra misma, el diferencial entre los costos nacionales y los precios internacionales agrarios, mineros, hidrocarburíferos y de la porción de la naturaleza que sea: pesquera, forestal, etc. De ahí la réplica ácida de Trotsky a Stalin cuando le decía que no solamente la URSS no había llegado al “socialismo”, sino que ni siquiera había logrado algo tan básico como abolir categorías elementales de la economía política como la renta agraria.

Como las categorías de la economía política son estatizadas pero no abolidas, siguen rigiendo hasta cierto punto en la transición, sólo que *bajo el “comando” del Estado que puede guiarlas o modificarlas, pero no desconocerlas*. Sólo serán abolidas cuando la economía de la transición, como un todo, revolución internacional y desarrollo de las fuerzas productivas mediante, pueda superar el horizonte de una economía basada todavía en gran medida –aunque cada vez menos debido al desarrollo de las fuerzas productivas potenciales en el siglo XXI– en el sudor, en el estrujamiento de los nervios y los músculos de las y los

25 Naville le hizo a esta obra una crítica justa en tiempo real al señalar que Mandel, al hablar de la existencia de “dos mercados mundiales”, al estilo estalinista, no podía pretender, simultáneamente, autotitularse “trotskista” (Trotsky basa su obra clásica, *La revolución permanente*, en la existencia de un solo mercado mundial capitalista).

trabajadores.

Tal es el abordaje en nuestros clásicos (Marx, Lenin, Trotsky). Cualquier otro análisis es una fetichización de las relaciones reales, que subsisten detrás de las nuevas relaciones jurídicas. Estas relaciones jurídicas son una conquista: adelantan el objetivo de la socialización de la economía. Pero todavía no pueden resolverla sin el desarrollo de las fuerzas productivas materiales a una escala multiplicada e internacional.

Esta realidad material se fuerza de manera mecánica cuando se cree –sin apelar a la experiencia histórica– que con la estatización de la propiedad quedan resueltos todos los problemas. Debido a la subsistencia de una base económica *insuficiente* para la emancipación del trabajo, de mecanismos de autoexplotación durante la transición, la inmensa conquista histórica de la expropiación de la burguesía, para que pueda ir hasta el final en sus potencialidades, para ser una “ventana hacia un futuro mejor” (Trotsky), requiere que el poder y la administración y planificación económicas estén de manera real y no sólo formal, positiva y no sólo negativamente, en manos de la clase obrera. Ésta es, profunda y sencillamente, una de las principales lecciones revolucionarias del último siglo.

5.4 El estalinismo: un régimen burocrático antisocialista

Burocracia y democracia socialista se contraponen. La burocracia es connatural a cierta dominación estatal, inevitable hasta cierto punto, en la transición socialista. Sin personal administrativo no hay Estado. Pero al mismo tiempo, la burocracia tiende a contraponerse a la democracia socialista, a la dictadura proletaria como forma de dominación concebida para que cada vez más amplios sectores populares tomen en sus manos las tareas del Estado o semiEstado proletario, que será tal en la medida en que se *verifique* este proceso de asunción popular de las tareas.

La burocracia como régimen político supone un *arbitraje* de intere-

ses sociales que no es democrático, que no se verbaliza –sumado a la *corrupción del vocabulario marxista* en los países no capitalistas, la expropiación burocrática del sentido de palabras que sirven a un significado *opuesto* al original–,²⁶ que no tiene nada que ver con ninguna forma de representación de la sociedad explotada y oprimida y se transforma en una dictadura bonapartista o lisa y llanamente “totalitaria”.²⁷ La dictadura proletaria, la clase obrera organizada en clase dominante, es el ejercicio cada vez más colectivo del poder. La democracia socialista supone exactamente eso: *la dominación política de la clase obrera*, y es

26 Bensaïd habla a este respecto de “neo-lenguas” –al estilo de Orwell en 1984– para dar cuenta del fenómeno, destacado por todos los analistas u observadores de las sociedades no capitalistas burocratizadas. Las palabras del vocabulario marxista, tan cargadas de pólvora en el mundo capitalista, fueron pasadas por el fango más pútrido y estatizadas para los usos y abusos burocráticos, con el resultado de desvirtuar y manchar completamente su sentido. En sentido similar pero más general, Serge afirmará que lo realizado por el estalinismo para inculcar el horror y el rechazo al socialismo es inimaginable (Silberstein 2021: 156).

27 Trotsky utilizaba el concepto de totalitarismo para el estalinismo. Hablaba de Stalin y Hitler como “astros gemelos” en el terreno político (uno y otro se determinaban en el “espejo” sociopolítico de las relaciones entre Estados). Aquí hablamos de “totalitarismo” entre comillas por tres razones. Primera, porque este concepto, utilizado originariamente por la izquierda antiestalinista (Traverso: *Totalitarismo, historia de un debate*), fue en la posguerra apropiado por teóricos liberales como Hannah Arendt y tantos otros. Segunda, porque ha dado lugar a plantear como idénticos los fenómenos del nazismo y el estalinismo, lo que es un abuso en el análisis social e histórico. Y tercero y principal, porque la idea misma de totalitarismo no deja ningún espacio a la sociedad, siendo que ésta, de una u otra manera, *siempre encuentra algún cauce por abajo*. Es por esto último, para dejar espacio a la acción humana de resistencia siempre presente, que Moshe Lewin prefería hablar del estalinismo como de un “estatalismo”. Por otra parte, Artous señala que los regímenes totalitarios eran imposibles en las formaciones sociales previas al capitalismo, en la medida en que en todas ellas permanecían los lazos comunitarios. Es recién con la *atomización de las relaciones sociales* bajo el capitalismo que los “totalitarismos” son posibles, algo que puede relanzarse bajo los regímenes burocráticos si destruyen las formas de organización de los de abajo heredadas de la revolución.

difícil, si no imposible, que una dictadura proletaria –no burocrática– se ejerza *sin el libre choque de opiniones entre los sectores populares*, sin lucha de tendencias socialistas.

Es cierto que esa dominación incluye una burocracia encargada de las tareas administrativas. Pero si el régimen burocrático es la elevación de una capa social privilegiada *por encima* de la clase obrera, por oposición la democracia socialista supone la tendencia a la elevación creciente a las tareas del poder de capas cada vez más amplias de los trabajadores y trabajadoras y la *subordinación* de la burocracia administrativa a ese poder.

Son dos dinámicas opuestas. Y como la burocracia no es, ni puede ser, un órgano de representación política y social de la clase obrera sino simplemente su personal administrativo, esta misma burocracia, elevada a capa social autónoma, a “clase política”, no puede ejercer el poder más que de manera autoritaria, cuando no dictatorial e incluso “totalitaria”, como bajo Stalin.

El régimen burocrático supone el silenciamiento de toda oposición, la prohibición de pensar libre y críticamente, la liquidación de todo órgano de decisión colectiva, la eliminación de todo partido político, revolucionario o no. Porque el ejercicio burocrático, por definición, no es político propiamente dicho *sino la reducción de la política a administración o incluso a hecho policial*, como en las Grandes Purgas. Lewin explica bien que, contra lo que suele creerse, los regímenes burocráticos considerados de “partido único” (el partido de la burocracia) ni siquiera eran eso. En la URSS, el ex partido bolchevique, devenido en partido de la burocracia, estaba *disuelto en el aparato del Estado*. A todos los efectos prácticos, el partido no era una entidad independiente del Estado. La función de la política como tal estaba ocluida: no existía verdadero juego político, ni podía haberlo, sin cierta mínima libertad de tendencias socialistas. De manera enmascarada, como opciones puramente “administrativas” o “técnicas”, naturalizadas, se hacían valer los intereses de la burocracia:

El partido que, en la cima de su jerarquía, es simplemente la burocracia organizada, deviene en la base una herramienta de desorganización de toda tentativa de resistencia y

de toda tentativa de la clase obrera de ejercer una influencia sobre el poder (Modzelewski y Kuron 1970).

Agregan que lo mismo pasa con los sindicatos y toda otra organización de los trabajadores, que quedan privados de su organización, de su programa y de todo medio de autodefensa colectiva. La clase trabajadora queda así inerte en “su propio” Estado.

Además, en el plano internacional se imponían las relaciones entre Estados, que no son otra cosa que la continuidad de las relaciones interiores y que en el caso del estalinismo suponía no sólo la regimentación de la clase obrera soviética e internacional, sino *poner por sobre todas las cosas los intereses de la propia burocracia en el plano internacional* (lo cual no tiene cómo conectar con el flujo de la lucha de clases internacional desde abajo). De ahí que Stalin disolviera el cadáver de la Internacional Comunista en 1943, porque sólo era ya un residuo molesto.²⁸ Es bajo el criterio de estas relaciones del Estado que el estalinismo liberó e inmediatamente ocupó bajo el control férreo del Ejército Rojo burocratizado los países del Este europeo. Países que, bajo esa opresión, no tardaron en vivir el fenómeno original de las revoluciones antiburocráticas: Berlín 1953, Polonia y Hungría 1959, Checoslovaquia 1968, Polonia 1980-81. Volveremos sobre la originalidad de estas revoluciones más abajo.

La elevación del estalinismo y su afianzamiento supuso las purgas grandes y las pequeñas, los campos de concentración, el *gulag*, el silenciamiento de toda la oposición, la vigilancia de todos y todas, el bloqueo y represión a cualquier manifestación abierta de opiniones honestas (Vadim Rogovin), etc. Todo esto fue parte de la consolidación de un régimen dictatorial *tanto más feroz cuanto más profunda y vital*

28 La disolución de la III Internacional, que hacía rato no cumplía ningún rol progresivo en la lucha de clases mundial, fue un tributo a su alianza con las potencias occidentales democráticas en el fragor de la Segunda Guerra Mundial, una manera de demostrar simbólicamente que se atendería al *statu quo* acordado con el imperialismo ganador a la salida de la contienda. Moreno identificaría bien Yalta y Postdam como un pacto contrarrevolucionario mundial, y es conocida la anécdota en que Stalin y Churchill se reparten sobre una servilleta las áreas de influencia en varios países del Este europeo.

había sido la Revolución Rusa, que había removido hasta las capas más profundas de la sociedad: los pueblos más lejanos, las fábricas, barrios, localidades, comunidades campesinas, las ciudades europeas y las asiáticas, los Estados linderos con China, Mongolia o Pakistán hasta Siberia y el Ártico. Es muy apropiado el título de *Diez días que conmovieron al mundo* que le dio John Reed –uno de los mayores periodistas revolucionarios, junto con Víctor Serge, que ha dado la historia– a su clásica crónica de la Revolución Rusa. Para *acallar y desvirtuar históricamente* una revolución que abarcó la sexta parte del globo, para evitar que la clase obrera se volviera a levantar por décadas, *debió sufrir una contrarrevolución de una profundidad inaudita*, no sólo política sino también social. La colectivización forzosa, la industrialización acelerada, el estajanovismo, las Grandes Purgas, la pérdida del poder de la clase obrera, etc., no pueden considerarse más que como eventos contrarrevolucionarios sociales, además de políticos.

En “Estado obrero, termidor y bonapartismo”, Trotsky ratificó la calificación de este régimen surgido de la contrarrevolución burocrática como bonapartista, aunque aclarando que la contrarrevolución estalinista se había consumado ya a partir de finales de 1923, además de considerarla, como sabemos, una contrarrevolución meramente política con consecuencias sociales, pero no social propiamente dicha, como opinamos que ocurrió a partir de los años 30. A la luz de la experiencia histórica, esta caracterización nos parece que se quedó corta: bonapartista es un régimen político que cabalga entre clases fundamentales, haciendo una suerte de “arbitraje”, en el caso de la burocracia, entre la clase obrera y el imperialismo mundial, además de arbitrajes internos entre la propia capa de administradores, el proletariado, el campesinado, etc. Sin duda, la degeneración burocrática *se inició* como un bonapartismo, liquidando la democracia obrera de los soviets y el partido. Pero, a nuestro modo de ver, terminó transformándose en otra cosa: *no solamente una forma de régimen político, sino una forma de Estado*, un Estado burocrático con restos proletarios y comunistas.

Esa forma de Estado, a su vez, expresó distintos regímenes: no es el mismo régimen el del apogeo de las Grandes Purgas que el posterior a la muerte de Stalin, cuando el famoso discurso de Krushev denunciando el culto a la personalidad de Stalin, por ejemplo. Pero todos fueron

burocráticos y dictatoriales; la denuncia de Krushev fue un operativo de ocultamiento de la responsabilidad del resto de la burocracia, y buscaba que las disputas en su seno no se resolvieran más con sangre, lo que, efectivamente, era un mecanismo autodestructivo de la propia burocracia.

Si desde el trotskismo cabía la crítica por la izquierda a la “desestalinización” de Krushev y no hacerse ilusiones de autorreforma burocrática, como lo creyó Isaac Deutscher, es significativo que Althusser la *criticara por derecha*, lo que marcó prácticamente toda su trayectoria teórico-política. Contemporáneamente, el levantamiento revolucionario en Hungría en 1956, reprimido por los tanques “soviéticos”, rompió todas las expectativas de autorreforma y llevó a dramáticas crisis políticas en los partidos comunistas de Occidente. Fue el caso, entre otros, del Partido Comunista Británico, del cual emergieron grandes figuras intelectuales como E. P. Thompson, que rompe implacablemente con ese partido y el estalinismo en general con su famosa “Carta a los filisteos” (1957), texto humanista-socialista de gran riqueza, aun si es injusto con Trotsky, entre otros varios casos.

Lógicamente, Trotsky no podía cambiar su caracterización del régimen como bonapartista porque seguía considerando a la URSS como un Estado obrero, y a la burocracia, en definitiva, como una capa meramente parasitaria. Aun así, en determinados pasajes –sobre todo cuando el centro no estaba puesto en la defensa de la URSS sino en el fenómeno mismo de la burocratización– el revolucionario ruso fue más lejos en su análisis de la burocracia y el carácter del Estado, con una descripción precisa de la extrema autonomía de aquélla. Su *Stalin*, obra inconclusa, tiene valiosos apuntes en esa dirección, en particular el capítulo “La reacción termidoriana”:

A los ojos de los simplones, la teoría y la práctica del “tercer período” parecían refutar la teoría del período termidoriano de la Revolución Rusa. En realidad, no hicieron más que confirmarla. Lo esencial del Termidor fue, y no puede menos de ser, *social* en cuanto a [su] *carácter*. Su finalidad era cristalizar una *nueva capa privilegiada*, crear un *sustrato*

nuevo para la clase económicamente superior (Trotsky 1974: 287-8).²⁹

Es sabido que Trotsky no quiso dar el paso de caracterizar al estalinismo como algo más que una “contrarrevolución política”, razón por la cual tampoco podía caracterizar a la burocracia como una forma de Estado *sui generis*, como lo hacemos nosotros. Pero dejó abiertos los pronósticos sobre la evolución futura. E hizo bien: intentaba no enterrar una revolución que aún consideraba viva al tiempo que escapaba a cualquier doctrinarismo. El problema a este respecto no está en Trotsky, sino en nosotros. La historia siguió y dio lugar a una forma burocrática de Estado no orgánica, un *híbrido histórico* montado sobre una economía no capitalista, pero tampoco obrera: una formación económico-social burocrática, en definitiva. La principal lección estratégica del siglo XX quedó, así, marcada a fuego: la revolución socialista es un proceso de autoemancipación de los explotados y oprimidos, de elevación a clase histórica de las y los trabajadores y no puede ser otra cosa so pena de degeneración en otra cosa que no es la perspectiva comunista.³⁰

29 Si bien a nuestro entender la clase obrera había dejado ya de ser esa “clase económicamente superior”, de todos modos, al señalar Trotsky el carácter *social* y no sólo político del Termidor, estaba yendo más lejos que muchos trotskistas en la posguerra. Por ejemplo: “La burocracia se apropió de aquella parte de la renta nacional que pudo asegurarse por el ejercicio de la fuerza o en virtud de su autoridad *o bien por su intervención directa en las relaciones económicas*” (Trotsky 1974: 291). Es verdad que la edición más conocida de *Stalin* fue en gran medida desfigurada por su editor estadounidense, por lo que no podemos verificar la autenticidad de todas las citas (el traductor interpoló apreciaciones personales), pero de todos modos la dirección general de la su reflexión es clara en cuanto a que la burocracia se elevaba cada vez más por encima de la sociedad.

30 Visto con perspectiva histórica, *pocos marxistas de nota sostienen hoy –en verdad desde hace décadas– la caracterización de Estado obrero para el Estado bajo Stalin*. Recorriendo la obra de Moshe Lewin, Pierre Naville, Lucio Colletti, Itsván Mészáros, Antoine Artous, Hal Draper, Roland Lew, Tony Cliff, Chris Harman, Cornelius Castoriadis o el mismo Louis Althusser y Daniel Bensaïd (las definiciones de este último son algo ambiguas pero parece ir para ese lado en *La discordancia de los tiempos*), todos autores marxistas de tradiciones y períodos diversos, es una *minoría* la que sostiene esa caracteri-

zación para los desarrollos a partir de los años 30. Historiadores de talla del movimiento trotskista como Pierre Broué o Jean-Jacques Marie no se introducen en el debate teórico propiamente dicho, *pero aportan elementos que sin duda se alejan de esa caracterización*. Incluso Nahuel Moreno, “trotskista ortodoxo”, planteó en los últimos años de su vida que tenía muchísimas dudas sobre el carácter de la URSS y recomendaba leer a Naville, y lo propio parece ocurrir con el propio Mandel en *El poder y el dinero* (1994).

9. LA ESPECIFICIDAD HISTÓRICA DE LA REVOLUCIÓN SOCIALISTA

9.1 Una clase universal (fundamentos generales)

El carácter de la revolución y de la transición socialista se conecta con el carácter de la clase obrera en un contexto estructural determinado, el del capitalismo, y con la intuición temprana de Marx de que la clase obrera *es una clase de la sociedad que no es una clase de la sociedad*. Buscaremos dilucidar el sentido de esta expresión de Marx.¹ La cuestión tiene varias aristas pero la fundamental es, como insistía también Trotsky en *Literatura y revolución*, que la clase obrera no busca afirmar una nueva dominación de clase: la realización del socialismo es la abolición de todas las clases. La clase obrera es –potencialmente– una “clase universal”, en el sentido de que puede tomar en sus manos la abolición de todas las formas de explotación y opresión *negándose a sí misma* en el camino.

1 Respecto de la reflexión sobre los fundamentos de la empresa revolucionaria, es valioso un señalamiento metodológico general de Dunayevskaya: “Cada período, así como cada idea, cada actividad como cada aparición, tiene su propia dialéctica, y eso no se puede aprender de memoria. Es sólo después de haber absorbido el pasado y haber estudiado concretamente el presente *cuando se puede finalmente aportar algo por uno mismo* (2010: 159). De paso, señalemos que también es valioso su planteo de que las revoluciones del último siglo deben ser juzgadas, en cierta forma, según la filosofía de la revolución de Marx: es decir, su elaboración teórico-estratégica de fondo, una de las tareas que nos proponemos aquí.

La clase obrera es la primera clase histórica que apuesta al poder sin partir de ninguna situación de privilegio, otro elemento distintivo de su posición; de ahí que Marx hablara de la clase “que no es nada y aspira a serlo todo”.²

¿Dónde está, pues, la posibilidad *positiva* de la emancipación (...)? Se responde: [a] en la formación de una clase radicalmente esclavizada, *de una clase de la sociedad burguesa que no es una clase de la sociedad burguesa*, [b] de un estado social que es la desaparición de todos los estados sociales; [c] de una esfera que obtiene de sus sufrimientos universales un carácter universal y *no alega ningún derecho especial*, porque ella no padece una injusticia social, sino la injusticia en sí; [d] que no puede ya apelar a un título histórico, sino a un título humano; [e] que no se halla en contradicción alguna con las consecuencias, sino en una *universal contradicción* con las premisas del orden público (...); [f] de una esfera, finalmente, *que no se puede emancipar sin emanciparse de todas las demás esferas de la sociedad* y sin emanciparlas a la

2 Se trata de una temática que preocupó a Hegel, como se aprecia en el primer capítulo de la *Ciencia de la lógica*: “Todavía no es nada y tiene que devenir algo. El comienzo no es la pura nada, sino una nada de la cual tiene que surgir algo; luego, también el ser está ya contenido en el comienzo. El comienzo tiene en consecuencia a ambos: el ser y la nada, es la unidad del ser y la nada; es decir, es un no-ser que al mismo tiempo es ser, y un ser que al mismo tiempo es un no-ser” (Hegel 1968: 95). Marx expresaría una preocupación similar dando cuenta del *desafío que implica todo comienzo*. En su caso, en el primer capítulo de *El capital*, que “resume” todo su *opus magnum*. En la filosofía política es interesante también el comentario de Hannah Arendt que menciona Arno Mayer: “La revolución ‘nos enfrenta directa e inevitablemente con el problema del comienzo’, entendiendo por ello algo más que un mero ‘cambio’. Jules Michelet sugirió incluso que es más juicioso hablar de fundación de que revolución” (Mayer 2014: 19).

El comienzo, el pasaje de la nada al algo es complejo porque tiene que romper con la inercia de las cosas: *la presión de lo existente sobre lo que todavía no es*, aunque el nexo dialéctico de esto es que lo que todavía no es *de alguna manera potencial ya está inscripto en lo que es* (una utopía *real*, cf. Bloch y Mandel).

vez; significa, en una palabra, que el total aniquilamiento del hombre sólo puede rehacerse con la completa rehabilitación del hombre. Ese estado especial en el cual la sociedad va a disolverse es el proletariado (Marx 2006: 64-65).

Resumidamente: la clase obrera “no es una clase de la sociedad”. Sus sufrimientos son universales y sus “títulos” emancipatorios no son parciales sino generales. Por lo tanto, emancipándose emancipa a todos los demás oprimidos y oprimidas, porque su perspectiva no es consagrar nuevos privilegios sino *abolirlos a todos*. De ahí que la transición socialista consista en un proceso de abolición de todo Estado y de toda formación de clases.

Estas definiciones remiten a la idea de que la clase obrera no busca su misión histórica desde ningún privilegio anterior, porque *es la negación misma de cualquier privilegio, y tampoco aspira a obtenerlos*. Que una clase es “universal” significa que busca encarnar el interés general, como pretendió hacerlo la burguesía en la Revolución Francesa. Pero es imposible encarnar genuinamente el interés general *desde intereses particulares de clase*. De ahí que la burguesía se desnudara rápidamente como una clase también particular.

Entre el interés general y el interés particular se comienza a develar el “misterio” de los alcances y límites de la revolución, su carácter *auténticamente socialista* en el caso de las revoluciones proletarias. Esto fue distinto en el caso de las revoluciones anticapitalistas de posguerra, que terminaron consagrando *nuevos privilegios*. Y aunque el contenido de toda la política burguesa (y también burocrática, aunque bajo otras formas) sea evitar que este “misterio” se revele, en última instancia la clase burguesa, al afirmar su dominación, deja de encarnar el interés general y comienza a defender el suyo propio.

Con la clase obrera las circunstancias son distintas. La clase obrera no llega a la palestra histórica para ejercer una nueva dominación de clase. Si se afirma instaurando su dictadura de clase y no es sustituida por una burocracia, si los privilegios tienden a desaparecer, si la propiedad estatizada tiende a resolverse en la socialización de la producción, si el Estado se solapa cada vez más con la sociedad, si tiende a aumentar la igualdad entre las clases y las personas y si tiende a aumentar la li-

bertad, en todo esto –que es la sustancia de la revolución socialista– lo que tenemos es una perspectiva *universal*: el paso no a una nueva sociedad de clases, sino a una sociedad donde las clases quedan abolidas, el comunismo.

¿Por qué la clase obrera es *la* clase *universal*? Porque no tiene un interés particular de dominación. Mejor dicho: no lo tiene *más allá de las necesidades inescapables de la dictadura proletaria* durante el período de la transición (no olvidemos nunca que la dictadura del proletariado es una democracia de nuevo tipo pero, también, una dictadura de nuevo tipo: de la mayoría sobre la minoría).³ Además, es una clase radicalmente *esclavizada*, cuya emancipación resume la emancipación de todas las demás relaciones de explotación y opresión. Esto está afirmado filosóficamente en el joven Marx, a sabiendas de que la *combinación* de todas las tareas emancipatorias *no es simple ni automática*. La especificidad de las cuestiones de clase, género, nacionalidad, etnia, etc., muestra *la complejidad de la interconexión* de estas luchas emancipadoras, que estratégicamente hay que anudar desde la clase más universal: la clase obrera.

En las últimas décadas, desde distintas sensibilidades se ha intentado romper o fracturar esta *centralidad estructural de la clase obrera*. Por otra parte, las direcciones reformistas de la clase obrera han trabajado a lo largo de todo el último siglo por dejar a la clase trabajadora en un lugar *corporativista*, apolítico, atada a sus intereses *inmediatos*. Una y otra visión se complementan en su perspectiva por *evitar la elevación de la clase trabajadora asalariada* –la *inmensa mayoría* de la población mundial en este siglo XXI capitalista globalizado y abrumadoramente urbano– a *clase histórica*.

Pero es verdad que esas visiones se apoyan en una contradicción adicional para la realización de estas expectativas. La clase obrera está caracterizada por necesidades *inmediatas* y necesidades *históricas*,

3 Una dictadura que necesariamente va a pasar por *eventos sangrientos* por la presión interna y externa de las clases ex poseedoras y el imperialismo internacional. Aquí la guerra civil que implica la toma del poder por el proletariado y su sostenimiento es insoslayable, así como lo es la extensión internacional de la revolución (cf. “La política como arte estratégico” y “A propósito de *Historia de la Revolución Rusa* de Trotsky”).

como ya hemos señalado; por una conciencia inmediata (reivindicativa) y una conciencia histórica (política). En general, ambos planos están *escindidos* en vez de coincidir.

Mientras la clase obrera está dominada, atrapada por sus necesidades inmediatas y reivindicativas, *no puede realizarse como clase universal*, como clase histórica, como clase que *se eleva al dominio político*. Esta elevación a clase histórica es extremadamente compleja; tanto, que es en el fondo *la sustancia de la revolución socialista y la transición socialista*. El objetivo de la revolución socialista no es una forma particular de propiedad o una forma particular de dominación, si bien no hay vía al socialismo sin la dictadura proletaria y sin la estatización de los medios de producción como medios imprescindibles para ese fin. El objetivo *estratégico* es la elevación de la clase obrera a clase histórica, camino a la abolición de todas las relaciones de explotación y opresión incluida la expoliación de la naturaleza.⁴ Es decir: camino a la *abolición* de todas las clases.

Lenin tenía muy presente esto cuando apuntaba a que “hasta la última cocinera” aprendiera a “interesarse por los asuntos del Estado”. Y esto podemos interpretarlo en dos sentidos: uno, que todos los “estamentos” de la clase trabajadora transiten ese camino de no ser nada a serlo todo, y dos, que hasta la última cocinera, la persona que quizá esté más en el fondo de la sociedad de explotación y opresión, tiene un saber hacer que seguramente es insospechado y está desaprovechado. A aquellos y aquellas que no siendo nada deben aprender a serlo todo seguramente les faltará oficio, pero *también tienen aprendizajes insospechados*.

Por lo demás, de esta “lógica” social se desprende que no haya una “cultura proletaria” ni un “derecho proletario”, que no aspiremos a eso; aspiramos a una cultura universal. Desde ya que hace falta un Estado o semiEstado proletario en la transición (que seguramente tendrá eventos sangrientos, repetimos). Pero en el dominio de la cultura, del derecho

4 Marx señalaba en 1848 que ninguna de las numerosas revoluciones hechas por la burguesía francesa desde 1789 había *atentado contra el orden*: todas dejaron en pie la dominación de clase, la esclavitud de los obreros y el orden burgués, por muy frecuentemente que cambiara la forma política de esta dominación y de esta esclavitud (en Furet 1992: 211).

e incluso de la economía, no se habla de una cultura, un derecho o un modo de producción “obrero”, sino de un *pasaje*, de la transición bajo el dominio político de la clase obrera a un modo de producción socialista, que es otra cosa: *una sociedad emancipada de toda relación de explotación*. De ahí también que en el famoso debate sobre el *Proletkult*, tanto Lenin como Trotsky se opusieran al concepto de “cultura obrera” o de “arte proletario”, planteando que lo que debía hacer la clase obrera en el poder es alcanzar el nivel de la cultura burguesa para, sobre esa base, poner en pie una *cultura universal* que dejara atrás la prehistoria (in)humana –el reino de la necesidad está planteado como propio de los animales, diría Marx en los *Manuscritos de 1844*– para entrar a la verdadera historia humana: *el reino de la libertad*. Que jamás podrá superar las determinaciones naturales últimas, *pero sí ir corriendo sus fronteras*.⁵

Ahora bien, en esta escisión entre intereses inmediatos e intereses históricos aparece el *partido revolucionario* (y el poder) como factor mediador.⁶ Partido y dictadura proletaria son *imprescindibles* para el pasaje de una forma a la otra; en la transición socialista la dominación *política* de clase anticipa y contiene, a modo de “incubadora”, la necesaria transformación *social*.⁷

5 Es evidente que todo el pensamiento ecológico contemporáneo es de enorme importancia para estas reflexiones y aspiraciones. La materialidad de las determinaciones es inescapable, pero el metabolismo humano/natural puede ser un círculo virtuoso y no uno vicioso, como ocurre actualmente en el capitalismo del siglo XXI.

6 En la dialéctica, un factor mediador tanto combina como separa cosas, relaciones: “Nada hay en el cielo, en la naturaleza, en el espíritu o donde sea, que no contenga al mismo tiempo la *inmediación* y la *mediación*, así que estas dos determinaciones se presentan como unidas e inseparables” (Hegel 1968: 88). En este caso, hablamos del partido revolucionario como un factor que *une* determinaciones.

7 Aquí podría contenerse la idea lukacsiana de la “prematuridad de la revolución”, siempre que no se comprenda de manera “izquierdista”. En el Lukács joven, esta prematuridad es lo que justifica la violencia revolucionaria. Pero el concepto de la violencia como “partera de la historia” (Engels), concepto que remite correctamente *al hecho revolucionario*, no quiere decir

El lugar imprescindible del partido revolucionario se vincula con esa elevación a clase universal, que apunta a la liquidación de toda forma de explotación y opresión, al cierre de la prehistoria humana y la apertura de la verdadera historia humana, el terreno de *una creatividad histórica* cuyo despliegue sea más libre, aun si los condicionamientos natural-materiales siempre permanecerán, modificados, en todo caso, *según el desarrollo de las fuerzas productivas*.

El reino de la necesidad *hunde* a la clase obrera en sus reivindicaciones inmediatas y le dificulta elevarse a clase histórica, a su misión como partera del reino de la libertad. Por no hablar de sus enemigos de clase: el imperialismo, el militarismo, las burocracias, el atraso cultural, la miseria económica, que se toman *revancha* sobre la revolución y la hacen *sangrienta*. Se trata de la “resistencia de los materiales” que ya mencionamos –concepto que nos inspira Arno Mayer–, la reacción sobre la revolución de la atrasada base material, cultural y política sobre la que se funda, y que desata con furia el elemento inercial, conservador. La revolución es acción y reacción porque no actúa sobre el vacío:

Propongo que *no hay revolución sin violencia y terror* (...). Las furias de la revolución están alimentadas en primera instancia por la inevitable y habitual *resistencia* de las fuerzas o las ideas que se oponen a ella (...). Esta polarización se torna singularmente *feroz* una vez que la revolución, al enfrentarse a la resistencia, promete y amenaza al mismo tiempo con una *refundación radical* de la política y la sociedad (Mayer 2014: 18-19).⁸

que la violencia pueda crear de la nada o mecánicamente nuevas relaciones sociales si no existe el suelo nutritivo para ellas. De ahí que Lenin afirmara que la revolución proletaria, el gobierno proletario, no inventa nada para lo cual no existan condiciones materiales y políticas; una guía útil para la política revolucionaria en general, que no puede llevarse a cabo en el aire sino sobre la base de *determinadas premisas*.

8 Tanto Trotsky como Arendt abordaron *el hilo invisible que une ambos términos*, revolución y contrarrevolución: “Revolución y contrarrevolución están amarradas la una a la otra ‘igual que la reacción está ligada a la acción’, dando lugar a un planteamiento histórico que (...) es a un tiempo dialéctico e impulsado por la necesidad” (Arendt en Mayer 2014: 22). Vimos más arriba

La revolución socialista, la entrada en la escena histórica de la clase trabajadora, es el máximo signo de su elevación a clase política. Pero el desafío es *sostener a lo largo del tiempo* este proceso. Hay que evitar que retroceda la revolución, cosa muy difícil dado el desarrollo desigual y combinado del proceso revolucionario y la lucha de clases nacional e internacional. Está la cuestión de las capas de trabajadores/as a quienes no les interesa la política, los asuntos generales. Además, pasar del “reino de la necesidad” al “reino de la libertad” requiere de las condiciones materiales que lo hacen posible.⁹ Es en la mediación entre estos escenarios donde aparece lo *materialmente imprescindible del partido revolucionario*, aun *después* de la toma del poder.

La potencialidad de la clase obrera como clase universal es eso: una potencialidad, que hay que resolver y concretar en la escena de la revolución socialista, la toma del poder y la transición socialista, en el marco de una aguda lucha de clases que inevitablemente se transformará en guerra civil:

Ni la revolución radical es un sueño utopista (...), ni tampoco la universal emancipación humana, sino más bien la revolución parcial, la revolución sólo política, *que deja derechamente en pie los pilares de la causa*. ¿Sobre qué se apoya una revolución parcial, solamente política? Sobre esto: *que una parte de la sociedad burguesa se emancipa y alcanza un punto de dominio universal* (...). Ninguna clase de la sociedad burguesa puede representar esta parte sin suscitar un momento de entusiasmo en sí y en la masa; *un momento en el cual fraterniza y se funde con la sociedad en general*, se confunde con ella y es aceptada y reconocida como su *representante general*; un momento en el cual sus aspiracio-

el planteo de Arno Mayer sobre la contrarrevolución y su relación *simbiótica* con la revolución.

9 Aclaremos de paso que un abordaje no ingenuo de ambos “reinos” y sus relaciones hace a un análisis vinculado a las *fronteras móviles* entre uno y otro. El reino de la necesidad subsistirá en cierto modo en la frontera humano/natural, pero en lo que hace a la sociedad, sus fronteras son mucho más lábiles, abiertas y cambiantes.

nes y sus derechos son las aspiraciones y los derechos de la sociedad misma y en que ella es realmente el cerebro y el corazón de la sociedad. *Sólo en nombre de los derechos universales de la sociedad puede una clase determinada arrogarse el dominio universal* (...). En Francia basta que uno sea algo para que quiera ser todo. En Alemania es necesario que uno no sea nada para no renunciar a ser todo. En Francia la emancipación parcial es la base de la universal. En Alemania la emancipación universal es *conditio sine qua non* de toda emancipación parcial. En Francia es la realidad de una emancipación gradual, en Alemania es su imposibilidad, de donde tiene que nacer la íntegra libertad” (Marx 2006: 62-64).

Lo que podría traducirse como la combinación entre reforma y revolución: las reformas como camino a la revolución o la revolución como condición de posibilidad de toda reforma (su conquista extraparlamentaria). Si bien los marxistas revolucionarios peleamos por reformas, la realidad es que la revolución es la condición de posibilidad de toda reforma duradera (ver el debate entre Luxemburgo y Kautsky).

Por otra parte, *El Programa de Transición* de Trotsky (1938) puede ser considerado de manera similar, al igual que la afirmación de Rosa de que el poder es el *alma* de cada reivindicación, es decir, que cada paso o conquista parcial siempre debe darse en la perspectiva de la transformación social. Por eso Rosa afirmaba que las conquistas principales siempre son en materia de conciencia y organización de la clase obrera, criterio que Trotsky también suscribía y que metodológicamente es fundamental para evitar caer en una lógica puramente reivindicativa.

Una clase de la sociedad que no es una clase de la sociedad, los que no son nada y aspiran a serlo todo: *una potencialidad histórica que hay que aprender a concretar en la revolución y transición socialista* a partir del abordaje crítico de la experiencia histórica, que ha demostrado que las cosas son más complejas que lo imaginado:

Las conquistas ganadas en la lucha no se corresponden, y en la naturaleza de las cosas *no pueden directamente corresponderse*, con las expectativas de las masas atrasadas que han despertado a la vida política por primera vez en gran número

en el curso de la revolución. La desilusión de estas masas, su retorno a la rutina y a la futilidad, es una parte integrante del período posrevolucionario, tanto como el pasaje al campo de “la ley y el orden” de aquellas clases o sectores de clase “satisfechos” que habían participado en la revolución (Trotsky 1980).¹⁰

Que la revolución y la contrarrevolución están unidas como por un hilo invisible es una *enseñanza* implacable de la experiencia del último siglo. Lo que, naturalmente, no anula las perspectivas universales de la clase trabajadora: sólo demuestra la *complejidad* de la empresa. Aunque la revolución acelera la historia, no se trata de un *sprint* sino una maratón; *sus tiempos son largos*. Lleva al menos una generación que sus transformaciones radicales echen raíces, lo cual supone la disolución y ebullición de opiniones populares, impulsos y hábitos, y la “liberación del inframundo de locura y de odios” (Mayer 2014: 60). Como observaba Trotsky en 1935,

quien posea un conocimiento mínimo de la historia sabe que toda revolución da lugar a una posterior contrarrevolución que, desde luego, nunca logra retrotraer a la nación hasta el punto de partida en el terreno económico, pero que siempre le arrebató al pueblo una buena parte, a veces una gran tajada, de sus conquistas políticas. Y por regla general, la primera víctima de la oleada reaccionaria es el estrato de revolucionarios que encabezó a las masas en el primer período, el período de ofensiva, el período “heroico” de la revolución. Esta observación histórica general debe permitirnos comprender que el proceso no se rige por la habilidad, astucia o inteligencia de dos o tres individuos, *sino por causas muchísimo más profundas* (Trotsky 1979, VII, 1: 258).

10 En esta expresión, los límites materiales de todas las cosas son más que visibles. Por esto mismo, el proceso de la transición socialista es justamente un proceso de transición, una “mezcla informe”, por así decirlo, de lo viejo y lo nuevo.

9.2 Crítica y reivindicación de la Revolución Francesa

Veamos ahora las continuidades y rupturas entre la revolución burguesa y la revolución socialista. El elemento general de continuidad es evidentemente la deposición revolucionaria de un orden de cosas y la consagración de otro. La Revolución Francesa consagra el imperio de la propiedad privada capitalista y el dominio político de la burguesía; la revolución proletaria y socialista debe consagrar el dominio del proletariado y, por lo demás, expropia a la burguesía y estatiza los medios de producción en el camino de la socialización de éstos.

Sin embargo, los elementos comunes de ambas revoluciones hacen más a las *formas* que al fondo de los asuntos. Lo común es el hecho revolucionario mismo, la ruptura revolucionaria con el orden de cosas y la necesidad de establecer una dictadura de clase. Parafraseando a Marx, por poco heroica que sea la sociedad burguesa, para traerla al mundo fueron necesarios, sin embargo, la abnegación, el terror, la guerra civil y las batallas de los pueblos. Esto es: métodos revolucionarios; *el establecimiento de una dictadura revolucionaria*. Es importante entender que hay analogías entre el jacobinismo y el bolchevismo. El bolchevismo tiene algo de jacobino, y debe tenerlo, como enseña la experiencia histórica. Aunque a Rosa Luxemburgo no le gustó la definición de Lenin de que “los comunistas son jacobinos en el seno del proletariado”, algo de eso hay, no en el sentido de que los marxistas revolucionarios seamos externos a la clase o sustituyistas respecto de ella, pero sí en la comprensión del *elemento revolucionario y conscientemente organizador de la vanguardia* como parte del mecanismo de la subjetividad de la clase trabajadora. Gramsci se refería a lo mismo cuando en *Notas sobre Maquiavelo* señalaba que “el príncipe moderno” era el partido revolucionario.

El poder posrevolucionario tiene un carácter *dictatorial*: si la revolución necesita de una dictadura en relación con los enemigos de clase, no la necesita en bien de la libertad sino de la dominación, como señalara Engels. Sin embargo, en lo que no se parecen jacobinismo y bolchevismo es en que el primero es una forma de bonapartismo revo-

lucionario, mientras que la dictadura del proletariado es, en relación con la clase obrera, no una forma de *bonapartismo* sino lo contrario: *una expresión de su democracia proletaria*, una “democracia de nuevo tipo”, en palabras de Lenin, aun si está compelida a tomar medidas de excepción. Lenin y Robespierre podían tener elementos comunes durante cierto período, pero eran diametralmente opuestos. Porque la forma de expresión del poder burgués o incluso pequeñoburgués en el apogeo de la revolución es bonapartista, mientras que la forma de expresión del poder revolucionario de la clase obrera es *soviética o consejista*, no un bonapartismo revolucionario (cf. nuestro “Jacobinos y bolcheviques en perspectivas comparadas”).¹¹

Las furias de la revolución incluyen inevitablemente la ruptura revolucionaria, la violencia y el terror, porque la revolución misma es acción y reacción, revolución y contrarrevolución. A ese respecto, obras de Lenin como *La revolución proletaria y el renegado Kautsky* o de Trotsky como *Comunismo y terrorismo* dan en el clavo al rechazar el *democratismo abstracto*, las leyes abstractas de la “democracia en general” que reivindicaba Kautsky. No existe tal “democracia” por encima de la lucha de clases, por encima del carácter de clase de la política que cada bando contendiente expresa, tal *escisión entre forma y contenido de la política*. El contenido real de la política manda siempre sobre la forma, aunque entre una y otra hay *relaciones dialécticas* que hay que tener en cuenta en cada caso concreto.

En la revolución proletaria, precisamente porque no es un bonapartismo revolucionario –algo que se pueda llevar a cabo desde afuera y por encima de las masas–, el método expedito del terror es siempre una necesidad y nunca una virtud (uno de los errores de *Comunismo y terrorismo*).¹² No hacemos apología del terror y somos absolutamente

11 Albert Mathiez, gran historiador de la Revolución Francesa, manejó inicialmente una analogía mecánica entre jacobinismo y bolchevismo, aunque en determinado momento de los años 20 comenzó a tomar distancia de la burocratización de la Revolución Rusa (entró por pocos años al PCF y luego se alejó).

12 Trotsky mismo señaló que la militarización del partido producto de la guerra civil le dejó a éste una huella imborrable. La guerra civil dejó atrás el primer régimen extremadamente democrático forjado en Octubre,

conscientes de que, como señalara Engels en el *AntiDühring*, la violencia es la partera de la historia pero ella por sí misma no puede generar el “embarazo”: las condiciones políticas tienen que estar maduras para la revolución (una situación y crisis revolucionaria, además de un doble poder), tal como la transición socialista requiere de determinadas condiciones materiales de desarrollo de las fuerzas productivas para progresar.

Estos son los conceptos de Engels: “Que la violencia también desempeña en la historia otro papel [además del de fuerza diabólica], *un papel revolucionario*; que, según palabras de Marx, es la partera de toda vieja sociedad que lleva en sus entrañas otra nueva; que es el *instrumento* con el cual el movimiento social se abre camino y destroza las formas políticas muertas y fosilizadas, de todo esto no dice una palabra el señor Dühring” (Lenin 1970: 31).

Lukács presenta un concepto sutil que ya hemos visto de pasada, el de *prematuridad* de (toda) revolución:

La lucha por el poder no podrá sino empezar esta educación del proletariado, no consumarla. La “prematuridad” inevitable de la toma del poder, descubierta hace ya muchos años por Rosa Luxemburgo, se manifiesta ante todo en el terreno ideológico (...). Esta conciencia, que bajo el capitalismo no pudo madurar más que lentamente, no terminará un proceso de maduración, tampoco bajo la dictadura del proletariado, sino poco a poco (Lukács 1985, II: 151-152).

Apoyándose en esta idea, la desigualdad entre protagonismo y conciencia de las masas revolucionarias, Lukács apunta a cierta sobrestimación en Rosa de las fuerzas espontáneas, elementales, de la revolución. Bensaïd, por su parte, sugiere que las revoluciones siempre llegan *a destiempo*: demasiado pronto o demasiado tarde. En cualquier caso, una revolución sólo puede ser triunfante si existen determinadas con-

el régimen soviético heredado de la revolución (cf. “Ascenso y caída del gobierno bolchevique”).

diciones políticas,¹³ así como la transición socialista requiere de la revolución internacional y del desarrollo de las fuerzas productivas para progresar. En estas condiciones, el terror revolucionario sólo puede ser un instrumento auxiliar, aunque sea imprescindible en determinadas circunstancias (Trotsky, *Su moral y la nuestra*). La revolución no es pacifista sino *sangrienta*. Pero cuanto más *anuencia popular tenga*, más fuerte será y menor el derramamiento de sangre; el propio desenlace de Octubre de 1917 es una muestra de ello.

Dicho lo anterior, la ruptura y discontinuidad entre la revolución burguesa y la revolución proletaria es *mayor* que los elementos comunes, contra lo que se creyó durante buena parte del siglo pasado, *cuan-do muchos autores marxistas pensaron la revolución socialista según el modelo de la revolución burguesa*. Isaac Deutscher hizo escuela en este tipo de abordaje, viendo en Stalin una suerte de Napoleón que, con métodos reaccionarios como éste, extendía la revolución proletaria por todo el orbe. Veamos una crítica de este enfoque:

Cromwell y Robespierre eran líderes pequeñoburgueses de la revolución burguesa en sus respectivos países (...). Su objetivo era defender los intereses del nuevo orden social, mediante medios violentos y dictadura, por un lado en contra de la vieja clase dominante, los aristócratas, y por el otro contra los elementos plebeyos que habían sido los mejores luchadores de la revolución burguesa y tendían a ir más lejos de los límites de la sociedad capitalista (...). Pero la revolución socialista del siglo XX *difiere* de la revolución burguesa en un aspecto fundamental: *es imposible sin el liderazgo, la iniciativa y la creatividad de la clase trabajadora* (Breitman 1949a y 1949b).¹⁴

13 Insistimos en el costado político del asunto, porque desde el punto de vista económico y social, epocal, prácticamente el mundo entero está maduro para revoluciones socialistas. El menchevismo y la revolución por etapas estalinista siguen presentes, pero su fondo histórico está mucho más fuera de escena que un siglo atrás, a pesar de los elementos de barbarie del capitalismo actual (tema que no podemos desarrollar aquí).

14 George Breitman fue un dirigente del SWP norteamericano mucho

Desde un ángulo diferente, es profunda una puntualización de Roland Lew:

Cuando ciertas corrientes del bolchevismo querían lanzar una modernización acelerada, salvaje, era el drama estalinista lo que estaban preparando. La obra de Lewin es todavía menos un consuelo o una defensa del socialismo en la URSS debido a que opina que el estalinismo es, en sentido fuerte, *una contrarrevolución social y no sólo una modernización aberrante*. Difiere en esto de un Otto Bauer antes de la segunda guerra, o de un Isaac Deutscher después de 1945, dos pensadores socialistas críticos del estalinismo (Lew 1997: 341).

En efecto, la mecánica de ambas revoluciones *no es igual*. La revolución burguesa *instrumentaliza* el contenido popular de masas de la revolución para los fines “privados” de consagrar su dominación de clase. En cambio, la revolución proletaria no puede instrumentalizar a las masas sin traicionarse a sí misma, porque en el camino se pierde la revolución misma: *no puede tener lugar* en ella –de manera duradera al menos– un “*bonapartismo revolucionario*” que, sustituyendo la acción de las masas, pueda llevar adelante la tarea. El balance del estalinismo está ahí para demostrar que si las masas obreras y populares son sustituidas en el poder, el proceso no conduce a la consolidación sino al socavamiento de la dictadura proletaria.

Con la penetración que lo caracterizaba, Marx había señalado que la revolución burguesa, en definitiva, *consagraba un Estado*, en su caso un Estado burgués devenido de la centralización monárquica del poder (absolutista). La revolución proletaria consagra un semiEstado proletario, la dictadura proletaria. Sin embargo, tiene por *fin*, además de abolir, disolver y extinguir toda relación de explotación, abolir, disolver y extinguir *todo* Estado:

menos conocido que James P. Cannon, pero mucho más profundo y socialista que él. Muchos de sus textos, en general cortos, tienen gran profundidad y actualidad aun habiendo sido escritos 70 años atrás.

Una de las características principales que distinguirán esta nueva revolución de la Revolución Francesa de 1789-94 será, según Marx, su “antiestatismo”, su ruptura con el aparato burocratizado alienado del Estado (...). Observa (...) que la Revolución Francesa no ha hecho más que “desarrollar la obra iniciada por la monarquía absoluta: la centralización (...), la extensión, los atributos y los ejecutantes del poder gubernamental. Napoleón acabó de perfeccionar esta máquina de Estado” (Löwy 2017).

Lenin maneja con maestría estas relaciones en *El Estado y la revolución*. Naville, por su parte, con la experiencia histórica ya a mano, hace una reflexión profunda acerca de que la “voz” respecto del Estado tiene que ser *activa* en el sentido de su *disolución*. Desde ya que no se trata de abolir por decreto estas relaciones, sino de mantener una actitud *vigilante* y no sólo *pasiva* en materia de extinción del Estado. Lenin es sutil a este respecto cuando pone entre comillas la palabra extinción:

El reemplazo del Estado burgués por el Estado proletario es imposible sin una revolución violenta. La eliminación del Estado proletario, es decir, del Estado en general, sólo es posible mediante un proceso de “extinción” (1970: 33).¹⁵

Cabe aclarar que hablar de *semiEstado* proletario *no se relaciona en absoluto con que el Estado sea débil*, con que no sea una *dictadura* proletaria, sino con que las masas vayan sustituyendo el aparato de Estado, y no a la inversa. Claro que esto requerirá en toda futura revolución de una combinación inevitable de *prueba y error*,¹⁶ aunque más no fuera porque nadie puede imaginar una próxima revolución socialista que no esté marcada por las interrelaciones entre revolución y contrarrevolución en este siglo XXI cada vez más complejo y polarizado.

El proletariado necesita del Estado; esto lo repiten todos

15 Son realmente agudas y anticipatorias las comillas de Lenin.

16 La idea de la revolución como un escenario de prueba y error es destacada por Rosa Luxemburgo en su unilateral pero inspirado texto *La Revolución Rusa*.

los oportunistas, socialchovinistas y kautskistas, quienes nos aseguran que así lo enseñó Marx. Pero “olvidan” añadir que, en primer lugar, según Marx, el proletariado necesita sólo un Estado que se extingue, es decir, un Estado organizado de modo tal que comience a extinguirse inmediatamente y no pueda dejar de extinguirse; y, en segundo lugar, que los trabajadores necesitan un “Estado, o sea, el proletariado organizado como clase dominante” (Lenin 1970: 35).¹⁷

Desde ya, Lenin pelea en este texto en dos frentes: contra el estatismo oportunista de la socialdemocracia y contra el “antiestatismo principista” del anarquismo, que niega la necesidad de la dictadura proletaria, *a priori* la última forma histórica necesaria de Estado (un semiEstado proletario, como está dicho).

Volviendo a la comparación entre la revolución burguesa y la revolución proletaria, la consagración de un semiEstado proletario es ya un factor *distintivo* fundamental entre ambas revoluciones. En palabras de Marx, las revoluciones anteriores *perfeccionaron* la máquina del Estado, mientras que el objetivo de la revolución proletaria es *destruirla*, aniquilar el aparato de Estado burgués y erigir un semiEstado que tienda a extinguirse, *un Estado que no sea separado de las masas*:

Este poder ejecutivo, con su inmensa organización burocrática y militar, con su compleja y artificiosa maquinaria de Estado, un ejército de funcionarios que suma medio millón de hombres, junto a un ejército de otro medio millón de hombres, *este espantoso organismo parasitario que se ciñe como una red al cuerpo de la sociedad francesa y le taponan todos los poros*, surgió en la época de la monarquía absoluta,

17 Es impresionante la claridad con la que escribía Lenin. Lograba recuperar sólidamente de esa manera las enseñanzas esenciales de Marx y Engels. En su obra *La dictadura revolucionaria del proletariado* Nahuel Moreno confundía todas las enseñanzas legadas por el marxismo clásico y revolucionario al subestimar *El Estado y la revolución* como si fuera un texto “antediluviano”, es decir, negado por la experiencia misma de la revolución. Pero resulta ser que toda la experiencia del siglo XX ilustra las cosas en sentido exactamente contrario al señalado por Moreno en ese texto.

de la decadencia del régimen feudal, que dicho organismo contribuyó a acelerar (...). La primera Revolución Francesa, con su misión de romper todos los poderes particulares locales, territoriales, municipales y provinciales para crear la unidad civil de la nación, tenía necesariamente que desarrollar lo que la monarquía absoluta había iniciado: la centralización, pero al mismo tiempo *amplió el volumen, las atribuciones y el número de los servidores del poder del gobierno*. Napoleón perfeccionó esta máquina del Estado. La monarquía legítima y la monarquía de julio no añadieron nada más que una mayor división del trabajo, que crecía a medida que la división del trabajo dentro de la sociedad burguesa creaba nuevos grupos de intereses, y por tanto nuevo material para la administración del Estado. Cada interés común (*gemeinsame*) se desglosaba inmediatamente de la sociedad, se contraponía a ésta como interés superior, general (*allgemeines*), *se sustraía a la propia actividad de los individuos de la sociedad y se convertía en objeto de la actividad del gobierno* (...). Todas las revoluciones perfeccionaban esta máquina, *en vez de destruirla*. Los partidos que luchaban alternativamente por la dominación consideraban la toma de posesión de este inmenso edificio del Estado como el botín principal del vencedor (Marx, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, en Furet 1992: 220).

En este clásico pasaje tenemos varias de las definiciones de Marx sobre el Estado como maquinaria, ejército de funcionarios, “espantoso órgano parasitario” que se sustrae a la actividad de las propias personas y que hay que destruir en vez de perfeccionar. Fue así que la Comuna de París, los soviets en la Revolución Rusa y demás formas consejistas pusieron en pie los rudimentos de esta forma de Estado alternativa, de la dictadura proletaria “como forma al fin descubierta” de la organización del proletariado en el poder.

En el Estado burgués, el elemento parlamentario venía del feudalismo, de la asamblea de señores, institución que se solapó con las formas representativas de la democracia burguesa. En el Reino Unido se mantienen hasta el día de hoy la Cámara de los Lores y la Corona, a la

que Virginia Woolf caracterizó como “el símbolo duradero del Estado”. Sin embargo, la propiedad privada capitalista pasó a ocupar el lugar central desde la Revolución Inglesa del siglo XVII, y los privilegios nobiliarios terminaron derogados.

En Francia se declaró la república burguesa, aunque hubo idas y venidas restauracionistas en las formas políticas hasta la Tercera República de 1871.¹⁸ La Corona y toda una rama del Estado y la administración, incluyendo la fusión de la Iglesia y el Estado, fueron abolidas. También quedaron abolidos los privilegios feudales y clericales en tanto instituciones estatales, privilegios económicos y políticos:

Desmoulins, Dantón, Robespierre, Saint-Just, Napoleón, lo mismo los héroes que los partidos y la masa, cumplieron la misión de su tiempo: liberar de las cadenas a la sociedad burguesa moderna e instaurarla. Los unos parcelaron el suelo feudal. El otro creó en el interior de Francia las condiciones bajo las cuales ya podía desarrollarse la libre concurrencia; explotarse la propiedad territorial parcelada, aplicarse las

¹⁸ Es significativo que tras la revolución burguesa en Holanda, Inglaterra y Francia no haya habido procesos de restauración social feudal, mientras que en el caso de la Revolución Rusa y las revoluciones anticapitalistas de la posguerra sí se ha vivido –en todos los casos salvo Cuba– la restauración capitalista. Esto, sobre lo cual no se ha reflexionado casi nada hasta ahora, habla de la complejidad y especificidad de una revolución que debe medirse con un orden social consagrado mundialmente como el capitalismo y que tiene otra mecánica histórico-social, donde el elemento consciente en la revolución y la transición es imprescindible (no puede basarse en el automatismo histórico, algo demostrado hasta el hartazgo). De aquí también el período retrógrado que estamos viviendo en esta tercera década del siglo XXI, en el cual la extrema derecha crece avasallando no solamente las “conquistas” ya desaparecidas de las revoluciones del siglo pasado sino incluso las reformas conquistadas gracias a la propia Revolución Rusa en los países del Occidente capitalista (no podemos desarrollar esto en profundidad) y, más aún, incluso conquistas básicas de la revolución burguesa: el imperio de la razón, la separación del Estado y la religión, el secularismo en las relaciones humanas, etc. Esta paradójica desaparición social de los Estados obreros o anticapitalistas (a diferencia de los Estados burgueses) debería hacernos reflexionar sobre el verdadero sentido y profundidad de la revolución socialista, sobre sus *exigencias*.

fuerzas productivas industriales de la nación, que habían sido liberadas, y del otro lado de las fronteras francesas barrió por todas partes con las formaciones feudales, en el grado en que esto era necesario para rodear a la sociedad burguesa de Francia en el continente europeo de un ambiente adecuado, acomodarse a los tiempos (Marx 1992: 214).

Sin embargo, lo que se mantuvo es la existencia del Estado *como institución separada de la sociedad*, además de renovadas relaciones de explotación.

Por oposición, la dictadura proletaria es, repetimos, la clase obrera *organizada* como clase dominante. Esta definición suele repetirse sin entender su significado profundo, que es “reversible” (biunívoco): la dictadura proletaria debe ser la organización de la clase obrera en/para el ejercicio del poder, *su cabeza y columna vertebral en tanto que poder tal* (uno y otro término son imprescindibles). Al mismo tiempo, no hay manera de que una forma política, un tipo de Estado, sea proletario si no expresa la organización del proletariado para el ejercicio del poder, ya que la dictadura proletaria no es otra cosa que el proletariado *dispuesto* de determinada manera para el ejercicio del poder: *organizado como clase en tanto que poder*.

Uno de los “fundadores” del oportunismo moderno (...), Bernstein, ha repetido más de una vez las triviales burlas burguesas sobre la democracia “primitiva” (...). [Pero] la transición del capitalismo al socialismo es imposible sin un cierto “retorno” a la democracia “primitiva” (pues, ¿de qué otro modo puede la mayoría, y después toda la población sin excepción, proceder a desempeñar las funciones del Estado?) (Lenin 1970: 52).

En este sentido, tiene pleno valor la distinción entre la revolución burguesa y la revolución proletaria. Si la primera da continuidad a una forma de Estado separado y no termina con las clases sociales sino que da lugar a una nueva dominación de clase, en el caso de la revolución proletaria la *tendencia* que debe operar es hacia la abolición de todo Estado y de toda explotación. Por esto mismo, la revolución proletaria no

busca –estratégicamente, aunque sí en lo *inmediato* bajo la *dictadura* proletaria– una *nueva forma histórica* de dominación, sino acabar con toda forma de opresión, lo que debe verificarse tanto económica como políticamente.

Hay otra diferencia fundamental entre ambas revoluciones. Es inconcebible la Revolución Francesa sin los pobres urbanos, los *sans-culottes*, que llevaron la revolución hacia el extremo en su momento culminante, su “momento jacobino”. Pero si la revolución burguesa les dio propiedad a los campesinos –que cumplieron un papel revolucionario en la perspectiva de dicha propiedad en 1789, y en años subsiguientes, ya en la época de Luis Bonaparte y la Comuna, jugaron un rol conservador– es porque terminó consagrando a la propiedad privada como el único rasero social.¹⁹ Sin embargo, a los *sans-culottes* sólo podía prometerles una nueva explotación: transformarlos en esclavos asalariados; de ahí que terminara traicionándolos. Los que llevaron más lejos los reclamos que *trascendían* el contenido burgués de la Revolución Francesa fueron *enragés* como Leclerc y Jacques Roux y el grupo de Babeuf, la “Conspiración de los Iguales”, y grupos girondinos reivindicados por Marx como el *Cercle Social*.²⁰

19 Como desposeídos en busca de su propiedad privada, los campesinos cumplieron un papel revolucionario en el pasaje de la sociedad feudal a la burguesa. Como propietarios privados frente al “colectivismo” de la revolución socialista, han cumplido un rol mucho más *contradictorio* (es atinado a este respecto el marxista inglés Tony Cliff en sus artículos acerca de la cuestión agraria, como vimos arriba). De ahí, por ejemplo, el sinuoso comportamiento de Majnó en Ucrania durante la Revolución Rusa (no tenemos hecho un estudio específico de la majnoviana como para sentar una posición final aquí, aunque en general, en relación con su movimiento y Cronstadt, nos mantenemos en la posición clásica). Tampoco son equiparables un campesinado propietario privado que otro que expresa tradiciones comunales más pasibles de asimilar a formas cooperativas o colectivistas de propiedad y producción. Igualmente, las formas colectivas de propiedad no significan, automáticamente, labores colectivas: la antropología señala múltiples ejemplos de formas colectivas de propiedad y trabajo individual-familiar.

20 El *Cercle Social*, organización fundada por representantes de la intelectualidad democrática en París en los primeros años de la revolución, fue una de las organizaciones reivindicadas por Marx por su carácter *protocomu-*

La base de la revolución francesa fue eminentemente popular (el Tercer Estado: burgueses, campesinos, artesanos, *sans-culottes*, etc.). Pero quienes terminaron beneficiándose fueron los integrantes de la nueva clase en ascenso, la burguesía, aferrada a una forma de propiedad estrictamente económica y no política, la propiedad privada capitalista. Subsidiariamente, como ya hemos señalado, aparecieron nuevos propietarios privados como los campesinos: el campo francés fue parcelado casi en su totalidad, haciendo del campesinado una base social estable y conservadora del Estado sobre la que se apoyarían, por ejemplo, Luis Bonaparte, sobrino de Napoleón, y en general todos los ensayos reaccionarios en Francia luego de la revolución.

Por lo tanto, el contenido social de la revolución fue eminentemente burgués, aunque en los momentos críticos amenazó con desbordar ese marco:

De nada había servido que los *sans-culottes* reclamasen visitas a los domicilios de los ricos acaparadores. *El santuario de la propiedad privada no fue violado* (...). El 29 de marzo de 1794, al día siguiente de la purga de la extrema izquierda, la Convención votó una nueva ley inspirada por la preocupación de no poner trabas a la actividad comercial (...). La burguesía revolucionaria aprovechó la caída de los hebertistas para acabar de una vez por todas con el espectro de la democracia directa. Uno tras otro, todos los organismos del poder popular resultaron depurados, castrados y domesticados (Guérin 2011: 256 y 265).

nista. Su lugar en la historia de las ideas comunistas está dado por el hecho de que su ideólogo, Claude Fauchet, abogaba por la distribución igualitaria de la tierra, poniendo coto a la gran propiedad territorial, y por trabajo para todos los trabajadores útiles. La crítica ejercida por Fauchet contra la igualdad puramente formal proclamada por la Revolución Francesa dio pie a la actuación mucho más audaz de Jacques Roux ante estos problemas (los *enragés* desbordaron por la izquierda a Robespierre y los jacobinos mandaron a guillotinarlos). Por otra parte, Buonarroti, amigo de Babeuf (también guillotinado ya bajo el imperio de la reacción abierta), reintrodujo las ideas revolucionarias de éste en 1830, retomadas por Blanqui en sentido conspirativo.

Daniel Guérin tiene una lectura *permanentista* de la Revolución Francesa, con la cual simpatizamos, por oposición al abordaje conservador de autores como Eric Hobsbawm (una suerte de abordaje neotrotskista-anarquista versus el estalinismo *aggiornado* de Hobsbawm).²¹

Asimismo, la liquidación de las formas de democracia directa, que fue concomitante con la afirmación reaccionaria de los límites de la Revolución Francesa, inspiró la reflexión sobre el devenir de la Revolución Rusa por parte de Rakovsky:

Examinada en su conjunto, la historia del triunfo del Tercer Estado en Francia, en 1789, es sumamente ilustrativa. En primer lugar, este Tercer Estado era considerablemente heterogéneo. Englobaba a todos aquellos que no pertenecían a la nobleza o al clero; no sólo a las diversas variedades de la burguesía, sino también a los obreros y campesinos pobres. Sólo gradualmente, tras larga lucha y sucesivas intervenciones armadas, el Tercer Estado adquirió, en 1792, grandes posibilidades de participar en la administración del país. La reacción política, iniciada aún antes del Termidor, consistió en que el poder comenzó a pasar, tanto formal como materialmente, *a mano de un número de ciudadanos cada vez más restringido*. Poco a poco, primero por la fuerza de las cosas y enseguida legalmente, las masas populares fueron eliminadas del gobierno del país” (Rakovsky 1928, en Trotsky 2008: 208).

En la caída de los hebertistas –parte fundamental de la extrema izquierda de la revolución, como insiste Guérin– y en la liquidación de las formas de democracia directa, un factor activo fue el propio Robes-

21 La última obra de éste, *El corto siglo XX*, tiene sutilezas como su mismo título, pero no escapa a un relato *estalinista* del siglo, a una utilización vulgar (economicista) del marxismo y a una conclusión radicalmente *escéptica*. No por nada del grupo de historiadores del PC británico Hobsbawm fue el único que nunca rompió con éste. A nosotros nos simpatiza muchísimo más E. P. Thompson: sus “Epístolas a los filisteos” cuando su ruptura con el PCB en el marco de la revolución antiburocrática húngara tienen profundidad, más allá de que maltrate injustamente a Trotsky.

pierre, que al golpear al ala izquierda de la revolución *no hizo más que cavar su propia fosa*. En el mismo sentido se expide Dunayevskaya:

Marx comprendió inmediatamente, al romper con la sociedad burguesa y dedicarse a estudiar la gran Revolución Francesa, que era en el movimiento de masas, en la capa más profunda, *en la automovilización de los pobres urbanos*, donde se encontraban los fundamentos del futuro desarrollo de las luchas proletarias. Éste es un elemento de la doctrina del marxismo que ahora cobra vida (...), la “historia” de las verdaderas luchas de clases ha aparecido por primera vez con nosotros como si fuera algo completamente nuevo, en vez de ser el *alma* de la teoría marxista, sin la cual ésta “no significa nada”, y termina su reflexión reivindicando a los *enragés*, a los rabiosos, a las “almas indignadas” (Dunayevskaya 2010: 160).²²

La inmensa diferencia en el carácter de la revolución burguesa respecto de la socialista es que esta última tiende a la *extinción de toda forma de propiedad* pasando por la estatización y expropiación de la burguesía, por la dictadura proletaria y la planificación económica. Además, la inevitable necesidad del ejercicio colectivo del poder por parte del proletariado requiere no solamente de una revolución cuya base social sea más amplia, sino de que la revolución misma sea *históricamente más consciente que las anteriores*. Marx escribirá hermosas palabras en este sentido al señalar que la revolución socialista no puede sacar su inspiración del pasado sino solamente del porvenir. La revolución actual debe dejar que los muertos entierren a sus muertos para cobrar *conciencia* de su propio contenido, de sus propios fines. Y agrega que en la revolución burguesa la frase desborda al contenido, pero que en la proletaria *el contenido desborda a la frase* (*El 18 Brumario de Luis Bonaparte*).

Así, la revolución burguesa y la revolución proletaria son *funda-*

22 Efectivamente es como dice Dunayevskaya, más allá de su espontaneísmo: la irrupción independiente de las masas es el *alma* sin la cual el marxismo no significa nada.

mentalmente distintas. La primera admite la gestión bonapartista revolucionaria. La revolución proletaria sólo puede tomar de los jacobinos, como hemos visto, su radicalidad, su mano de hierro *en relación con las clases enemigas*, su carácter de *dictadura de clase*, no su aspecto bonapartista revolucionario, porque el bonapartismo golpea tanto a derecha como a izquierda. Y en este último caso, *socava las bases de su propio poder*. “Robespierre mismo contribuyó grandemente al desplazamiento de la pequeñoburguesía, que gobernaba con apoyo de los obreros parisinos” (Rakovsky). La historia ha demostrado que la dictadura proletaria no se puede ejercer, salvo excepcionalmente y por un breve lapso, en el “aire social” (de manera bonapartista). Si no está la clase obrera, otro sector social ocupa su lugar: *la política le tiene horror al vacío* (Moshe Lewin).²³

En el mismo sentido cabe considerar

la descomposición del Partido Jacobino, su tendencia a enriquecerse (...). Robespierre comenzó a reemplazar los jueces y comisarios en las diferentes secciones de París que, hasta entonces, habían designado mediante elección a dichos funcionarios; cuando llegó a nombrar presidentes de Comisión revolucionarios e incluso llegó a sustituir por funcionarios a toda la dirección de la Comuna, todas estas medidas tuvieron como resultado *reforzar el poder de la burocracia y matar la iniciativa popular*. Así, el régimen de Robespierre, en lugar de impulsar la actividad revolucionaria de las masas (...), agravó el mal y facilitó el trabajo de las fuerzas antidemocráticas (Rakovsky 1928 en Trotsky 2008: 209).

Se trata de un pasaje que ya citamos arriba pero que es pertinente nuevamente aquí. Gran conocedor de la Revolución Francesa, Rakovsky agregaba que el programa de Babeuf en 1794 se resumía en “la libertad y la Comuna elegida”.

Durante un momento entre 1920 y 1921, Lenin y Trotsky sentían que montaban un caballo desbocado y que el Estado que consideraban

23 Lo que podríamos reafirmar de manera más prosaica –para el día a día–: hay que *pelear por la dirección de los procesos*.

propio se les iba de las manos. Sabían, en aquellos momentos límite de la revolución, que la base proletaria había quedado diezmada por la guerra civil, y llegaron a teorizar –sobre todo Trotsky, no tanto Lenin, siempre más concreto– el “sustituismo revolucionario” (en *Comunismo y terrorismo*). Sin embargo, bien pronto cayeron en cuenta de que sin una base social en la clase obrera, lo que empezaba a emerger era la burocratización de la revolución: el “vacío” comenzaba a ser llenado por la burocracia.

Trotsky señala que la dictadura jacobina fue instaurada no solamente sin la burguesía, sino también contra ella y a pesar de ella. Robespierre, de quien Trotsky dice que “no le había sido dado iniciarse en las ideas de Plejanov”, “subvirtió todas las leyes de la sociología” y en lugar de darles la mano a los girondinos les cortó la cabeza. El Terror francés en su conjunto no fue más que la manera *plebeya* de terminar con los enemigos de la burguesía. Y como esta burguesía tenía miedo de los métodos plebeyos para terminar con los “enemigos del pueblo”, es decir, los de la propia burguesía, los jacobinos privaron del poder a la burguesía y aplicaron *una ley de hierro y sangre* cada vez que ella hacía el intento de detener o “moderar” el trabajo de los jacobinos. En consecuencia, los jacobinos llevaron a término una revolución burguesa sin la burguesía. Sin embargo, agregamos nosotros, la lección de la historia es que aunque la dictadura proletaria, llegado el caso, también deba apelar a los mecanismos de hierro y de sangre, la mecánica de sustitución de clase no puede reproducirse en su caso: *no hay sustituismo que valga en la revolución socialista*. La revolución socialista no puede ser llevada adelante por una burocracia, como creyeron un Isaac Deutscher y tantos otros.

Por otra parte, el jacobinismo estaba irremediablemente condenado por esta *hipostatización de lo político sin base social*. Marx había señalado en *La cuestión judía* (1843) que la vía política buscaba ahogar sus condiciones primordiales, la sociedad burguesa y sus elementos, para erigirse en “vía genérica verdadera y absoluta del hombre”. Pero sólo podía alcanzar este fin poniéndose en contradicción violenta con sus propias condiciones de existencia, declarando la revolución permanente, por lo que el drama político terminaría necesariamente con la restauración de todos los elementos de la sociedad burguesa (cf. Löwy

2017).²⁴

Los esquemas que asimilan mecánicamente ambas revoluciones pecan de esta incompreensión. También los que consideran, de manera abusiva, las revoluciones anticapitalistas de la segunda posguerra como lisa y llanamente “socialistas”: pierden de vista que el carácter mismo de la revolución y la transición depende de que la clase obrera esté en el poder. Y esto remite no solamente al carácter anticapitalista de la revolución, sino también a su *mecánica político-social*.

Hay marxistas que creen que con la expropiación de la burguesía alcanza para definir como “socialista” una revolución, sin importar si a su frente está una burocracia. Separan así la mecánica anticapitalista y la socialista de la revolución, haciendo de esta última, la toma del poder por parte de la clase obrera, algo secundario: *una verruga en la cara*. Pero lo económico *strictu sensu* y lo político-social *no pueden ser escindidos en la revolución socialista*. Este operativo mecanicista pierde de vista que el carácter *socialista* de la revolución se realiza por intermedio de *determinadas formas socio-políticas*. Escindir lo económico y lo socio-político es escindir forma y contenido, e incluso perder de vista, como señalara Rakovsky, que en la época de la transición socialista causa y efecto *cambian muchas veces de lugar*.

Qué tentaciones constituyen para la burocracia la colectivización integral y el ritmo acelerado de la industrialización, no es difícil de adivinar. Estas medidas engrandecen el ejército de burócratas, aumentan su parte en los ingresos nacionales, refuerzan su poder sobre las masas (Rakovsky *et al.* 1930, en Trotsky 2008: 227).

Broué señala que ésta parece haber sido la primera vez que se planteó la afirmación de que la industrialización acelerada sentaba las bases

24 Al desechar los escritos del Marx joven a veces se pierde de vista que en ellos Marx acometía una tarea delimitadora de enorme importancia: la crítica de los límites de la Revolución Francesa (burguesa). Afirmamos esto contra todos los autores mediocres que la emprenden contra las aportaciones del joven Marx exigiéndole lo que no podía dar todavía y negando lo que de positivo ya estaba aportando.

materiales para la burocracia.

El verdadero contenido social de la revolución se afirma *positivamente* si la expropiación de la burguesía lleva al poder a la clase obrera. *No da lo mismo si esto no ocurre*: no se puede separar lo “económico” de lo sociopolítico en la revolución socialista, y la forma socio-política del poder proletario es la puesta en pie de *sus propios organismos soviéticos* o como se llamen en cada caso, así como el desarrollo de su conciencia de clase y de sus partidos revolucionarios (socialistas revolucionarios, no populistas). En ausencia de la mecánica político-social que entraña el “sovietismo”, en ausencia de la mecánica socio-política que entraña la democracia socialista revolucionaria, *se da lugar a otra cosa que no es el poder proletario*. Y sin poder proletario queda por el camino la connotación *socialista* de la revolución y de la transición. Que, pese a la expropiación de la burguesía, *no se desarrolla y termina abortando*:

El gran mérito de los documentos escritos por el camarada Rakovsky desde 1928 es la profundidad y la penetración del análisis completo del proceso de burocratización. La nueva declaración (...) constata que *la gangrena burocrática amenaza con desnaturalizar el contenido socialista del sistema soviético*; incluso más, desarrolla a grandes trazos las características del *orden burocrático que puede suceder eventualmente al orden soviético*: lo lleva a cabo apoyándose sobre el terreno de los fenómenos reales, sin ninguna fantasmagoría sobre la estructura futura (Trigubov 1930).

Y, en este sentido, *la futura revolución socialista será “rakovskyana” o no será*.

La escisión de lo económico y lo socio-político en la revolución proletaria constituye un gravísimo error teórico-estratégico *objetivista* que menoscaba el segundo término. En verdad, ni siquiera en la revolución burguesa esta escisión es secundaria, aunque no tenga las mismas consecuencias que en la revolución socialista porque su contenido económico capitalista no se modifica. Sin embargo, su radicalidad puede inhibirse según las formas socio-políticas y los sectores de clase que se representan. Guérin, desde sus raíces trotskistas y libertarias, señala a este respecto cómo entre la Convención, expresión del voto de todo el país y las sec-

ciones, comunas y sociedades populares de París con una representación mucho más directa e inmediata, las tijeras se ampliaron sin fin en los momentos más álgidos de la revolución hasta *romperse*:

La Convención (...) reflejaba el estado de ánimo de las capas retrógradas de la población en septiembre de 1792. Pronto se vio sobrepasada por la evolución fulminante de la opinión pública en su conjunto y, especialmente, en contradicción cada vez más aguda con la voluntad de la minoría más activa, más consciente del país, con *la vanguardia de la revolución*. Los *sans-culottes* sintieron por instinto la necesidad de oponer a la democracia parlamentaria, indirecta y abstracta, formas de representación mucho más directas, más flexibles y más transparentes. Las secciones, comunas y sociedades populares expresaron inmediatamente, día tras día, la voluntad de la vanguardia revolucionaria (Guérin 1974: 20-21).

La reivindicación y crítica de la Revolución Francesa en su apogeo jacobino remite, en última instancia, a las enseñanzas críticas que dejó en dos sentidos: a) la inhibición de sus aspiraciones emancipatorias, y b) la reivindicación de la necesidad de la dictadura revolucionaria, evitando a la vez que se transforme en un poder bonapartista.

9.3 Las revoluciones anticapitalistas de posguerra

La revolución socialista es una revolución con características *históricamente originales*, que se perdieron en la segunda posguerra, donde las revoluciones fueron más bien anticapitalistas (populistas).²⁵ Mejor dicho, fueron originales pero *de otra manera*: la clase obrera que-

²⁵ El populismo es una corriente que hemos analizado poco en nuestra reflexión pero que nos simpatiza poco. Es una corriente de adaptación a lo dado y no de elevación y universalización humana.

dó postergada y sustituida en su protagonismo histórico. Se asistió así al fenómeno de las revoluciones anticapitalistas de base mayormente campesina: China, Vietnam, Cuba y Yugoslavia, donde las masas que protagonizaron la gesta anticapitalista estuvieron *encuadradas* desde arriba y desde el comienzo por los partidos comunistas vernáculos. Estas revoluciones, originales a su manera, se abordaron con un dogmatismo desprovisto de consistencia, *empobrecedor de la riqueza de lo real*, aplanando sus características específicas (Roland Lew, “Revolutions en Asie et le marxisme”). En síntesis, algo característico del *eclecticismo populista*.

En estas revoluciones operó *una serie de sustituciones*. La clase obrera cedió el protagonismo al campesinado, el campo ocupó el lugar de los centros urbanos, que en cierto modo esperaron pasivamente los desarrollos, los explotados y oprimidos fueron sustituidos/encuadrados desde arriba por la dirección burocrática, etc. La expropiación de la burguesía y la estatización de los medios de producción, enormes conquistas en sí mismas, se hicieron desde arriba como sucedáneo de la libre autodeterminación de las masas explotadas y oprimidas, que en lo sucesivo quedaron encuadradas burocráticamente. La clase obrera no llegó al poder y la transición socialista quedó bloqueada.

A estos rasgos se agregó la ya señalada distorsión de la expropiación del capitalismo desde arriba por parte de un Ejército Rojo burocratizado en el Este europeo en la posguerra, países liberados del nazismo sólo para ser inmediatamente sometidos por el ejército de la URSS. El resultado fue que se conculcaron derechos nacionales —cuestión de enormes consecuencias que hipotecó duraderamente la transformación social—, al tiempo que la estatización de los medios de producción no los dejó en manos de las masas: la economía y el poder quedaron en manos de la burocracia.

En vez de la dictadura del proletariado, lo que se puso en pie, con revolución o sin ella, fue un Estado burocrático con conquistas de grandiosas revoluciones democráticas, antiimperialistas y anticapitalistas (donde ocurrieron), que acabaron con el colonialismo o el nazismo, unificaron los países y los independizaron, expropiaron a la burguesía nacional y al imperialismo, pero que, paradójicamente, les *birlaron el protagonismo histórico a los explotados y oprimidos*, a la clase obrera.

La burocracia se atribuyó para sí ese protagonismo, algo que en general los marxistas pasaron por alto para *sustituir un término por otro*, atribuyéndole a estas revoluciones un carácter que no tuvieron:

El comunismo chino, que fue el gran liberador nacional y, hasta cierto punto, social, se *opuso a la emancipación de lo social*. La autonomía de lo social, frágil incluso hoy, debe ser conquistada, no sin dolor, *contra* el socialismo estatista (Lew 1997: 8).

Lew insiste en el peso de la ausencia en China de tradiciones de libre enfrentamiento político, cultural e intelectual en el seno del “espacio confuciano”, donde la autoridad lo es todo, elemento que lo vincula a los rasgos clásicos del estalinismo.

Para Lew, las revoluciones de posguerra estuvieron dominadas por el elemento *nacional*, dimensión que dificulta un abordaje internacionalista, además de que el campesinado no demostraba ninguna “pulsión” revolucionaria autónoma ni menos comunista, sino más bien “una revuelta salvaje e incluso conservadora (destrucción de material moderno)”, a años luz de

la presencia de partidos, el hábito del debate, de una relativamente libre confrontación de ideas, en suma, las tradiciones de la democracia burguesa, todo lo que es, lo olvidamos rápidamente, la *precondición* de la democracia proletaria (Lew 2019).

Paradójicamente, China vivió una grandiosa revolución anticapitalista, pero *careció de revolución burguesa*.²⁶

26 El elemento de *individuación*, desarrollado unilateralmente en Occidente capitalista bajo la forma de individualismo burgués, sigue en gran medida ausente hoy en China entre las capas explotadas y oprimidas, aunque seguramente esto no es así entre las clases medias en ascenso y la juventud en general. Por la herencia confuciana y por la densidad de población de este mega país, para colmo concentrado en algunas áreas ya que muchas otras son casi inhabitables (John King Fairbank), la *personalidad individual* se encuentra disminuida cualitativamente para los patrones occidentales, *absorbida en*

La revolución es un *fenómeno político-social con consecuencias económicas*; no cualquier proceso revolucionario es una revolución socialista. Luego de la experiencia del último siglo, es imprescindible *disociar anticapitalismo y socialismo*, porque se trata de dos procesos político-sociales *muy distintos*, aunque parezcan solaparse. En el segundo caso, las tareas de la revolución se cumplen con el protagonismo de la clase obrera. En el primero, no ocurre así. Y es necesario abordar las consecuencias de esta *paradoja* en cada circunstancia concreta.

Concebir una revolución sin clases sociales en lucha es una abstracción. Claro que hubo lucha de clases, incluso intensísima, por ejemplo en China contra el invasor japonés, que el maoísmo abordó con una lógica policlasista. Pero el problema es que se desarrolló una *mecánica de sustitución* de gravísimas consecuencias estratégicas. Esto es lo que observa Mandel respecto de la “Alemania comunista” (ex RDA), donde sin duda que *no hubo ninguna revolución* grandiosa como en China de 1949:

Además de la escasez de menudeo en la economía estatal, *no debemos olvidar la profusión de ideas, capacidades, talentos y necesidades productivas que hubo que estropear y desterrar de los habitantes*. Los trabajadores manuales, los científicos, los trabajadores calificados, los economistas y pedagogos, los ingenieros y doctores, todos tuvieron que aprender primero, a través de la experiencia práctica, que se los *demandaba únicamente como depositarios de capacidades asumidas* y por tanto definidas sistemáticamente. No eran aceptados como personas que podrían poner en juego dentro de la sociedad el desarrollo de sus capacidades para *crear algo nuevo* (...). Este capítulo de la historia del pueblo trabajador de la República Democrática Alemana no ha sido todavía escrito: *la verdadera historia social, cotidiana, del bloqueo de esa fuerza productiva* (Mandel 1994: 551-2).²⁷

la comunidad (familia, empresa, Estado).

27 También es verdad que en China ocurrió algo parecido con la intelectualidad del país, pero por la vía sectaria y populista de la “revolución cultural”, que, como decimos en otra parte, no fue ninguna revolución y mucho

Cualesquiera sean las estrecheces de la revolución, superarlas, aunque sea gradualmente, es la condición de posibilidad para todo lo demás. Cercenar a las personas su capacidad, su creatividad, su participación en la obra revolucionaria y en la transición socialista, someterlas a un nuevo *diktat* que es ajeno a su libre autodeterminación, *socava el carácter socialista* de la transformación social. Esta es una conclusión palmaria del último siglo. Y los hechos, como decía Lenin, son tozudos: no puede burlárselos y considerar lo que es como que no es, son un dato *objetivo* del cual debemos partir para transformarlos; no debe haber ningún lugar para el subjetivismo ni el posmodernismo.

En verdad, se ha llamado “revolución socialista” a *cualquier cosa*. A la expropiación de la burguesía llevada adelante por los tanques del Ejército Rojo burocratizado en la posguerra se la ha llamado, incluso, “revolución proletaria pasiva”...²⁸ Pero, como señalamos arriba, la revolución anticapitalista fue en el siglo pasado, irremediablemente, un fenómeno político y social distinto de un proceso de autoemancipación de los explotados y oprimidos, de la revolución socialista. En la segunda posguerra, a diferencia de la primera, se trató de procesos de expropiación anticapitalista *sin socialismo* porque la clase obrera no fue llevada al poder: *no se dio un proceso de autoemancipación*.

La Revolución China de 1949 fue una inmensa revolución anticapitalista, la segunda más grande del siglo pasado luego de la Revolución Rusa. Sin embargo, conducida desde arriba y sin organismos democráticos de poder de las propias masas, dio lugar a un fenómeno –limitado

menos cultural.

28 En las filas de las organizaciones trotskistas tradicionales, incluso Mandel tenía el cuidado de hablar de estos procesos como de “asimilación estructural”, es decir, *sin un gramo de revolución socialista*. Por lo demás, aplicarles el concepto gramsciano de revolución pasiva, que significa operar transformaciones desde arriba para absorber o vaciar el impulso de masas hacia la revolución proletaria, es desencaminado, ya que en ningún caso, ni siquiera “pasivamente”, hubo en dichos países una revolución y mucho menos una revolución socialista. Tampoco se entiende por qué se llamaría “proletaria” a la transformación operada en esos Estados burocráticos, una acepción que si en algún lugar cabe mejor es sin duda en los países del Este europeo post segunda guerra.

y reversible— de emancipación social. Por ejemplo: en un comienzo los propietarios oligárquicos fueron expropiados, los campesinos recibieron la tierra e incluso se mejoraron las condiciones generales de vida. Pero este proceso no fue propiamente un proceso de *autoemancipación* de los explotados y oprimidos, que es la condición *sine qua non* para que las conquistas revolucionarias sean “una palanca [duradera] hacia un futuro mejor” (Trotsky). Sin autoemancipación se termina *distorsionando* todo el proceso de la transición:

El llamado a la autoemancipación popular es, en formas muy diversas, una figura nueva y *de las más originales surgidas de la historia del siglo XIX*, la figura que *dio sentido y fortaleza al socialismo histórico*. Comprender en qué devino en el siglo XX, qué es lo que pasó en el siglo encargado de concretar esta demanda, es asimismo reconocer la pertinencia, por no decir la impertinencia, si no la audacia, de este llamado: *la actualidad de lo inactual* (Lew 1997: 9).

Es excelente esta observación de Lew porque, efectivamente, el mensaje autoemancipador del siglo XIX tenía que ver con una lógica de *autoelevación humana* que venía de los aspectos progresivos del Siglo de las Luces y de una idea originada en Marx, ésta sí original de él, *su aporte a la teoría política*: que nadie puede hacer las tareas emancipatorias *por* la clase trabajadora, por los explotados y oprimidos. Su liberación debe ser *obra de ellos mismos* (Marx, Draper). En este proceso se inscribe el complejo mecanismo de la subjetividad de la clase obrera que incluye, en primer lugar, *al partido revolucionario y a la maduración política de la clase obrera*. Esta “actualidad de lo inactual” resuena fuerte en el balance del siglo pasado y en las perspectivas de la lucha por el socialismo.

Para Lew el maoísmo configuró una *estatización del elemento social*, coincidiendo con el abordaje de Moshe Lewin para la URSS. El Estado se transformó en el centro de la acción del comunismo chino como instrumento privilegiado para una modernización largo tiempo esperada, una voluntad de superar el atraso respecto de Occidente, ta-

rea que sigue siendo el centro de la burocracia capitalista china hoy.²⁹ Lew señala que el control social, la “celularización de la sociedad” (encerrar en *compartimientos estancos* a porciones de la sociedad, algo que otros analistas destacan también en la RDA), evolucionó en un autoritarismo deliberado para devenir en una suerte de *despotismo* que combina elementos de modernización con un remodelaje de las viejas tradiciones confucianas de gestión del mundo social.

Lew rescata en este sentido la figura de Chen Du Xiu (1879-1942), uno de los intelectuales más prestigiosos de China en las primeras décadas del siglo XX, rector de la Universidad de Pekín cuando los levantamientos antiimperialistas de 1919 y simplificador del idioma mandarín, así como fundador y primer dirigente del Partido Comunista Chino en su período revolucionario. Subraya que nadie como él osó atacar con *pasión iconoclasta* la más antigua y fuerte de las instituciones, la esencia misma de la vida en China: el confucianismo, ese “universo indescifrable para un occidental” (Lew). Y agrega que su trayectoria política (pasó del leninismo al trotskismo y luego a demócrata socialista al final de su vida) estuvo marcada por la continuidad en la esperanza de una amplia *autoactividad* de las masas, sobre todo de las ciudades, y una aversión cada vez mayor a todo proceso de sustitución. Su esfuerzo de simplificación del mandarín apuntaba a esto mismo: a aportarle herramientas al pueblo chino para su autoemancipación, para sacarlo de la ignorancia. No es de extrañar que Chen haya sido injustamente olvidado por los epígonos conservadores del PCCh e incluso en las filas del trotskismo.

La revolución socialista puede tener muchos medios, pero todos deben remitir siempre, en última instancia, *al protagonismo cada vez*

29 El proceso modernizador del PCCh, ayer y hoy, carga con la contradicción de que operó en materia económica y social pero, desde ya, *no cultural ni política*: se preservó el confucianismo como elemento de control social y se subrayó el elemento *exclusivista nacional* en detrimento de toda tensión internacionalista y cosmopolita (aunque ese sentimiento nacional antiimperialista fuera –y es, hasta cierto punto, cf. Au Loong Yu– legítimo). Se trata de un tipo de nacionalismo no emancipatorio, anticosmopolita en el sentido de Domenico Losurdo, *para quien todo cosmopolitismo es necesariamente liberal capitalista y no humanista universal*.

más consciente de las amplias masas. El problema es que a lo largo del siglo XX, sobre todo en su segunda mitad, se fue perdiendo esta *especificidad* como proceso socialista, como evento protagonizado cada vez más conscientemente por las amplias masas, sus partidos, organismos y programas, sustituido por el dominio de *aparatos militarizados*. Así, se terminó perdiendo la *sustancia* misma de la revolución propiamente socialista: *el protagonismo consciente de las masas*.

Lew nos recuerda que Mao en 1926-7 proclamó su fe en el campesinado considerándolo como “la verdadera fuerza revolucionaria”. Es más:

la única, que se encuentra en el campesinado pobre, decidido [supuestamente. RS] a liberarse por sí mismo a partir de su experiencia y sus valores (de su civilización, como afirmará Pierre Pascal respecto del caso ruso). Sin embargo, ¿qué revela sobre esta cuestión decisiva la contrarrevolución de 1927? Ésta aporta un testimonio *decepcionante*, en ciertos casos abrumador, en conformidad con la visión (...) del marxismo clásico. Por fuera de la acción, de la presencia y, más aún, de la fuerte *incitación* de los revolucionarios venidos del exterior del mundo campesino, *el mundo rural es pasivo e inerte*” (Lew 1997: 174).

Es verdad que cabe mediatizar en algo esta afirmación, ya que existen experiencias de autoemancipación campesina como la de Lares y Convención en el Altiplano peruano a comienzos de los años 60. Allí se verificaron elementos de democracia de bases campesinas que replicaron métodos de lucha de la clase obrera como la asamblea y otros.³⁰

30 Hugo Blanco, histórico dirigente campesino formado en el trotskismo morenista argentino y luego reorientado hacia el mandelismo, fue el dirigente de este levantamiento histórico que conquistó a la postre una reforma agraria, luego hasta cierto punto vaciada. Moreno llegó a decir que por unas décadas fue el dirigente de masas trotskista latinoamericano más importante. De modo que la gestión bonapartista sobre el campesinado depende de una serie de circunstancias. Quizá lo del Altiplano peruano se explique por una concentración campesina mayor a la usual en torno a Cuzco, además, lógicamente, *de sus tradiciones comunales, ausentes en el campesinado chino*, aspecto fun-

Entre 1928 y 1929 Mao debió reconocer que las tropas comunistas, que en el sur del país estaban bajo su autoridad, se encontraban constituidas por marginales del mundo rural: bandidos, prostitutas, apostadores... En estas condiciones, la revolución no podía venir más que desde el exterior de las aldeas, porque era exterior a la conciencia campesina, “impenetrable” para las ideas de la revolución. Salvo, agrega Lew, si lo rural se proyecta, se desdobra –por intermedio de otros– al menos parcialmente de su condición originaria, deviniendo una organización militar en el cuadro de un ejército revolucionario como el del PCCh (ídem: 175).

Lew subraya las paradojas de la guerra civil de 1947 y 1948: el mundo del trabajo en las ciudades había logrado la escala móvil de salarios en 1946-47 y la agitación obrera era importante en Shanghai. Había ocurrido una cierta maduración de esta clase obrera de segunda o tercera generación, pero era *completamente indiferente* a la influencia comunista, al ascenso revolucionario campesino que estaba a punto de dar vuelta China y modificar el curso histórico del país. El obrero se replegó en las fábricas, y lo que se puso en pie luego de la revolución fue la “tutela de los obreros en el cuadro de las fábricas” a cambio de la satisfacción de sus necesidades (como el dinero no valía nada, las empresas aprovisionaban directamente a los trabajadores).

Tanto en el mundo obrero como en el rural, afirma Lew, la mayoría se encuentra “en esta situación de *exterioridad de la revolución*”. Frank Glass, militante trotskista en China en la época de la revolución, afirmará lo mismo: que se trataba de una “revolución fría”. Como decíamos en un texto anterior, “La ‘liberación’ de 1949 no fue una revolución comunista en el sentido convencional del término” (“China 1949: una revolución campesina anticapitalista”). De cualquier manera, cabe alertar contra las generalizaciones abusivas: nos estamos refiriendo *concretamente* al caso chino, no a otras circunstancias donde los patrones pueden variar o la interrelación entre la clase obrera y el campesinado dar otra resultante. Los levantamientos campesinos bajo el bolchevismo fueron parte del proceso global de revolución obrera, campesina,

damental en esta historia. Pero el tema excede los límites de este trabajo (cf. “China 1949: una revolución anticapitalista campesina”).

popular y nacional y contra la guerra imperialista.

Concluye Lew que el PCCh termina imponiendo sus objetivos a los campesinos: una política desequilibrada entre lucha de clases y guerra civil que *militariza* el proceso para mantener el control. El veredicto de 1927 no quedaba invalidado: el campesinado puede devenir una fuerza indispensable para la revolución, aunque no sea por sí mismo una fuerza revolucionaria, con la condición de que sea fuerte y largamente *trabajada*, además de dirigida y canalizada, por los revolucionarios venidos (como sus proyectos) del mundo urbano. Se puede ciertamente hablar de una forma de emancipación (los campesinos conquistaron la tierra; los capitalistas fueron expropiados), pero ciertamente *no de una autoemancipación social* (Lew 1997: 180).

El PCCh no devino un partido representante directo del mundo campesino, y mucho menos del mundo urbano y proletario. Sin embargo, una cierta “ruralización” del comunismo chino es indiscutible. Se puede hablar, antes que nada, de una cierta *sinificación* del partido en tanto que el universo campesino es el portador de una continuidad de la cultura china, de su enraizamiento en el pasado y de una forma de resistencia (populista) a la modernidad. De hecho, la combinación de modernización económica y conservadurismo cultural continúa hasta hoy, incluso después de la restauración del capitalismo en China.³¹

El PCCh se construyó como una estructura de encuadramiento estatista y como arma del Estado. El campesinado dejó de ser considerado como una fuerza social activa, un cuerpo masivo “activado” más que activo, una “masa indiferenciada” que se pone en obra respondiendo parcialmente a sus necesidades en la perspectiva estratégica de conquistar el poder. Esta misma lógica de sustitución y encuadramiento aparatisa desde arriba es compartida no sólo entre el maoísmo y populismos varios sino entre corrientes socialistas revolucionarias que carecen de sensibilidad autoemancipatoria.

En fin, la originalidad de la revolución socialista como proceso de

31 La restauración capitalista ha dado lugar a una forma de capitalismo de Estado y a un imperialismo en construcción. Como señala Au Loong Yu, el momento bisagra de la restauración capitalista fue la derrota de la juventud estudiantil y la vanguardia obrera en Tiananmen (junio 1989). Ver al respecto, de Marcelo Yunes, “China hoy: problemas, desafíos y debates”.

autoemancipación de los explotados y oprimidos es *una potencialidad de nuestra época*. Pero como ha mostrado el siglo pasado, no es algo automáticamente dado sino una perspectiva por la cual hay que pelear a brazo partido *construyendo organizaciones socialistas revolucionarias* que recuperen el sentido original de la pelea de Marx, Engels, Lenin, Trotsky, Rosa Luxemburgo, Gramsci, Rakovsky y otros grandes de nuestra tradición.³²

9.4 Esbozo sobre las revoluciones antiestalinistas de posguerra³³

[Es necesario,] en síntesis, preguntarse cuestiones del orden del por qué [es decir, de los fines. RS] y no sólo del cómo. Es importante subrayar que ésta es una tendencia no en abstracto, sino dentro de los movimientos socialistas y comunistas; esto es, aceptar que la transición al socialismo -en una de sus muchas maneras- es una precondition necesaria para construir una sociedad deseable y racional, pero

32 Nos queda por abordar con más profundidad, cosa que haremos en el segundo tomo, otro tipo de revoluciones originales que se sustanciaron en la posguerra: *las revoluciones antiburocráticas que ocurrieron en los países no capitalistas y que poseían una clara pulsión socialista*. Es el caso del levantamiento en Berlín oriental en 1953, la Revolución Húngara de 1956, los levantamientos obreros en Polonia en la misma década, la Primavera de Praga en 1968 y el levantamiento del sindicato Solidarnosc en Polonia en los años 1980 y 1981. Se trató en estos casos del fenómeno original de una revolución antiestalinista con un protagonismo obrero insoslayable y que se hicieron sobre el terreno de la expropiación de la burguesía, no cuestionándola, como ocurrió en los acontecimientos posteriores de 1989-1991.

33 Está claro que nos referimos a las revoluciones antiburocráticas de las primeras décadas de posguerra, no al proceso de caída del Muro de Berlín en 1989, que tuvo un carácter completamente diferente y que no abordamos en esta obra.

no obstante [el socialismo humanista] sostiene que se puede y se debe elegir opciones a lo largo del camino.

E. P. Thompson, "Agency and Choice"

Abordaremos ahora una circunstancia *paradójica* en el cuadro de la posguerra: las revoluciones antiestalinistas en los países del Este europeo, lo que haremos a modo de "esbozo" hasta que podamos realizar un estudio más pormenorizado).

La paradoja de estas revoluciones derrotadas es que tuvieron una clara *pulsión socialista*, a diferencia de las anticapitalistas que analizamos arriba. Por lo demás, no se ha vuelto lo suficiente sobre ellas para extraer las lecciones crítico-estratégicas que dejaron: *la circunstancia original de revoluciones contra el estalinismo*, la *densidad* de ese acontecimiento.

¿Revoluciones políticas o revoluciones socialistas antiburocráticas?

Entre sus jalones más importantes estuvieron: a) el levantamiento obrero en Berlín en junio de 1953 que demostró que el proletariado alemán *no estaba derrotado* (una cosa increíble luego de los dramáticos avatares del nazismo); hay que tener presente que Berlín estaba todavía destruido por los combates por la conquista de la ciudad llevados adelante entre el Ejército Rojo y lo que restaba de la Wehrmacht, en abril de 1945;³⁴ b) la Revolución Húngara de 1956, que partió aguas en

34 Bombardeos como el de la ciudad alemana oriental de Dresde por parte de los aliados (EE.UU. y Gran Bretaña), una ciudad obrera por antonomasia, colaboró para no solo para la derrota política sino para la *destrucción física de la clase obrera alemana* (Moreno). De ahí lo llamativo que en Berlín el levantamiento obrero demostrara que aun en circunstancias extremas la clase obrera puede levantar la cabeza (tener presente, por lo demás, que el levantamiento berlinés se extendió rápidamente por el resto del país). Una lección importante para los que analizan invariablemente toda circunstancia con *demasiada grisura*, perdiendo de vista la otra cara dialéctica de las cosas:

el estalinismo en Occidente abriendo una crisis particularmente aguda en el PCB de Gran Bretaña;³⁵ c) la “Primavera de Praga” en 1968, así como d) los diversos levantamientos antiburocráticos en Polonia, con varios puntos destacables hasta llegar a su culminación con el levantamiento de Solidaridad en 1980-81. Ésta fue, quizá, la última revolución

los destellos de vida que se presentan aun en las circunstancias más duras.

35 El prestigioso grupo de historiadores del PCG, donde se encontraba notoriamente E. P. Thompson, entre otros, rompió con el partido a propósito de la invasión de los tanques rusos a Budapest. Thompson escribirá unas “Epístolas a los filisteos” de enorme valor antiestalinista y humanista socialista (aunque injustamente sectarias respecto de Trotsky). Ya volveremos sobre estas cartas. Por otra parte, el único historiador de nota que permaneció en las filas del PCG fue Eric Hobsbawm, cuestión que se aprecia en su *materialismo economicista* y en su reivindicación –*aggiornada*– del estalinismo hasta su última obra, *Historia del siglo XX*, amén de su pesimismo histórico: “Stalin, que presidió la edad de hierro de la URSS (...), fue un autócrata de una ferocidad, una crueldad y una falta de escrúpulos excepcionales (...). No obstante, cualquier política de modernización acelerada de la URSS, en las circunstancias de la época, *habría resultado forzosamente despiadada*, porque había que imponerla contra la mayoría de la población, a la que se condenaba a grandes sacrificios, impuestos en gran medida por intermedio de la coacción. La economía de dirección centralizada responsable mediante los ‘planes’ de llevar a cabo esta ofensiva industrializadora estaba más cerca de una operación militar que de una empresa económica. Por difícil que resulte creer (...), el sistema estalinista, que *volvió a convertir a los campesinos en siervos de la gleba* e hizo que partes importantes de la economía dependieran de una mano de obra reclusa de entre cuatro y trece millones de personas (los *Gulags*) (...), contó, casi con toda certeza, con un apoyo sustancial, aunque no entre el campesinado” (1995: 380).

Está última afirmación es discutible. Bensaïd afirma en algunos de sus escritos algo similar, pero las circunstancias fueron mucho más contradictorias, incluso por el hecho de que las Grandes Purgas de finales de los años 30 transformaron a la sociedad en una sociedad de miedo y delación permanente. Vasili Grossman afirma que las circunstancias de la guerra mundial aflojaron por un tiempo el puño de hierro del estalinismo generando ilusiones de liberalización política, pero con el fin de la guerra se reafirmó el férreo dominio burocrático, que fue –junto con las cotas de producción explotadoras– lo que generó los reiterados estallidos antiestalinistas en el Este europeo.

o protorevolución con pulsión socialista del siglo XX, junto con las de Portugal de 1975 e Irán en 1979 (no tenemos clara la categoría de la revolución nicaragüense de 1979, aunque nos resulta más una revolución anticapitalista frustrada por la falta de protagonismo obrero y urbano y la inhibición sandinista de relegarla a mera “revolución política”).

Las corrientes del trotskismo tradicional han definido estos levantamientos antiestalinistas como “revoluciones políticas”, porque ajustándose a las definiciones clásicas de Trotsky en la entreguerra, y en la medida en que los capitalistas estaban expropiados, consideraban a esos países como “Estados obreros”. De modo que lo que los levantamientos cuestionaban era meramente el régimen político burocrático y no al Estado como tal erigido en esos países en la posguerra, Estados que, a nuestro entender, se convirtieron en burocráticos con conquistas sociales.

Aquí hay que tener en cuenta el carácter *original* de estos procesos, en dos sentidos. Uno, el hecho de que en todos los países del Este europeo los destellos revolucionarios antinazis que surgieron durante el proceso de derrumbe de éste hacia el final de la guerra fueron inmediatamente aplastados por el estalinismo (cf. Artavia), y que, por lo demás, en la medida que liberaba estos países de la bota hitlerista, el estalinismo ocupaba militarmente estas naciones contra la voluntad de sus habitantes (Mandel). Esto ocurrió en todo el Este europeo salvo en la ex Yugoslavia, donde el PCY al mando del Mariscal Tito logró liberar su país del yugo fascista de manera prácticamente independiente. Esto es lo que dio lugar al prestigio ulterior de Tito, a su insubordinación frente a Stalin y a la ruptura consiguiente entre la ex Yugoslavia y la URSS hacia finales de los años 40.³⁶

36 No por esto Tito giró a la izquierda sino que quedó, más bien, en una posición *equidistante* entre Occidente y la URSS; si dejó correr experiencias –limitadas– de autogestión obrera, nunca cedió el mando burocrático férreo sobre el Estado yugoslavo en su conjunto. Así las cosas, no dejó de ser otra variante de Estado burocrático con restos de las conquistas de la derrota del fascismo y de la expropiación anticapitalista, sin menoscabo de que la emancipación del hitlerismo fuera una *enorme gesta revolucionaria anticapitalista* pero *sin socialismo*. En este sentido, se emparenta muchos más con las revoluciones anticapitalistas china, cubana y vietnamita que con el resto de los

Respecto de los levantamientos revolucionarios del Este europeo, nosotros preferimos la denominación de *revoluciones antiburocráticas*, porque conteniendo la conquista de la expropiación a los burgueses (una conquista *real*, aunque fuera distorsionada desde arriba),³⁷ fueron *revoluciones políticas antiburocráticas con consecuencias económicas y sociales*, no meramente revoluciones políticas *stricto sensu* a modo del trotskismo tradicional.

Sucede que debían *quebrar* el Estado burocrático en su conjunto: sacar a la burocracia del poder y reemplazarla por el poder de la clase obrera, además de *tomar en sus manos el control de los medios de producción* (en su acepción tradicional, una revolución política no quiebra el aparato de Estado existente sino que solamente cambia su régimen político):³⁸

países del Glacis, *donde no hubo revolución alguna, ni “activa” ni “pasiva”* (en nuestra concepción, hablar como hacen algunos autores respecto de los países del Este europeo de “revoluciones socialistas pasivas” es una contradicción en los términos).

Por otra parte, no es casual que R. J. Crampton nos recuerde que la ex Yugoslavia de los años 40 fue una de las sociedades más agrarias de los Balcanes y el Este europeo (aunque los países balcánicos figuren en una categoría geográfica diversa a los del Glacis): “[S]in embargo, los partidos comunistas dominantes, incluyendo el de Yugoslavia, aplicaron ellos mismos la tarea de la reconstrucción económica y social [de la posguerra]: *impusieron la revolución desde arriba* (...). Los viejos miembros del partido mostraban una particular simpatía al descontento social, tenían particular preocupación con los desheredados y desposeídos [es decir, con los que carecían de privilegios] que originalmente los había llevado al partido. Muchos de estos viejos camaradas [*fueron purgados*] (...). Las purgas [en el partido] fueron necesarias para contener el *descontento* que la ‘revolución desde arriba’ estaba generando y para inmunizar el cuerpo del partido para lo que sería *una tarea desagradable*” (Crampton 2022: 108).

37 Muchas de estas expropiaciones se hicieron con la inicial justificación nacionalista de expropiación de la ex propiedad alemana (Fejtö).

38 A este respecto y en otro contexto, Nahuel Moreno introdujo en las filas del viejo MAS una confusión monumental con su “teoría” de la “revolución democrática”.

El escritor Tibor Déry declaró el 2 de julio de 1956 que “*Es tiempo de terminar con este Estado de gendarmes y burocratas*”; en un sentido similar se expresó la también escritora Judith Mariassy en agosto, luego de ser golpeada por denunciar los privilegios de la burocracia, ante lo cual sostuvo que “la vergüenza no está en el hecho de hablar de estos negocios de lujo y de estas casas rodeadas de alambres de púa, está en la existencia misma de estos negocios y de estas villas. Supriman los privilegios y no se hablará más de ello”. Igual de categóricas fueron las declaraciones de Gyula Hajdu, un militante histórico con más de 50 años de trayectoria (...): “¿Cómo podrían saber los dirigentes comunistas lo que pasa? Jamás se mezclan con los trabajadores y la gente común, no se los encuentra en los colectivos, porque todos tienen sus tiendas especiales, no se los encuentra en los hospitales, pues tienen sanatorios para ellos” (Broué, citado por Artavia).

Por lo demás, el argumento de que como la propiedad estaba estatizada solo se trataba de quebrar el régimen político burocrático como tal y, entonces, la revolución sólo era “política” es un argumento que soslaya el hecho de que, a nuestro modo de ver, no es la propiedad como tal la que define el carácter de los estados no capitalistas. Recordemos lo que señalamos respecto de que la propiedad estatizada queda como “en disputa” en la medida en que es una categoría político-social-económica en la transición. Sin quebrar el Estado burocrático, es imposible que la clase obrera se haga de la propiedad como tal y acabe con los mecanismos de explotación unilateral impuestos por la burocracia.

La burguesía había sido expropiada y esto constituyó un contradictorio paso adelante. Pero para que esa propiedad fuera redirigida en el sentido de las necesidades obreras y populares, debía abrirse paso la revolución antiburocrática *quebrando el Estado parasitario* de los estalinistas:

En efecto, inmediatamente después de la adopción de los planes a largo plazo, el aumento de la productividad devino la consigna (...) en el sistema de democracias populares. Pero no es fácil de persuadir a los obreros de que los métodos

que fueron combatidos bajo el capitalismo como métodos de explotación intensificados devenían en positivos por el solo hecho de que la explotación de los capitalistas había tocado su fin y que la clase obrera, por intermedio del partido comunista, ahora debía aceptarlos (...). Pero jugando enteramente el juego del Estado-patrón, los trabajadores no los reconocieron más como sus representantes, sino como simples agentes de la dirección (Fejtö 1952: 305 y 310).

Y agrega Fejtö:

En la mayoría de las industrias nacionalizadas, la administración del Estado reemplaza los antiguos propietarios privados. Nacionalización significa así *estatización*. En su exposición frente al V Congreso del PCY, Kardelj dirá que ‘las empresas que pasan a manos del Estado popular no son todavía... de tipo puro socialista. Las relaciones capitalistas de explotación han sido abolidas pero las formas capitalistas de trabajo seguirán predominando’ (ídem: 157).

Fejtö agrega por último que en estos Estados no capitalistas se hizo una tabla rasa de la autonomía de la clase obrera, de su derecho de control de la gestión. Es el Estado el que debe poseer todo, que debe reglamentar la producción y la distribución, bajo el plan (ídem: 158).

Lo paradójico del caso en el contexto de la posguerra y de estos nuevos Estados no capitalistas dominados por el estalinismo, es que estas revoluciones, aun frustradas, fueron, efectivamente, revoluciones obreras y socialistas, *revoluciones con pulsión socialista*. Porque sus protagonistas, la clase obrera, la juventud y cierta parte de la intelectualidad todavía ubicada a la izquierda en esas décadas, luchaban realmente por transformar sus Estados burocráticos en *Estados obreros bajo condiciones de democracia socialista*. Muchos que perdieron la brújula respecto del *contenido emancipatorio* estas revoluciones adscribieron al campismo vulgar de que lo que estaba sucediendo era obra del “imperialismo” y no una experiencia revolucionaria original: el surgimiento de auténticas revoluciones socialistas con formas de doble poder en los países burocráticos donde el capitalismo había sido expropiado, pero el

poder no estaba en las manos de la clase obrera.³⁹

El proceso mismo tuvo su originalidad, precisamente, *por la rotunda centralidad de la clase obrera*, cosa que también ocurrió en otros países en la posguerra. Fue el caso de la Revolución Boliviana de 1952, otra gran revolución socialista histórica frustrada cuyo impacto universal fue menor porque terminó derrotada, pero que refiere a *otro linaje* en el continente latinoamericano distinto al de la Revolución Cubana de 1959. Esta última, una inmensa revolución anticapitalista y, en su inicio, no estalinista, siguió el patrón *sustituista* de posguerra al ser conducida por una guerrilla revolucionaria (la revolución cubana terminó siendo categóricamente *no socialista*).⁴⁰

De manera paradójica, insistimos, muchas de las revoluciones del siglo XX fueron revoluciones obreras y socialistas *derrotadas*, como fue el caso de la Revolución Alemana de 1918-23, la Revolución Española de 1936-39 y las revoluciones antiburocráticas en los países del Este europeo en la posguerra, entre otras, lo que habla de que no solamente hubo revoluciones anticapitalistas en el siglo XX –más propiamente en la posguerra–, sino que *el siglo XX estuvo cruzado por revoluciones socialistas*, frustradas mayormente por la falta de dirección socialista revolucionaria. La obra destructiva universal del estalinismo fue tan gigantesca que dejó a nuestra corriente histórica como una extrema minoría, circunstancia que rige hasta hoy, aunque en la actualidad sea por otras razones (la falta de radicalización política de las nuevas generaciones y el corte en el hilo de continuidad con la tradición marxista auténtica).⁴¹

39 Otro problema aquí es que se interpretó la pátina de humanismo que estos procesos tuvieran como si fuera un *aggiornamento socialdemócrata*. Pero si ese *aggiornamento* fue intentado desde la cúpula, perder de vista el contenido obrero y socialista del humanismo que surgía desde abajo es una obra de desorientación política e intelectual descomunal.

40 Ver a este respecto los trabajos de nuestros compañeros Roberto Ramírez y Marcelo Yunes, pormenorizados sobre el caso cubano, así como las obras de Richard Gott y Samuel Farber, entre otras, muy documentadas.

41 Hilo de continuidad que, sin embargo, el trotskismo a partir de la obra de Trotsky y de las más diversas corrientes que constituyen el “archipiélago de uno y mil marxismos” del que habla Bensaïd, de cualquier manera logra-

Así las cosas, el relato según el cual si no se reconoce el carácter “socialista” de las revoluciones china, cubana y vietnamita sólo quedaría como socialista la Revolución Rusa es *falso*. El siglo pasado estuvo poblado de revoluciones socialistas; el problema es que la única *triunfante* fue la Revolución Rusa, cuestión distinta que reenvía a las enseñanzas estratégicas del siglo pasado. Esto es, a los problemas de las relaciones entre masas, vanguardia, autoorganización y autoemancipación y partido revolucionario; también al carácter sangriento de la revolución.

En todo caso, lo que hay que explicar no es tal “inexistencia”, sino las *complejidades* que entrañan este tipo de revoluciones, además del problema, muy real, de que en la primera posguerra el imperialismo logró *contener* la Revolución Rusa en sus fronteras y derrotar la revolución europea de los primeros años de la década del 20. Para la finalización de la segunda guerra –donde se combinaron la guerra interimperialista, de liberación nacional y las revoluciones anticapitalistas (Mandel)–, el movimiento obrero estaba *burocratizado* por los dos enemigos históricos de su autoemancipación: el estalinismo y la socialdemocracia, a los que cabe agregar otra especie: el nacionalismo burgués en los países del llamado “Tercer Mundo”. Se trata de *enemigos históricos* de los cuales hay que extraer enseñanzas críticas para la construcción de nuestros partidos revolucionarios y corrientes en este siglo XXI, donde se ha *reabierto* la época revolucionaria socialista.

Las revoluciones antiburocráticas del Este europeo mostraron que la clase obrera comenzaba a recuperarse de los desastres combinados del nazismo y el estalinismo a la salida de la segunda guerra que sorprendió por su rapidez, aunque no podemos detenernos en ese tema aquí.

El levantamiento de Berlín en junio de 1953 fue comenzado por los obreros de la construcción y seguido por los metalúrgicos en reclamo contra las normas laborales extremadamente explotadoras. En su marcha arrasaron las sedes de la policía secreta y del Partido, y la moviliza-

mos asegurar. Los hechos son testarudos: no existe en el mundo ninguna otra corriente socialista revolucionaria que no sea la del trotskismo en sus diversas variantes; ni el luxemburguismo, ni el gramscismo, ni el consejismo, etc., están organizados en partidos ni corrientes internacionales.

ción se expandió luego por toda la ex RDA (recordemos que Alemania estaba dividida en dos, otra inmensa traición histórica del estalinismo a la salida de la segunda guerra, como planteara Nahuel Moreno acertadamente).⁴² En esa movilización cumplieron un papel de primer orden trabajadores formados en el viejo espíritu del Partido Comunista y la socialdemócrata y seguramente algunos en el socialismo revolucionario (el trotskismo).

Y no solamente eso: el élan de la Revolución Rusa todavía estaba en las venas y en la conciencia de las masas alemanas, razón por la cual la mayoría de la clase trabajadora *seguía siendo socialista*, al menos en *términos generales*, y también parte importante de la intelectualidad de esos países. Véase la enorme sensibilidad socialista de un John Berger, conocido autor especializado en arte, en relación a la Primavera de Praga:

Agosto de 1968. Las emisoras clandestinas siguen todavía emitiendo en Checoslovaquia mientras escribo estas páginas. La libertad de expresión era fundamental para la situación vivida recientemente en el país. Y no lo era, como afirma hipócritamente la socialdemocracia burguesa, porque esa libertad tenga un valor absoluto en toda circunstancia, sino porque durante los últimos cuatro meses constituyó para los checoslovacos *el medio más directo de recuperación del*

42 Eso hizo más compleja la evaluación de los acontecimientos post caída del Muro de Berlín en 1989. Porque lo que comenzó como un progresivo movimiento de reunificación de Alemania por la izquierda terminó en la restauración capitalista. Hubo corrientes que se ubicaron de manera *objetivista* frente a este acontecimiento. Bensaïd recuerda una charla de un Mandel recién llegado de Berlín donde éste sostuvo que había comenzado la “revolución política con portaestandartes de Rosa Luxemburgo llevados por multitudes”, frente a un auditorio atónito en el tradicional salón de la *Mutualité*. La corriente morenista (ya fallecido Moreno) también caería en este análisis objetivista. Sin embargo, también es un hecho que otras corrientes *salieron a sostener los ladrillos del Muro* en supuesta “defensa del ‘Estado obrero’... La realidad es que *faltó una perspectiva independiente* que se planteara la caída del estalinismo y la reunificación alemana desde la izquierda anticapitalista y auténticamente socialista.

sentido del poder político del pueblo (...). Era en las obras de Kafka donde uno encontraba el vocabulario preciso para definir los aspectos más negativos de la experiencia nacional durante los quince años precedentes: la experiencia de una masiva represión policial y de una *burocratización del pensamiento*, la vida social, la planificación nacional, la política y la moral (Berger 2017: 207-208).

En ningún caso existieron partidos o corrientes revolucionarias organizadas de magnitud, aunque sí muchísimos grupos de vanguardia (es decir, de izquierda antiestalinista). Esto se debió, evidentemente, a la obra destructiva combinada del nazismo y el estalinismo, que habían demolido hasta los cimientos la vanguardia socialista.⁴³ De ahí que no tuvieran una dirección política suficientemente madura.

Sin embargo, la *riqueza* de su experiencia y las lecciones legadas por estos procesos revolucionarios todavía está pendiente de ser estudiadas en profundidad: *se trató del primer caso histórico de revoluciones contra la burocracia estalinista sobre el terreno ganado de la expropiación de los capitalistas*, algo que no ocurrió ni en China,⁴⁴ ni en Cuba, ni en Vietnam, y que, repetimos, no ha sido sometido a reflexión suficiente.

[R]esulta comprensible la caracterización de Lázló Nagy (historiador suizo-húngaro especialista en democracias po-

43 Hay que recordar que la purga de los partidos comunistas fuera de la URSS a finales de los años 30 fue tremenda (Broué). Al extremo, por ejemplo, de que Stalin *mandó a liquidar enteramente al Partido Comunista polaco* por sus rasgos “luxemburguistas” (Deutscher), y que, por ejemplo, quien luego sería conocido como Mariscal Tito se ocupó personalmente, desde su cómoda oficina en Moscú, de purgar en 1939 al partido yugoslavo de todos sus elementos “trotskistas”. Las manos de este carismático dirigente estalinista quedaron manchadas de sangre para siempre, a pesar de las ilusiones de la corriente pablista en que Tito iba a girar hacia la izquierda o tomar relaciones con la IV Internacional.

44 A pesar de su embellecimiento, la “revolución cultural” china a finales de los años 60 no fue más que una pelea *interburocrática*, con una instrumentalización de la juventud por parte de uno y otro bando burocrático (Naville, Lew).

pulares) cuando señala que en 1948 se impuso *el dominio de la psicopatología propia de una historia kafkiana*, donde cada tanto se organizaba la distribución de los papeles de juez, acusados y testigos, lo cual respondía a un plan preconcebido del estalinismo para imponer su control absoluto sobre los partidos comunistas y la sociedad civil *previamente* a la realización de las expropiaciones al servicio de la burocracia: El terror no fue la consecuencia fortuita e inevitable de la aplicación de la colectivización y la planificación; la instauración del poder absoluto del partido comunista precedió la puesta en práctica del “proyecto socialista” [nuestras comillas. RS] (Artavia, cit.).

De esto se desprende el *operativo consciente* de quitarle a estas medidas todo contenido *emancipatorio*, todo aspecto que pudiera ir por fuera del monopolio burocrático.

La clase trabajadora de dichos países hizo todo lo que pudo: puso en pie organismos de poder dual, escribió manifiestos y programas, se vinculó a una intelectualidad socialista antiestalinista, etc. Hubo un punto culminante cuando el famoso discurso secreto de Nikita Khrushchev contra el “culto a la personalidad” de Stalin en el XX Congreso del PCUS (25 de febrero de 1956), lo que no impidió que meses después aplastara a sangre y fuego la Revolución Húngara...

Como digresión, señalemos que el discurso, según el análisis clásico, *fue una suerte de “autoreforma” de la burocracia para dejar de matarse entre sus facciones*. Lejos de las expectativas, no tuvo más consecuencias que ello ni inauguró un período de libertades democráticas.⁴⁵ Sin

45 El propio Deutscher, caracterizado en la posguerra por reiteradas ilusiones de autoreforma de la burocracia, señala lo siguiente: “Gran parte de la opinión soviética era muy consciente de la ambigüedad del carácter político de Khrushchev y de los motivos que lo habían inducido a dar su bendición a la ruptura del partido con el estalinismo. Esta bendición, en gran parte platónica, se estaba convirtiendo en una maldición disfrazada, pues ocultaba una obstinada y astuta oposición a una auténtica democratización socialista de la URSS. (Diré, de pasada que la imagen de Khrushchev, campeón de la desestalinización, fue, en los últimos años, mucho más ampliamente aceptada en Occidente (...) que en la URSS)” (*La década de Krushov*).

embargo, aunque el discurso contenía una serie de *denuncias correctas* contra Stalin, autores como Althusser lo consideraron siempre una suerte de “afrenta” a la causa del socialismo y de “giro socialdemócrata”, cosa que no fue (se trataba, simplemente, de que la burocracia soltara lastre en la figura de un Stalin ya muerto):

[E]l hecho de que no es permitido y de que es ajeno al espíritu del marxismo-leninismo elevar a una persona hasta transformarla en superhombre, dotado de características sobrenaturales semejantes a las de un dios. A un hombre de esta naturaleza se le supone dotado de un conocimiento inagotables, de una visión extraordinaria, de un poder de pensamiento de prever todo, y, también de un comportamiento infalible (...). Nos incumbe considerar cómo el culto a la persona de Stalin creció gradualmente, culto que en un momento dado se transformó en la fuente de una serie de perversiones excesivamente serias de los principios del partido, de la democracia del partido y de la legalidad revolucionaria (Khrushchev 1959).

La posición del filósofo francés, como en todo, fue una suerte de *taparrabos de lo peor del estalinismo y de Stalin mismo*.⁴⁶ Esto tiene

46 Es insólito que corrientes del trotskismo suscriban la crítica de Althusser al discurso contra el “culto personalidad” de Stalin como si hubiese sido un discurso de “derecha”... Khrushchev llega a citar a la esposa de Lenin en una carta a Kamenev a finales de 1922: “¡Lev Borísovich! Debido a una breve carta que escribí con palabras que me dictara Vladimir Ilich, con permiso de sus médicos, Stalin se permitió ayer dirigirse a mí con una violencia inusitada. Durante mis treinta años de militante, nunca había oído a un camarada dirigir palabras tan insolentes a otro. Los asuntos del partido y de Ilich no son de menos significación para mí que para Stalin. En este momento necesito el *maximum* de dominio sobre mí misma. Lo que uno puede y lo que uno no puede discutir con Ilich lo sé yo mejor que cualquier médico, puesto que yo sé lo que le pone nervioso y lo que no le perturba; de cualquier modo sé estas cosas mejor que Stalin. Recorro a usted y a Grigori [Zinoviev] por ser los camaradas que se hallan más cerca de V.I., y les ruego que me protejan de insolentes intromisiones en mi vida privada y de viles invectivas y amenazas. No tengo la menor duda respecto de cuál será la unánime decisión de la Comi-

cierta importancia porque desde determinadas corrientes del trotskismo se defiende al filósofo francés y su “antihumanismo”, sin ver que el humanismo socialista en los países del Este europeo cumplió en muchos casos *un papel revolucionario por la izquierda* (cf. nuestro “Althusser, filósofo del estalinismo tardío”).

Por otra parte, hay que señalar que en la URSS prácticamente no hubo levantamientos antiburocráticos en la posguerra salvo los que rodearon la caída del Muro del Berlín y la disolución de la URSS pero estos levantamientos, combinados con las alas restauracionistas de la burocracia, no fueron anticapitalistas como los procesos de las décadas anteriores en el Este europeo.

Es evidente que si en las décadas de la inmediata posguerra no existieron levantamientos obreros y/o estudiantiles en la URSS, es porque la *derrota histórica de los años 30 del proletariado* no había sido superada (¡una hipoteca que dura hasta el día de hoy debido a su profundidad!). El único levantamiento obrero de importancia fue el de la *masacre de Novocherkassk* el 2 de junio de 1962, cuando el Ejército Rojo y agentes de la policía secreta dispararon contra obreros desarmados. Los trabajadores organizaron una huelga laboral en la fábrica de construcción de locomotoras S. M. Budyonny. La huelga fue provocada por el descontento ante un aumento de las cuotas de producción que coincidió con un aumento a nivel nacional en los precios de los productos lácteos y la carne, y es evidente que esa dura represión tuvo un carácter preventivo y ejemplificador para que ningún otro sector obrero de la URSS siguiera su ejemplo.

De ahí que sea algo obtusa la idea de que la derrota del proletariado ruso llegó recién con la restauración capitalista en la URSS a partir de 1991 con la disolución de la URSS. La realidad es muy otra: la clase obrera venía derrotada desde los años 30 y nunca pudo recuperarse del golpe tremendo asestado por el estalinismo.

Por otra parte, el triunfo en la II Guerra Mundial sobre el nazismo, que fue una gesta popular “soviética”, pareció abrir las posibilidades a

sión de Control, con la cual Stalin me amenaza; no obstante, tampoco tengo la fuerza ni el tiempo disponible para malgastarlo en querellas insensatas. Además, soy un ser humano que soporta en estos momentos una tensión nerviosa excesiva” (Nadezhda Krupskaya citada por Khrushchev).

una liberalización del régimen, pero Stalin se ocupó bien pronto de “cerrar el grifo” con una nueva tanda de purgas y medidas bestiales, como mandar por 10 años a “campos de reeducación” a los soldados y soldadas del Ejército Rojo que mal sobrevivieron a su cautiverio en mano de los nazis. El carácter destructivo del estalinismo en la URSS fue tan inmenso que, invariablemente, a lo que se volvió es al apoliticismo o, en todo caso, a una conciencia nacionalista reaccionaria de gran potencia. Es decir, la restauración de la Gran Rusia de los zares pasando por una reivindicación de Stalin –pero en medio de un rechazo cerrado a Lenin!–, en la medida en que Putin y demás autoridades de la Rusia actual ven en Stalin a un “hombre de Estado” rusófilo.

La renovación del marxismo al calor de las revoluciones anti-burocráticas

En este sentido retomaremos las “Epístolas a los filisteos” de E. P. Thompson (1957). Thompson se delimita con claridad de los humanistas socialdemócratas y defiende el humanismo socialista como antídoto al estalinismo:

Los conflictos que maduraron dentro del mundo comunista en 1956 son seguramente suficientes para tirar abajo la vieja pintura simplificadora. No es nada bueno seguir poniendo aparte todos los fenómenos contradictorios de las sociedades dirigidas por los comunistas (...), hay que apropiarse del significado profundo de estos fenómenos (...). Lo que Marx y Engels afirmaron, y lo que debemos reafirmar nosotros, *son las potencialidades revolucionarias de los seres humanos*. Debemos recuperar esta comprensión, porque, en caso de que no la tengamos, nunca tendremos el coraje de hacer de lo potencial algo actual (...). Tengo la apreciación de que el ser humano está en la frontera donde la prehistoria termina y la historia consciente comienza. Necesitamos todos nuestros nervios si queremos atravesar esta frontera. No creo que esto implique una visión utópica sobre la “perfectibilidad humana”. Una sociedad sin oposiciones de clase

no será una sociedad sin un sinnúmero de fricciones de todo tipo (...). No liberará a los seres humanos de llevar sobre sus hombros las responsabilidades colectivas e individuales, de tomar acciones y hacer elecciones en la búsqueda de una “vida mejor” (Thompson 1957).⁴⁷

Retomando nuestro argumento, se conjugaron de manera en cierto modo *inextricable* un conjunto de desarrollos hacia la izquierda entre las masas trabajadoras, la intelectualidad y la juventud, así como un juego desde arriba de una burocracia “reformista” que, mayormente, cuestionó la gestión estalinista por derecha buscando introducir reformas pro mercado, pero muy escasas reformas democráticas reales. El proceso en total estuvo marcado por contradicciones: muchos sectores se ubicaron contra estas revoluciones porque supuestamente “le hacían el juego al imperialismo”, aunque hubo sectores del trotskismo que –y ése es su *honor* en medio de la confusión– se ubicaron *defendiéndolas incondicionalmente*, más allá de todos sus límites y contradicciones:

En muchos lugares del país [Checoslovaquia], *los obreros se ofrecieron a trabajar los sábados sin cobrar a fin de contribuir a la economía nacional*. Aquellos para quienes, unos meses antes, el mayor ideal había sido una sociedad de consumo, ofrecían dinero y oro para ayudar a salvar la economía nacional. (Un gesto ingenuo desde el punto de vista económico, pero muy significativo ideológicamente.) Vi masas de

47 Thompson está oponiendo aquí las capacidades humanas transformadoras contra el aparato muerto del estalinismo. Thompson agrega lo siguiente en estas históricas cartas que dieron en gran medida los fundamentos a su obra principal, *The making of the working class in England*: “[E]l rechazo de la creatividad de la acción humana (...) en la cadena determinada de los acontecimientos, en vez de considerarlos como seres morales e intelectuales en el hacer de su propia historia, en otras palabras, el rechazo de que los humanos pueden, con un acto social voluntario sobreponerse en determinada medida a las limitaciones impuestas por las ‘circunstancias’ o ‘la necesidad histórica’. En el mundo comunista afirmar esto es una herejía que toma la forma de una ideología que apuntala (*buttresses*) a la burocracia” (“Agency and choice, I. A reply to criticism”).

obreros en las calles de Praga, sus *rostros iluminados* por un sentido evidente de oportunidad histórica y de satisfacción. Una atmósfera así estaba abocada a durar poco. Pero fue un indicativo inolvidable del *potencial de la gente*, previamente desaprovechado: la velocidad con la que se puede vencer a la desmoralización y la corrupción (Berger 2017: 214).⁴⁸

Es interesante señalar aquí que la crítica de las revoluciones anties-talinistas fue tanto a la falta de libertades democráticas y de organización independiente de las y los trabajadores como a la falta de control de la producción y los desastres de la planificación y explotación estalinista (es decir, *una revolución política y social* como esta dicho):

El poder y la simultánea *inutilidad* de la burocracia se hacían sobre todo evidentes en la teoría y práctica de la planificación económica. Checoslovaquia es, en términos relativos a su población, el tercer productor de cemento del mundo, y, sin embargo, hace años que es imposible para cualquier checoslovaco comprar en el mercado legal un saco de cemento para reparar una cubierta o construir una pared. Una gran planta metalúrgica de laminado producía unas chapas demasiado gruesas para el uso, de modo que eran compradas inmediatamente como chatarra a fin de volver a fundirlas. Una fábrica de clavos de Praga tenía que cumplir una cuota anual de varias toneladas, y la manera más sencilla de conseguirlo era hacer unos clavos inmensos de quince centímetros. El resultado era que nunca había clavos pequeños en el mercado. El valor del stock de productos invendibles acumulado hoy en Checoslovaquia asciende a doscientos mil millones de coronas (ídem: 209).⁴⁹

48 Esto aplica, también, a los desastres inmediatos de la segunda posguerra y al rápido proceso de reconstrucción europea.

49 A estos aspectos se dedicará parte del segundo tomo de nuestra obra; por el momento, remitimos a nuestro “Dialéctica de la transición. Plan, mercado y democracia obrera”. Por otra parte, para ver un ejemplo concreto de los elementos de la alienación obrera baste saber que se trabajaba muchas veces *inútilmente*, porque lo que se producía no servía para nada: “La des-

También es importante considerar que se destacaron en el Este europeo un conjunto de intelectuales y filósofos marxistas de importancia en general olvidados por el llamado “marxismo occidental”... Hay corrientes del trotskismo que los desestiman como “marxistas humanistas” o, directamente, los ignoran, lo que constituye *un operativo de ocultamiento “estalinófilo”* que, a la vez, priva a la diversidad de los “mil y un marxismos” de la riqueza de una reflexión llevada adelante bajo los regímenes estalinistas: *un aporte estratégico hacia el relanzamiento de la revolución socialista en nuestro siglo*. Parte de esto es la creación en Hungría del conocido Círculo Petöfi, donde se reunía un conjunto de intelectuales junto a jóvenes y obreros que además de discutir las novedades políticas del día, discutían obras de Marx como los *Manuscritos económico-filosóficos* (hoy conocidos como *Manuscritos de París*).⁵⁰

Por esto mismo, en nuestra obra hemos intentado hacerles un homenaje rescatándolos, al igual que a una serie de intelectuales marxistas de Occidente que no se enseñan en las universidades, donde el “marxismo” está representado por autores como Althusser, Poulantzas, Negri, Foucault y algún otro de raigambre estructuralista y/o posestructuralista pero *en ningún caso antiestalinista*. Autores que tienen su valor, pero que a nuestro entender no llegan a la riqueza de los que estamos

moralización generalizada de la población se expresaba en forma de *cinismo político y baja productividad* (y en un índice de natalidad cada vez más bajo). Esta *desmoralización* era el resultado de un *monólogo político ininterrumpido*, la represión y la falta de reflexión en la aplicación del igualitarismo. La jornada laboral en Checoslovaquia empieza a las seis y media de la mañana y termina hacia las dos y media de la tarde. Muchos trabajadores pasaban la tarde trabajando en el mercado privado, por lo general con material del mercado negro. El dinero que ganaban de esta manera exacerbaba su deseo de artículos de consumo que no podían conseguir. Todas las actividades fomentaban negocios sucios de todo tipo” (Berger 2017: 2017).

50 No nos podemos dedicar demasiado aquí a la “marxología”. Pero, al parecer, los *Manuscritos económico-filosóficos* nunca fueron un texto independiente como habitualmente se los presentó, sino parte de unos borradores de trabajo más abarcativos de Marx titulados *Manuscritos de París* (cf. Kohei Saito sobre el plan de edición de las obras completas de Marx y Engels llamado MEGA 2).

nombrando (¡y mucho menos de los autores marxistas antiestalinistas!).

Por ejemplo, de un autor que hemos citado profusamente, Karel Kosik, su obra *Dialéctica de lo concreto* es la única conocida sencillamente porque el resto de su obra fue *secuestrada* por los servicios de inteligencia de la ex Checoslovaquia en los años 70 y eliminada (nunca le fue devuelta al autor, que no llegó a reescribirla; Kosik estuvo a punto de ir a la cárcel). Señalemos, de paso, que Kosik jamás se pasó al bando procapitalista (pro mercado), como sí lo hicieron otros intelectuales desmoralizados de los países del Este. Es el caso de Agnes Heller (de la escuela húngara de Georg Lukács), que se fue a vivir a EE.UU. y se pasó al liberalismo; lo propio ocurrió con varios integrantes del importante grupo de la revista yugoslava *Praxis*, como Mihailo Markovic, revista que bajo la presión de su prohibición en 1975 dio lugar a la desbandada de su grupo editorial. De todos modos, en su “período de oro” marxista hicieron aportes por la izquierda de importancia y sostuvieron una reunión anual de marxistas antiestalinistas entre los años 1965 y 1974 con la participación de varios marxistas de Occidente (las reuniones se realizaban en la isla de Korcula, en Croacia).⁵¹

Los filósofos de este grupo, socialistas humanistas, criticaban mayormente por la izquierda el régimen titoísta (criticaban el régimen autogestionario fragmentario y el monopolio del poder por parte del PCY):

Los mecanismos de competencia y de “espíritu de empresa” orientaban a los trabajadores hacia el “egoísmo de grupo” (...), lo que dejó a la clase trabajadora *privada de solidaridad de clase elemental y de resistencia de clase a la explotación del trabajo* (...). La clase trabajadora es atomizada, encerrada dentro de los muros de las fábricas o de instituciones individuales; estos muros están caracterizados por la *antigua estratificación* que asegura intacto el poder social concentrado en la cúpula (Miguel 2018).⁵²

51 Entre los nombres de autores marxistas de Europa occidental se encuentran Ernst Bloch, Erich Fromm, Herbert Marcuse, Henri Lefebvre, Ernest Mandel, etc.

52 Frente a definiciones de este tipo en el marco de los procesos de revo-

Y agregan:

Stojanovic alerta para el hecho de que la civilización capitalista todavía dicta nuestra estructura de necesidades y de consumo (...) y que ha llevado a confusión sobre el propio criterio definidor del socialismo. Con esto, el concepto de patrón de vida, por ejemplo, es crecientemente reducido a un patrón material, en vez de ser visto como un patrón humano (ídem)

al tiempo que el grupo criticaba el localismo o la mera descentralización económica como “anarco-liberal” o “proudhoniana”. Lógicamente que la crítica de la burocracia en las palabras de Kardelj (importantísimo funcionario del régimen, en cierto modo el segundo de Tito) apelará al remanido argumento objetivista de que Praxis cuestionaba “las leyes objetivas de la vida social” y pregonaba “una mixtura alquimista de verdades eternas abstractas sobre humanidad y libertad” (ídem).

Desde el punto de vista del proceso revolucionario antiburocrático, es de destacar la conexión de la Primavera de Praga en general y del ascenso estudiantil de mitad del 68 en Yugoslavia, en particular con el Mayo Francés: el 2 de junio de 1968 ocurre una fuerte represión del movimiento estudiantil que da lugar a una serie de eventos como ocupaciones de facultades, con reivindicaciones como las condiciones de vida y de empleo.

En estas condiciones, no es casual que Praxis haya sido acusado de “trotskista”, acusación simultáneamente dirigida a estudiantes y profesores, denunciando que varios de ellos “estaban en contacto con el comité por la reconstrucción de la IV Internacional y con el grupo italiano trotskista *Il Manifesto*” (ídem).⁵³

lución antiburocrática en el Este europeo queda muy claro el carácter reaccionario, conservador y proestalinista de la elaboración althusseriana clásica (lo que no quiere decir que no tuviera aportes fragmentarios de importancia, como hemos señalado).

53 Aclaremos, de paso, que *Il Manifesto* nunca fue trotskista, aunque sí fuese una revista crítica del *statu quo* imperante en la izquierda.

Otros pensadores antiestalinistas originados en Europa oriental son el filósofo marxista Ernst Bloch, oriundo de Alemania Oriental, ex RDA, exilado en los años 60 en Alemania Occidental por la censura a su obra *El principio esperanza*;⁵⁴ Itszván Mészáros, de origen húngaro e hijo de altos diplomáticos del régimen estalinista; el historiador de origen lituano Moshe Lewin; la filósofa norteamericana de origen también lituano, y ex secretaria de Trotsky, Raya Dunayevskaya; el filósofo ruso Evald Iliénkov, y otros, así como importantes figuras del trotskismo que, aun con su avanzada edad, siguen produciendo y aportando a develar el *enigma* de estas sociedades, y a quienes hemos hecho referencia en esta obra. Se trata de un conjunto de intelectuales que han hecho su aporte a la renovación del marxismo en clave antiestalinista desde un ángulo crítico del estalinismo y que, en general, revistan en las filas de los *marxistas negados u olvidados en la academia*.

El giro a la derecha de los años 80

Por otro lado, es innegable que luego de la derrota de estas revoluciones, algunas aplastadas por los tanques estalinistas o golpes de Estado militares como el del general Jaruzelsky en Polonia a finales de 1981, *la situación política de esos países giró a la derecha*. Esto posibilitó que cuando los levantamientos antiburocráticos –pero no anticapitalistas como en las décadas anteriores– de 1989 y la caída del Muro de Berlín, movilizaciones inicialmente legítimas terminaran siendo redireccionadas hacia la restauración capitalista.

El “agujero negro” histórico desde el punto de vista socialista que siguen constituyendo países como la Rusia actual, Ucrania, Polonia, Hungría, los países bálticos, etc., es evidente que se relaciona con la herencia maldita del estalinismo y la *crisis de alternativa socialista* dejada por su experiencia en la clase trabajadora mundial (¡crisis de alternativas que subsiste hasta hoy pero solapándose con el recomienzo

54 Según la opinión de Mandel, Bloch es el principal filósofo marxista del siglo XX. No nombramos el caso de Georg Lukács porque su comportamiento político fue mucho más sinuoso.

histórico de la experiencia que está viviéndose también!):

[L]a necesidad inmediata [en esos países. RS] era reactivar y volver a *politizar* a la ciudadanía, ofreciéndole responsabilidades políticas. De ahí el papel fundamental de la libertad de expresión en todos los sectores. Todo lo que no alcanzara ese mínimo no sería más que transformar un autoritarismo despiadado en otro un poco más benigno. Era necesario que la gente empezara a hacerse cargo de lo que se había construido en su nombre, *a tomar posesión del contenido de las formas socialistas*, unas formas rígidas y distorsionadas (Berger 2017: 213).

La caída del estalinismo *reabrió* en el mediano plazo la perspectiva socialista auténtica como señalamos en los textos de fundación de nuestra corriente (cf. *Construir otro futuro. Aportar al relanzamiento de la batalla por el socialismo*). Si bien han pasado 40 años desde la caída del estalinismo, seguimos oponiéndonos a los autores y corrientes que evalúan de manera *conservadora* ese evento y lo consideran como una “derrota histórica”... En todo caso, como ya señalamos especialmente para la ex URSS, esa derrota histórica ya se había consumado en los años 30 del siglo pasado, aunque continuó *enmascarada* por el Estado burocrático con restos de la revolución. Se trata de una hipoteca que lamentablemente no pudo ser levantada debido a la derrota de las revoluciones socialistas antiburocráticas en el Este europeo, que, evidentemente, la burocracia asestó para evitar la rebelión de la clase obrera de la URSS. Si subsiste a escala global una crisis de alternativa socialista y de la clase obrera como autopercepción de su poder social, se lo debemos sobre todo al estalinismo, y en parte también a la socialdemocracia, *su espejo gemelo “democratizante”*.

El rol de la socialdemocracia ha sido *criminal* desde 1914 hasta nuestros días en que ha devenido en liberal-social, pasada abiertamente al orden burgués.⁵⁵ István Mészáros hace una certera semblanza de ella

55 Sus partidos podemos considerarlos, genéricamente, burgueses-obreros o directamente burgueses-pequeño burgueses de las capas medias ilustradas, en todo caso con votos obreros (hay que estudiar cada caso concretamen-

en su obra *Más allá del capital*, donde señala que un punto clave en tanto burocracia ha sido siempre separar lo reivindicativo de lo político-global (el corporativismo).

Sin embargo, el capitalismo del siglo XXI es tan bárbaro y voraz que *materialmente* empuja a una polarización extrema, a la reapertura de la época de crisis, guerras, revoluciones y también barbarie y reacción, reapertura que seguramente llevará -en algún punto del camino- hacia *una radicalización política por la izquierda de las nuevas generaciones* retomando las tradiciones revolucionarias del siglo pasado como un todo. En este sentido, en el momento en que se publica esta obra estamos inmersos en un simultáneo proceso de *recomienzo de la experiencia histórica* de las nuevas generaciones explotadas y oprimidas. Esto creará seguramente -¡ya lo está haciendo!- *la levadura de las nuevas generaciones obreras y estudiantiles para construir fuertes partidos revolucionarios de combate*.

Es un hecho que este proceso parte desde muy atrás, y por varias razones. Entre ellas: el “fracaso” del socialismo, la reestructuración del mundo del trabajo, la pandemia, etc., que no podemos desarrollar aquí y que se manifiestan en la ingenuidad -por así resumirla- de esas nuevas generaciones obreras y estudiantiles, ecologistas, en defensa de Palestina y del movimiento de mujeres y LGBTT. Sin embargo, como hemos señalado, conforme ocurren los acontecimientos se van acumulando experiencias y los desarrollos adquieren *elementos de radicalización* que, de extremarse, darán lugar a las nuevas revoluciones socialistas en el siglo XXI:

Con el derrumbe del estalinismo, se ha reabierto la posibilidad de la pelea por la perspectiva auténtica del socialismo. Este desafío se debe ubicar en el contexto del carácter crecientemente agresivo, parasitario y depredador que viene asumiendo el capitalismo mundializado, el que está generando reiteradas manifestaciones de resistencia y acción directa (...) Esperamos que [este trabajo] resulte ser una contribución al esfuerzo de miles (...) en todo el mundo por confluir en una nueva síntesis de experiencias y tradiciones del mar-

xismo revolucionario hacia la reapertura de una perspectiva de emancipación social que enfrente a la realidad crecientemente bárbara del capitalismo de hoy (Sáenz 1999).

En este marco, es un hecho también que estamos viviendo una renovación revolucionaria del marxismo en clave antiestalinista y, en varios casos también, antireformista (esto último es más difícil porque el reformismo sigue campeando, aunque a la defensiva, en la vanguardia de masas internacional). Pero es un hecho que en medio del avance de la extrema derecha internacional, el marxismo está logrando un lugar nuevo, *más a la ofensiva*. Hay una nueva oleada de *reelaboraciones críticas sobre nuestro tiempo*, una camada de autores nuevos (muchos jóvenes, otros no) que son parte de esta apasionante *renovación del marxismo y del marxismo revolucionario*. Esta obra en dos tomos pretende aportar a ese relanzamiento revolucionario socialista, antiestalinista y antirreformista. Porque no hay manera de desplegar la fuerza histórica de la clase obrera y colocar al marxismo revolucionario a la ofensiva *sin pasar por un balance implacable de las lecciones dejadas por el siglo XX*.